

CUADERNOS VALENCIANOS DE HISTORIA DE LA MEDICINA
Y DE LA CIENCIA

VIII

SERIE A (MONOGRAFÍAS)

El Maestro Arnau de Vilanova médico

POR

JUAN A. PANIAGUA

PROFESOR DE HISTORIA DE LA MEDICINA
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA



CATEDRA E INSTITUTO DE HISTORIA
DE LA MEDICINA

VALENCIA, 1969

EL MAESTRO ARNAU DE VILANOVA, MEDICO

**CUADERNOS VALENCIANOS DE HISTORIA DE LA MEDICINA
Y DE LA CIENCIA**

Director: José María López Piñero
Secretario: Luis García Ballester

VIII

SERIE A (Monografías)

Los CUADERNOS VALENCIANOS DE HISTORIA DE LA MEDICINA Y DE LA CIENCIA son una publicación que aparece de forma irregular en tres series:

SERIE A (Monografías)

SERIE B (Textos clásicos)

SERIE C (Repertorios bio-bibliográficos)

La correspondencia deberá ser dirigida a:
Cátedra e Instituto de Historia de la Medicina
Facultad de Medicina
VALENCIA

CUADERNOS VALENCIANOS DE HISTORIA DE LA MEDICINA
Y DE LA CIENCIA

VIII

SERIE A (MONOGRAFÍAS)

El Maestro Arnau de Vilanova médico

POR

JUAN A. PANIAGUA

PROFESOR DE HISTORIA DE LA MEDICINA
DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA



CATEDRA E INSTITUTO DE HISTORIA
DE LA MEDICINA

VALENCIA, 1969

Depósito Legal: V-300 - 1969
Impreso por ANUBAR.
Darío de Valcárcel, 7.
VALENCIA - 11.

I. UN MEDICO MEDIEVAL EN SU TIEMPO

El día 28 de septiembre de 1238, el rey Jaime el Conquistador veía tremolar la "senyera" sobre los muros de la ciudad de Valencia. Pronto se establecerían en las feraces tierras levantinas los primeros pobladores catalanes; y, con ellos, la lengua y la cultura de los viejos condados pirenaicos se extenderían por el nuevo reino, como siembra fecunda que no iba a tardar en germinar. Lo mismo venía ocurriendo, con algunos años de adelanto, en las islas Baleares; y, así como saldría de Mallorca el más original de los pensadores catalanes: Ramón Llull, en Valencia maduraría el más eminente de sus médicos: Arnau de Vilanova. Ningún otro comparable a él se encuentra en el conjunto de los reinos de la Reconquista, y muy pocos se le asemejan en la España musulmana y en la Cristiandad medieval. La figura de Mestre Arnau de Vilanova destaca claramente como una de las más notables y representativas de la ciencia médica en el ámbito entero de la Edad Media universal. Muchos y diversos fueron los motivos de sus inquietudes y las directrices de su actividad; pero toda su biografía se articula en torno a su condición de médico eminente. Por eso el aspecto científico de tan polifacética personalidad será especialmente considerado en esta breve reseña histórica.

"Arnaldus Cathalanus"

Las primeras referencias documentales directas que tenemos de Arnau de Vilanova corresponden al reinado de Pedro III el Grande. En uno de los "registros" de la minuciosa Cancillería catalana se conserva la copia de lo que pudiéramos llamar un contrato de asistencia médica: el rey asigna al Maestro Arnau una renta anual de 2.000 sueldos, por los muchos servicios recibidos y los que espera recibir, con tal de que se instale en Barcelona, con su mujer y familia, y fije allí su domicilio. Este documento, fechado en Lérida, el 18 de agosto de 1281, es el más antiguo de los que hacen referencia a nuestro héroe; pero su mismo texto nos dice que era ya en aquellas fechas hombre maduro y médico prestigioso. ¿Qué podemos atisbar de las primeras épocas de su vida?.



Ante todo su condición de catalán. Todas las biografías de Arnau de Vilanova comienzan con la discusión de su origen, enfrentando las tesis catalana y provenzal. Pero creo que esta secular polémica debe darse por zanjada; que se puede afirmar rotundamente la patria catalana de Arnau, sin lesionar lo más mínimo la estricta probidad histórica. Testimonios inequívocos de documentos coetáneos -procedentes de los reyes Jaime II y Federico III, del Papa Bonifacio VIII y del propio interesado- confirman el apelativo Arnaldus cathalanus que se lee en el encabezamiento de algunas de sus obras. La lengua empleada en los pocos escritos que de él se conservan -cuatro tratados espirituales y dos cartas a los reyes de Aragón- es un catalán puro y vigoroso. La actuación de toda su vida es la de un súbdito fiel y devoto de la Casa real de Barcelona.

Menos segura es, en cambio, la determinación del lugar concreto de su nacimiento. Una tradición bien fundada lo sitúa en algún lugar del reino de Valencia. Sus padres -catalanes o provenzales- se habrían establecido en las nuevas tierras a poco de su anexión y allí habrían nacido Arnau. Lo que sí puede conjeturarse con seguridad es que este nacimiento ocurrió en fecha próxima a la conquista de Valencia: entre 1238 y 1240. En apoyo de su origen valenciano está el testimonio de Clemente V que designa a Arnau como "clérigo de la diócesis valentina"; y la vinculación del Maestro a la capital levantina en la que posee apreciables bienes inmuebles y muebles -entre éstos la más rica de las bibliotecas privadas de la España medieval-, donde retorna a lo largo de su vida cada vez que sus quehaceres se lo permiten. Todo ello denota un arraigo en Valencia que no se justifica por razones profesionales o políticas y que sin duda es anterior al período documentado de su vida. Pero nada de esto exige que su valencianismo se deba a nacimiento, ya que pudo afincarse allí bastantes años después.

De su formación intelectual poco sabemos. El mismo dirá más tarde que la inició junto a los frailes predicadores y que el célebre fray Ramón Martí le dió lecciones de lengua hebrea. Por lo demás, manejaba con soltura el latín y conocía a fondo el árabe. Los estudios de Medicina -en cuya carrera alcanzaría el grado de Magister que siempre aparece precediendo su nombre- los cursó en la pujante Escuela de Montpellier; sabemos con certeza que frecuentaba sus aulas allá por los años de 1260. Era entonces Montpellier señorío del rey de Aragón. Allí Arnau no sólo obtendría el título sino que tomaría esposa: Inés Blasi, de conocida familia de comerciantes, dos de cuyos sobrinos Juan y Armengol habrían de seguir también el camino de la Medicina.

Suele afirmarse una segunda fase en la formación médica de Arnau de Vilanova, recibida junto a Giovanni de Casamicciola, en la Universidad de Nápoles, hacia 1270; pero tan generalizada opinión se basa únicamente en el testimonio de una obra que le ha sido falsamente atribuída: el Breviarium practicae. Seguramente ejerció su profesión en Valencia antes de ser llamado al servicio real en Barcelona, pues sabemos que allí poseía bienes, de

los que hizo una donación a su hija María en marzo de 1281.

El traductor de árabe

No tendría mucho que hacer el flamante médico de Cámara, cuando a poco de su designación partía Pedro III rubo a Sicilia, donde había de ser coronado rey en 1282, y adonde le seguirían más tarde la reina y los infantes. Aque ocio forzado iba a dar lugar a las primeras actividades literarias de Arnau: el trabajo de traducción al latín de algunos textos árabes de medicina. Su conocimiento de la lengua -bien acreditado a través de claras referencias en sus obras originales- y la posibilidad de disponer de manuscritos adecuados -que no faltarían en la metrópoli de las extensas tierras arrebatadas al Islam- le permitieron contribuir al acrecentamiento de la corriente de transmisión de la ciencia árabe y del saber griego arabizado que, a lo largo de los siglos XII y XIII, iba a fecundar con su caudal la cultura del Occidente cristiano.

Los numerosos manuscritos que conservan el texto latino del Liber de viribus cordis de Avicena señalan unánimemente que fue traslatus a magistro Arnaldo barchinone; los que contienen la versión arnaldiana de un opúsculo de Galeno -Liber de rigore et iectigatione et tremore et spasma- precisan mejor: traslatus barchinone a magistro Arnaldo de villa nova, y alguno de éstos indica la fecha: en 1282. Esta referencia a Barcelona -que no se apunta en las obras originales de Arnau- vincula a la ciudad condal la tarea de traductor de nuestro médico.

Además de las dos obras citadas -la primera de las cuales, la versión de Avicena, tuvo una extraordinaria difusión a lo largo de la Baja Edad Media y del Renacimiento-, tradujo Arnau ciertamente un escrito acerca de los medicamentos simples que las copias que conocemos adjudican a Albuza-le o Albumasar, y que parece ser del médico hispano-árabe Abu-l-Salt Umayya. Estos tres trabajos están acreditados por la atribución unánime de antiguos manuscritos del siglo XIV. No ocurre lo mismo con el Liber Coste ben Luce de physicis ligaturis, editado en las colecciones renacentistas de Opera Arnaldi, ni con la versión del escrito hipocrático De lege que se le atribuye en las ediciones de la famosa colección escolar de textos médicos denominada Articella; aparte del error editorial de decir que la traducción es "del griego", los escasos manuscritos que conocemos no se remontan más allá del siglo XV, por lo que su autenticidad arnaldiana no resulta tan segura. Y son ciertamente erróneas las atribuciones que a Arnau hacen sus bibliógrafos de sendas versiones de un libro higiénico de Avenzoar y de otro farmacológico de Al-Kindi.

Por referencias sabemos que no fueron estas las únicas traducciones realizadas por Arnau de Vilanova; que se han perdido algunos de sus trabajos: como el De interioribus secundum nostram translationem, que cita en su

Speculum medicinae, pero con todo, su labor en este sentido fue más bien modesta. La gran masa de los textos científicos escritos en árabe habían ya sido trasladados al latín en los días en que trabajaba Arnau. Gerardo de Cremona había cumplido en Toledo lo principal de esta tarea, al morir en 1187. Judíos de Italia, ya en vida de Arnau, pusieron en latín las principales producciones de los autores hispano-árabes más tardíos. Sólo quedaba a nuestro médico una tarea completiva realizada sobre textos secundarios aunque de indudable valor.

El Maestro de Montpellier

En la Corte real de Barcelona viviría el Maestro Arnau de Vilanova los acontecimientos de los últimos años del reinado de Pedro III: el afianzamiento de la Casa de Aragón en Sicilia, el caballeresco y fallido duelo de su rey con el de Francia, la invasión francesa de Cataluña, la partida camino de Portugal -y de los altares- de la dulce infanta Isabel... y la muerte del esforzado D. Pedro; la ciencia médica de Arnau, llamado a toda prisa al lado del enfermo, no lograría salvar aquella vida que se extinguía el día 11 de noviembre, en Villafranca del Panadés.

Durante el breve reinado de Alfonso III (1285-1291) vemos a Arnau de Vilanova muy vinculado a Valencia: compra tierras, edifica una casa, permuta sus rentas de Cataluña por otras valencianas, hace donaciones al convento dominicano donde acaba de profesar su hija única y dedica un breve tratado contra la creencia en maleficios al obispo Jaspert. Y sin embargo hay que situar en estos años el comienzo de su docencia en la Universidad de Montpellier.

Cuando el papa Clemente V promulgaba, en 1309, las Bulas que ordenaban el régimen de gobierno y los planes de estudios de la Escuela de Medicina de Montpellier, hacía constar en ellas que había tenido en cuenta los consejos del Maestro Arnau de Vilanova que allí había regentado una cátedra durante largo tiempo. El propio Arnau se declarará habitor montipessulani, en 1300. Y toda la tradición de aquel glorioso Estudio General reconoce a Arnau de Vilanova como a uno de sus Maestros más característicos; su magisterio marca una época de esplendor en la célebre Escuela de Medicina; allí enseñó Arnau, a lo largo de bastantes cursos escolares, la doctrina y la práctica del arte de conservar y recuperar la salud. Pero no podemos precisar ni el comienzo, ni el fin de su labor universitaria. Parece que se inició en 1289, pero que sólo progresivamente fue desplazando el Maestro el centro de gravedad de su vida, de Valencia a Montpellier. Es a partir de 1295 cuando le vemos interesado en constituir también allí un patrimonio; mientras que sus negocios en Valencia se ven atenuados por procuradores. Aunque ya, desde 1293, tenemos noticias de varios viajes a Barcelona, llamado por el nuevo rey Jaime II que se iba haciendo gran amigo suyo. Su función docente pudo alcanzar hasta el año 1308; pero, desde el 1300, se vería

alterada por múltiples ausencias motivadas por intereses no profesionales

Este período de Montpellier hubo de ser fecundo para su labor científica. Allí debió de redactar el grueso de sus obras médicas. Varios manuscritos de sus célebres "Parábolas" dicen que fue terminada esta obra en Montpellier, en 1300, y dedicada al rey de Francia; y las "Parábolas" se relacionan estrechamente, como veremos, con un importante conjunto de otros escritos. Pero aún sin este testimonio, habría que adscribir su gran obra científica al período universitario. En ningún otro momento de su madurez gozó de tan dilatada calma y de tan incitador ambiente intelectual. Allí tuvieron que ser redactados sus comentarios a los autores clásicos, que reflejan sin duda el contenido de algunas de sus lecciones; las series de aforismos, aptos para el aprendizaje memorístico de los escolares; los volúmenes de teoría médica y de farmacología científica...; todo ese cuerpo de doctrina sistemática, de base galénica que caracteriza a la Medicina escolástica, de la que Mestre Arnau es representante caracterizado.

El polemista religioso

De tiempo atrás la mente de Arnau se veía turbada por fuertes preocupaciones religiosas. Y ahora en el ambiente de Montpellier, donde las especulaciones escatológicas y los movimientos del espiritualismo reformista gozaban de gran predicamento, el Maestro se dedica a **escudriñar** el futuro de la Iglesia a través de una personal exégesis de algunos textos sagrados. Son sus primeras obras comentarios al Apocalipsis siguiendo la pauta de los escritos del visionario Joaquín de Fiore; en julio de 1292, termina en el castillo de Meillon (Delfinado) un estudio sobre el simbolismo de las cuatro letras hebreas del nombre de Yavé; en 1297 da a conocer su obra fundamental en esta línea: el "Tratado sobre el tiempo de la venida del Anticristo y el fin del mundo". Nada de esto producía extrañeza en el ambiente en que se movía; pero chocaría con los teólogos de la Sorbona.

Su cliente y amigo el rey Jaime de Aragón le envió en 1299, a la corte de Felipe IV "el Hermoso" para que tratara de algunos problemas fronterizos. Arnau aprovechó su estancia en la capital de la teología escolástica para dar a conocer sus ideas sobre el próximo fin del mundo. Por orden de los Maestros de la Sorbona, se vió arrestado en la noche del 18 de diciembre; y aunque rápidamente liberado, la afrenta sufrida y la condena recaída sobre sus doctrinas le dispondrían desde ahora a la defensa cerrada de unas concepciones que cree le han sido inspiradas. Al año siguiente redacta unas "Respuestas a las objeciones de los teólogos parisienses", y recurre al Papa contra la sentencia. Y no tendrá reparo en presentarse con tal fin, ante Bonifacio VIII, en mayo de 1301. El Papa le aconseja que se ocupe de Medicina y no de Teología. Pero Arnau no ceja en su empeño; seguro de ser depositario de una misión profética, recoge lo esencial de su

pensamiento en un escrito que titula De cymbalis ecclesiae, del que difunde doce copias dirigidas a los reyes de Francia y Aragón, a varios obispos y las principales comunidades de religiosos. En 1302, dirige un opúsculo semejante -Philosophia catholica...- al papa y al Colegio cardenalicio; y publica una "Apología contra las astucias y perversidades de los pseudo-teólogos y religiosos".

Muerto el papa, el 11 de octubre de 1305, después del llamado "atentado de Anagni", Arnau no vacilará en atribuir su fin a la desatención que había tenido con sus ideas y proyectos. Y exhortará a su sucesor, Benedicto XI, a que tenga mejor cuenta con lo que anuncia en los escritos que somete a su juicio. Pronto morirá a su vez Benedicto y, a los pocos días, el 18 de julio de 1304, reunido el Cónclave en Perusa, presenta Arnau una protesta ante el Camarlengo, que le valdrá unos días de prisión.

Mientras tanto, los dominicos catalanes han comenzado a refutar las doctrinas arnaldianas. Y el médico teólogo se apresta a defenderlas por medio del ataque frontal. Entre 1302 y 1305, escribe opúsculos polémicos con títulos tales como: "Espada de la verdad contra los tomatistas", "Antídoto contra el veneno vertido por fray Martín de Ateca, de los predicadores"...; promueve una ruidosa protesta contra los dominicos de Gerona, ante el obispo de la diócesis, y otra actuación parecida en tres sesiones tendrá lugar más tarde en el palacio episcopal de Marsella; hace una defensa de su doctrina en Lérida, ante una asamblea eclesiástica presidida por el arzobispo de Tarragona; y, en Barcelona, ante la Corte en pleno, puntualiza su posición en un vigoroso alegato pronunciado en lengua vernácula. Con todo ello logra hacerse respetar y comprender en amplios sectores de su patria.

Médico de papas y reyes

El que fuera tolerada una actitud tan arrogante en materia religiosa, denota una apreciable libertad de expresión, a la vez que indica que en la propaganda de Arnau de Vilanova había más de fantasía apocalíptica y de celo renovador que de formal heterodoxia. Pero con todo, es de suponer que no habría podido actuar con tal soltura, sin la autoridad que le daba su prestigio como médico.

Cuando llegó Arnau a Anagni, en 1301, para apelar ante el papa de la sentencia de París, Bonifacio VIII sufría uno de sus frecuentes accesos de litiasis renal. Arnau le curó con remedios físicos y medicamentosos y con la aplicación de un sello de oro forjado en especiales circunstancias, de modo que recibiera en sí la eficacia de las fuerzas astrales. El éxito fue tan notorio que el Papa -enemigo de la Casa de Aragón, por la cuestión de Sicilia- le excluía positivamente de su inquina hacia los catalanes: "Sólo he encontrado un catalán que obre el bien -diría al rey de Nápoles-; es el Maestro Arnau de Vilanova que me hizo un sello de oro y una faja que llevo

continuamente y que me libra del mal de piedra y de otros dolores y me ha devuelto la vida". Mientras que los cardenales enemigos de Bonifacio decían entre sí: "¡Ojalá que el Maestro Arnau no hubiera venido!"; pues se daban cuenta que, sin la curación a él debida, el papa Gaetani no estaría ya en este mundo.

Trató también a Benedicto XI, por lo que sufrió un momento de sospecha al pensarse que el veneno pudiera haber sido la causa de su muerte. Trató a Clemente V, antes y después de que subiera a la Silla de San Pedro. Y de los tres papas recibió mercedes y concesiones muy estimables.

Los reyes de Aragón -Pedro, Alfonso y Jaime- fueron muníficos con su médico. El primero -además de la renta señalada- le regaló sus derechos sobre el castillo de Ollers; el segundo, mantuvo la pensión de 2.000 sueldos, aunque ya no tuviera las obligaciones de médico de Cámara; el tercero le colmó de donaciones extraordinarias y de regalos de todo tipo y, sobre todo le demostró una estima que, desbordando el campo médico, se extendió al personal y al político. Jaime II recurría a Arnau de Vilanova en todos los momentos difíciles para la salud de su familia: le llama a Barcelona en 1293, en 1296 -para el primer parto de la reina-, en 1297 -para el alumbramiento del futuro rey Alfonso-, en 1299, y tantas veces más. En 1302 hubo de insistir ansiosamente, a lo largo de tres meses para que fuera a Valencia a atender a D^a Blanca. Le pedirá que designe el médico que ha de acompañarle, a fines de 1297, a la expedición de Sicilia. Aceptará más tarde como médico de cámara al sobrino de Arnau; pero aún así será reclamada la presencia de éste, en 1305, pues Armengol no se atreve a poner en tratamiento a D. Jaime sin el consejo de su ilustre pariente. Y causa admiración el tono respetuoso y la mesurada insistencia con que por dos veces, en el verano de 1308, le pide el rey que le envíe el libro que ha escrito para la conservación de su salud y la fórmula de un eficaz medicamento que se le está acabando. En los documentos que a él se refieren, Jaime II le llama "venerable y amado médico, familiar y consejero". Le concede la administración de la gabela de las salinas de Burriana, para que cobre sus derechos con puntualidad; le otorga toda clase de exenciones para sí y para sus servidores y recomendados: de tal modo que a él acuden los monjes de Monte Athos, extorsionados por los almogávares, lo mismo que los templarios, sitiados en Miravet. Jaime II no vacila en gastarse a su favor: ¡con qué energía reprende a los funcionarios que han retrasado un pago debido a su médico, o al batlle de Bará que ha retenido unos libros de Arnau arribados en un naufragio!; ¡cómo inclina a su favor el platillo de la justicia en un litigio sobre las aguas de su finca de Valencia!; ¡con qué celeridad obtiene de las autoridades eclesiásticas su liberación de la prisión de Perusa, o el levantamiento de las trabas puestas a la lectura de sus escritos!. Rara vez se habrá visto una influencia tan grande en las altas esferas por parte de un profesional de la Medicina.

Prestó Arnau también servicios médicos a dos reyes de Nápoles, Carlos

y Roberto, y a muchos cardenales y nobles. Su fama como médico práctico-está a la altura de su categoría como profesor universitario y como escritor científico.

Propaganda espiritual

El largo y debatido Cónclave de Perusa, terminó al fin el 5 de junio de 1305, con la elección de un papa francés: el arzobispo de Burdeos, Bertrán de Got, que habría de llamarse Clemente V. El nuevo papa era viejo amigo de nuestro médico; circunstancia que aprovechará Jaime II para que Arnau apoye sus intereses en la corte pontificia y de la que éste se servirá en apoyo de sus ideales religiosos.

Con instrucciones de su rey y con un volumen que contiene la colección completa de sus obras espirituales, comparece Arnau ante Clemente, en Burdeos, el 24 de agosto. El papa le acoge amablemente, le promete un examen sereno de sus escritos y le confía el cuidado de su delicada salud.

Esta actitud benévola hace que amaine la polémica y permite a Arnau el goce de tres años de calma. Dos ocupaciones llenarán su tiempo: la labor universitaria y la propaganda espiritual. Tenemos aquí un período más corto pero no menos fecundo que la primera época de Montpellier; es posible que en estos años escribiera algunas de sus obras médicas más maduras. Por otra parte, sabemos que Arnau de Vilanova se dedicó por entonces a una labor de adoctrinamiento espiritual orientada hacia los laicos, en los que esperaba encontrar mejor acogida que la que le habfan deparado los eclesiásticos. Por medio de opúsculos, cartas y alocuciones se dirige a las comunidades laicales que florecen en Provenza y Languedoc y a hombres y mujeres de toda condición, exhortándoles a una vida más cristiana, basada en la pobreza y la humildad. El tono de estos escritos -de los pocos que se conservan- es muy distinto de los panfletos polémicos del período anterior.

El más ilustre y entusiasta de los seguidores de la espiritualidad arnaldiana es el rey de Sicilia, Federico III. Mucho ha tenido que pelear el joven y generoso monarca contra los Anjou, el papa Bonifacio y su propio hermano Jaime II, para mantener la independencia de su isla. En paz, desde 1302, quiere rehacer sus quebrantados dominios según principios cristianos; y encuentra en Arnau de Vilanova un consejero ideal. Ya en 1304, estuvo Arnau en Sicilia, al salir de la prisión de Perusa, y escribió para Federico una preciosa exhortación a la vida espiritual. Pero será más tarde, en 1309, cuando lleguen a compenetrarse en un mismo ideal. Es cuando Arnau da sentido a los sueños misteriosos que preocupaban al rey: está destinado por Dios para promover -junto con su hermano- la renovación de la Cristiandad, según un concreto plan de acción que comprende desde la reforma de sus casas y de sus reinos hasta la promoción de una cruzada para rescatar la Tierra Santa. Federico se entrega lleno de entusiasmo a la misión que su Maestro le ha desvelado; y para lograr el apoyo de Jaime II, parte Arnau

rumbo a Barcelona llevándole una persuasiva carta de su hermano menor. El rey de Aragón acoge con afecto a su viejo amigo y se adhiere a sus planes; si bien su cruzada será contra el reino moro de Granada, cuya conquista planea en colaboración con Fernando IV de Castilla. Con el encargo de obtener el apoyo papal para esta empresa guerrera -que efectivamente inició, poniendo sitio a Almería, en agosto de 1309-, envía a Arnau de Vilanova a la corte pontificia que acaba de instalarse en Aviñón.

El ocaso de una vida

En el verano del año 1309, se encuentra el Maestro Arnau en el ápice de su prestigio. Es médico del papa, el cual le aprecia extraordinariamente, le concede notables privilegios y tiene en cuenta su experiencia universitaria al reorganizar los estudios de Medicina en Montpellier. Se mueve con toda soltura en la Curia de Aviñón, donde varios cardenales apoyan sus planes. En el año anterior había hecho oír su voz en relación con el proceso de los templarios. Ahora apoya ante Clemente V las demandas de los frailes "espirituales", la facción rigorista y disidente de los franciscanos, con lo que se gana la enemistad de los superiores de la Orden. Y un día del mes de octubre, el Consistorio en pleno, presidido por el papa, escuchaba de sus labios una completa exposición de sus ideas y de sus planes, en la que, junto a las consabidas visiones del futuro, exigencias de reforma y amenazas de castigos, detalló sus conversaciones con los reyes de Aragón y de Sicilia poniendo de manifiesto sus criterios y sus propósitos.

A muchos de los oyentes les desagradó tanta osadía. Entre ellos estaba el cardenal franciscano Mincio de Murravalle quien, por medio del provincial de Aragón, se apresuraría a informar a Jaime II de que su médico le había difamado ante el papa y el Sagrado Colegio, haciéndole aparecer como crédulo en sueños y vacilante en la fe. Al recibir estas noticias el rey se inquieta. Ordena a Arnau de Vilanova -que, en vista del mal efecto de su intervención, se ha retirado a Sicilia- que comparezca ante él, en el campamento de Almería. Al llegar por mar el médico, en enero de 1310, procura justificarse y redacta en catalán lo que en Aviñón había dicho en latín, pero quitando de este relato cuanto pudiera resultar molesto para don Jaime. Este interesa de la curia papal una copia auténtica del alegato pronunciado por Arnau...; y será precisamente él quien reciba ese texto que le compromete, con el encargo de hacerlo llegar a su destinatario. Como es lógico, Arnau no se atreve a comparecer en persona y -procurando retrasar todo lo posible la tramitación del asunto- remite la copia por medio de su gran amigo, el clérigo valenciano Ramón Conesa, con una carta en catalán, en la que trata de prevenir su irritación, diciéndole: "Prenet avinentesa de gran tranquililitat de cor quan o volvres legir, per tal que pascats entendre la vertut de les premisses e la conclusió de tot". Cuando a primeros de agosto recibe Jaime II el texto auténtico, su indignación no tiene lími-

tes. En cartas al papa, a algún cardenal y a su hermano Federico, niega todas las imputaciones hechas por "el Maestro Arnau, mentiroso probado" y pide a su hermano que rompa con él y se justifique ante la Santa Sede.

Pero será muy **distinta** la reacción del fiel Federico: nada tiene que rectificar; lo que Arnau dijo en Aviñón, lejos de difamarles, les honra como reyes y como cristianos. Y tratará de lograr que su hermano mayor reanude su amistad con el que es "su natural y domestic". Pero ni las afectuosas cartas del rey de Sicilia, ni la conmovedora misiva que, desde Mesina le dirige el propio Arnau, el 9 de enero de 1311 -último escrito suyo que poseemos-, consiguen hacer mella en el ánimo irritado del Rey de Aragón.

Al servicio del de Sicilia, pasará el Maestro Arnau los pocos meses que le quedan de vida. Su prestigio científico ante el Rey Roberto, protector de sabios y artistas en su corte de Nápoles, le hace eficaz embajador de Federico III, para evitar la ruptura de hostilidades que amenaza entre el rey efectivo y el titular de la isla. A estas gestiones se refieren las primeras cartas que dan cuenta de su muerte: "Al fet de la composició et pau perpetual... que maestro Arnau de Vilanova tractava entre amdots reys, la qual era romasa per la mort de mestre Arnau". Referencias posteriores dignas de fe nos dicen que los días de Arnau de Vilanova terminaron el 6 de septiembre de 1311, a bordo de un barco que le llevaba a Aviñón, a la vista de **Génova** en donde sería enterrado.

La liquidación de una herencia

El Maestro Arnau de Vilanova dejaba al morir una apreciable fortuna repartida entre Valencia y Montpellier y un gran número de escritos de muy diferente **volumen** y contenido.

Sus bienes materiales fueron repartidos entre su viuda y su hija, una vez atendidas las mandas piadosas dispuestas en su testamento, otorgado en Barcelona en 1305. Aunque sus posesiones valencianas, atribuidas a sor María de Vilanova, sufrirían las mermas ocasionadas por un prolijo pleito testamentario que iba a tardar diez años en resolverse.

Su legado espiritual se hallaba difundido **ampliamente**, por la multiplicación de las copias de sus escritos religiosos y por la acción de sus discípulos y seguidores. Especial aceptación tendrían aquellas obras breves y sencillas, generalmente escritas en lengua vernácula, que redactara para la instrucción cristiana de los fieles: desde el catecismo, que en 1295 compusiera para la educación de los hijos de los reyes de Aragón, hasta los comentarios a textos evangélicos, que produjo hacia 1305, de los que diría Jaime II que él mismo, la reina, la corte y el clero, leían constantemente con gran provecho. En un taller de copia instalado en Barcelona, hallaron los albaceas de Arnau, a raíz de su muerte, numerosos escritos de este género, encuadernados o sueltos, que fueron repartidos "entre gentes".

penitencia". Se conservan algunas traducciones al italiano, al latín y hasta al griego, que testimonian la difusión de estos textos fuera de la patria de su autor.

Sin embargo, las fantasías y las temeridades que salpicaban algunos de estos escritos, no podían menos que despertar el recelo de los teólogos. Ninguna acción emprendieron en vida del papa Clemente. Pero, en 1316, una asamblea de eclesiásticos reunida en la catedral de Tarragona, promulgó una sentencia que condenaba catorce proposiciones contenidas en las obras religiosas de nuestro médico, y que ordenaba la destrucción de todos sus escritos de este género, de los que trece aparecen expresamente citados en la sentencia.

Esta condena fue anticanónica y por lo tanto inválida. Así lo demostraría el albacea de Arnau, Ramón Conesa, ante el obispo de Valencia y una asamblea de notables, en cuanto se supo la noticia. El propio autor había sometido su obra, en 1305, al juicio de la Santa Sede y ninguna otra autoridad podía intervenir, como expresamente había sido declarado en la Curia pontificia a raíz de la muerte del Maestro.

Pero semejante reivindicación no impediría ya la destrucción de buena parte de su obra religiosa, ni la desconfianza con que sería vista su labor en este sentido. Para el inquisidor Eymerich sería Arnau un hereje debidamente condenado. Mientras que los grupos de "espirituales" deformarían también su memoria al idealizarla como la de un apóstol desprendido de todo lo material. Sólo la investigación histórica de los últimos cien años ha logrado reconstruir en lo posible el verdadero rostro del médico catalán.

Pero queda aún la consideración de su legado científico, el más valioso y duradero de cuantos constituyen la herencia de Arnau de Vilanova. A su estudio dedicaremos los restantes capítulos de este trabajo.

II. PROYECCION DE LA OBRA CIENTIFICA DEL MAESTRO ARNAU DE VILANOVA

Las noticias biográficas que se apuntan en la breve reseña que antecede -y otras muchas que se omiten en aras de la brevedad- proceden casi por completo de la reciente investigación histórica. Hasta hace cosa de un siglo, poco era lo que se sabía con certeza acerca de "la vida y milagros" de Arnau de Vilanova; pues no son muy de fiar los escasos datos recogidos por Symphorian Champier en la biografía que, desde 1520, precede las ediciones renacentistas de las obras de Arnau; y poco más nos dice Astruc, en el siglo XVIII.

La cantera principal de la documentación esclarecedora ha sido el Archivo de la Corona de Aragón, en la Ciudad Condal, de donde Finke, Rubió y Lluch, Alós-Moner y el Padre Martí de Barcelona han extraído rico material. En Valencia, los pergaminos arnaldinos del Archivo de la Catedral fueron dados a conocer por Roque Chabás y Elfas Olmos. Otros estudiosos añaden algunos datos más, procedentes de diversas fuentes; y, con esta base, autores como Finke, Diepgen, Pou y Martí, Batllori, Carreras y Artau..., edificarían una firme estructura que dibuja en buena parte lo que fué el perfil biográfico de nuestro héroe.

Este mismo proceso constructivo se ha dado en lo referente a su producción escrita de carácter religioso. Se ignoraba casi todo a este respecto antes de que Vilanova publicara, en 1851, el texto de la sentencia condenatoria de Tarragona, y de que Menéndez Pelayo diera cuenta, en 1879, de su hallazgo en la Biblioteca Vaticana de aquel mismo volumen de 263 folios que el propio Arnau presentara al Papa Clemente V, conteniendo cuarenta y un escritos de indudable autenticidad. Otras aportaciones de Alós-Monner, de Anneliese Maier, del P. Batllori... completan la documentación que, recogiendo la mayor parte de lo escrito por Arnau en esta línea, permite la exacta comprensión de lo que quiso decir a sus coetáneos acerca de sus criterios teológico-reformistas.

En cambio, por lo que hace al conocimiento de la obra científica de nuestro médico, la labor del investigador ha de ser más bien de poda de la fronda parásita, de derribo de aditamentos ulteriores. Y es que, así como los escritos religiosos quedarían olvidados una vez pasada la situación espiritual que motivó su inicial aceptación, las obras médicas y similares

mantendrían su interés a lo largo de varios siglos, multiplicándose las copias manuscritas primero y las ediciones después, de modo que su contenido ha llegado ampliamente a nuestras manos. Lo malo es que ese mismo prestigio que ha mantenido vivos estos textos ha favorecido la aparición de otros espúreos que se han mezclado con los genuinos: la fama científica de Mestre Arnau, orlada por cierta vaga aureola procedente del recuerdo de su labor espiritual, llevó a copistas e impresores a colocar -por error o por dolo-, bajo la rúbrica autorizadora de su nombre, escritos médicos, mágicos y alquímicos, que encontraban anónimos o que habfan sido elaborados por autores oscuros; proceder éste nada infrecuente en aquéllos siglos, de escaso sentido crítico y de no mucho respeto por la propiedad intelectual.

Por eso, no se puede abordar el estudio de la aportación científica de Arnau de Vilanova, simplemente abriendo uno de los volúmenes in-folio editados en el siglo XVI con la pretensión de contener todas sus obras y tratando de comprender su deficiente texto latino. Los doscientos años que separan la aparición de las primeras de estas ediciones de la redacción de los últimos originales salidos de la pluma de Arnau han dado lugar sobrado para toda clase de tergiversaciones entre la colección ideal de los autógrafos primitivos y la real que poseemos impresa. Aquí falta algo, ciertamente; pero, sobre todo, sobra mucho. La necesaria labor crítica -apuntada ya en el siglo XVIII, para determinadas obras, por algunos autores italianos fue emprendida por Haureau a fines del XIX, en el estudio que forma parte de l'Histoire litteraire de la France (volumen XVIII); pero este trabajo, el primero que analiza el conjunto de los textos atribuidos a Arnau, aunque sea punto de partida imprescindible, no constituye mas que un esbozo de lo que ha de ser el cuadro de la producción científica de nuestro autor.

Algunas historias y repertorios -Carrere (1775), Lalande (1896), Neuburger (1906), Sarton (1931), Glorieux (1933), Wickersheimer (1936), Carreras (1947)...- han tratado de poner en orden la maraña de la bibliografía arnaldiana. Los estudios -hechos todos dentro de nuestro siglo- de Dieppen, Thorndike y Verrier han aportado notables clarificaciones sobre aspectos parciales de la cuestión. Pero aún queda por realizar un examen a fondo de todo lo referente a la autenticidad e integridad de la obra atribuida a Arnau de Vilanova. Es tarea en la que me hallo implicado hace bastantes años y en la que se basan las noticias que -de modo breve y sencillo- daré más adelante. Aún no está todo claro, ni mucho menos; aún estamos lejos de poder emprender una edición crítica de la obra médica de Arnau, semejante a la que los estudiosos barceloneses están preparando del conjunto de la obra religiosa, pero ya es posible hacerse una clara idea del impacto que esta obra produjo en su época y en las sucesivas, de su contenido material y de su significado en el contexto de la Medicina vigente en los años de su elaboración.

La obra médica de Arnau en los testimonios coetáneos

Vimos ya, en el esbozo biográfico del primer capítulo, el aprecio

que los que trataron con el Maestro Arnau sentían por su pericia clínica. Como es lógico, los documentos sólo registran la proyección de este fulgor sobre las altas cumbres de la sociedad de aquel tiempo, a través de testimonios de reyes y de papas. La distancia no nos permite ya percibir su reflejo en la llanura. Pero es seguro que, en Valencia y en Barcelona, en Montpellier y Aviñón, trataría con la misma dedicación a nobles y plebeyos, clérigos y laicos: un viejo documento de octubre del 1300 nos dice que el Conde de Artois envió a Montpellier un mensajero "a maistre Arnaut pour aporter médecines a Monseigneur"; y en el texto de sus obras se advierte el impacto de una labor clínica intensa y dilatada, en la que no faltaría la atención a la gente pobre y doliente, por la que tanto aprecio muestra en sus escritos espirituales. Lo cierto es que todos lo celebran como insigne médico práctico.

Pues bien, no son menos notables los datos que nos revelan su simultáneo prestigio como autor de obras de medicina. Tenemos en primer lugar, el testimonio del Papa Bonifacio VIII: en una larga e interesante carta que con fecha de 14 de septiembre de 1301, dirigía al rey Jaime II su agente en la corte pontificia, Gerau d'Albalat, desde Anagni, leemos entre otras sabrosas noticias: "el pasado día 10 de julio, se retiró el Maestro Arnau de Vilanova a la villa papal de La Scorcola, y allí se instaló con tal soledad que nadie podía acercarse a él, y allí compuso un libro sobre el régimen de la salud para uso del papa; que cuando el Papa lo hubo visto y leído exclamó ante varios cardenales: "Este hombre es el mayor clérigo del mundo, hay que proclamarlo; y hasta ahora no nos habíamos dado cuenta ..." (El documento se conserva en el Archivo de la Corona de Aragón, Sección: Cartas Reales Diplomáticas; su texto ha sido publicado por Finke, en Aus den Tagen Bonifaz VIII, Münster, 1902 págs. XXVI-XXXVIII).

Más tarde, será el rey de Aragón quien demuestre vivo interés por otro escrito similar: por un libro expresamente redactado para la tutela de su salud, adoptando las normas higiénicas a su peculiar complejión corporal y a las circunstancias de su vida, del mismo modo que el Regimen sanitatis dedicado al Papa se adecuaba en sus prescripciones a la prevención y tratamiento de los accesos de litiasis renal que padecía. Desde Valencia, dirige Jaime II a Arnau de Vilanova el día 1º de julio de 1308, una interesante carta que refleja la influencia catalana en el Oriente mediterráneo, a la vez que revela el prestigio de que gozaba el célebre médico y político: el rey le da cuenta de que ha recibido a la delegación de monjes del monasterio ortodoxo de San Atanasio, en el Monte Athos, que se le han presentado provistos de una carta de recomendación del Maestro Arnau -probablemente se habrían entrevistado con él en Marsella-, y de que, atendiendo a sus ruegos, les ha entregado un rescripto dirigido a las compañías de almogávares que operaban por la Calcídica, mandándoles que respeten las personas y los bienes de los habitantes de la conocida península monacal. Y aprovecha la carta para volver a pedir al médico -lo hizo ya en alguna

otra, hoy perdida que le remita, por medio de su enviado Boyl, el libro que acaba de escribir "llamado Espejo de la Medicina, para la conservación de nuestra salud"; la petición es viva e insistente, demostrando el mayor interés por poseer cuanto antes tan estimable obra que promete no dejar leer a nadie, salvo -previo permiso del autor- a su médico de cámara Martí de Calcaroja, para que pueda orientarse mejor en su cometido de velar por el bienestar del rey. Sin embargo, no anduvo Arnau muy diligente en cumplir el encargo de su monarca, pues Jaime II se vió obligado a insistir otra vez en su demanda, el 15 de agosto, también desde Valencia: "Os rogamos con el mayor empeño, como ya os pedíamos en otras cartas, que nos enviéis el Espejo de la Medicina, pues tenemos gran deseo de poseerlo. Y os prometemos que a nadie lo enseñaremos sino sólo a quienes vos queráis y nos autoricéis a hacerlo". Esta carta no tiene otro objeto que el de carácter médico: la petición del libro y de la receta de un excelente electuario que por consejo de Arnau ha venido usando con gran provecho, del que le queda poca cantidad ya envejecida y sin fuerza; petición que va acompañada de todas las garantías para mantener el secreto de la fórmula. (Ambas cartas se hallan copiadas en el registro 140 del Archivo de la Corona de Aragón; su texto latino puede verse en la obra de Rubió, Documents per l'història de la cultura catalana migeval, I, Barcelona, 1908 págs. 45 y 49).

Tenemos, por último, otra alta muestra de aprecio en el testimonio del Papa Clemente V, a poco de la muerte del autor. El caso es parecido a los antes citados: Arnau le había prometido al Papa, ya desde antes de exaltación a la Silla de Pedro -seis años atrás-, un libro de Medicina escrito expresamente para él, cuya entrega había anunciado reiteradamente, pero que no llegó a cumplir en vida. Al tener noticia del fallecimiento del autor, el Papa ha tratado de obtener el manuscrito prometido. Seguramente recurrió primero a los encargados de liquidar la herencia de Arnau; pues en el inventario de los bienes que el difunto tenía en Valencia, levantado el día 9 de febrero de 1312, se hace constar que los albaceas "retuvieron dos cartapacios con escritos de la mano del Maestro y un cuaderno de pergamino en el que están los aforismos que comienzan Omnis medela para enviarlos al Señor Papa" (nº 168) y "dos tratados o volúmenes del dicho Maestro que se remitieron al Señor Papa o al Vicecanciller y Señor Camarlengo del mismo Señor, de los que tiene uno el Papa y el otro lo tiene Bernat Oliver" (nº 169). Pero se ve que no acertaron en estos envíos; por lo que, en vista de que el libro no aparecía por los medios ordinarios, se decidió el Papa a expedir, el día 15 de marzo de 1312, un documento dirigido "A todos los venerables Hermanos Patriarcas, Arzobispos y Obispos, a los que llegaren las presentes letras...", ordenando que "cualquier prelado, clérigo, religioso o laico, que posea el libro sobre práctica de la Medicina" que el Maestro Arnau de Vilanova le había prometido, lo entregue al clérigo Bernat Oliver -familiar de Arnau que le acompañaba a modo de escudero-, bajo pena de excomunión. (El texto original se conserva en el Archivo Vaticano y su transcripción puede leerse en la citada obra de Rubió y Lluch, (I, 56). La significación de este acto, como índice del aprecio tenido por la obra médica

de Arnau, se realiza aún más si se piensa que en aquellos días Clemente V, se hallaba agobiado por las incidencias del Concilio Ecu­ménico de Viena, las presiones de Felipe el Hermoso y los problemas del proceso contra la Orden del Temple, cuya disolución decretaría nueve días después.

En esta línea puede contarse también el hecho de que se hiciera una traducción al catalán del Regimen sanitatis ad inclytum regem aragocum, ya en vida de su autor. La iniciativa partió de la esposa del destinatario de este libro, la reina Blanca de Anjou, cliente habitual de Arnau, sobre todo con ocasión de sus continuos embarazos -diez hijos tendría en su corta vida-; que había de morir, a los veintisiete años, en octubre de 1310. Trataba la buena reina de que tan útiles preceptos higiénicos llegaran a conocimiento de los indoctos. Así lo dice, el traductor, en el prólogo de su trabajo: "E per co que aquest Regiment, qui tan planament és ordonat, pucha tenir o fer profit a aquels qui no entenen latí, és vengut a plaer a la molt alta senyora sona Na Blanca, per la gracia de Déu reyna de Aragó, que ha manat a mi, Berenguer Sarriera, surgían, que trelat aquest libre de latí en romanc...". El cirujano Sarriera hizo una versión cuidadosa y sumamente fiel al original. Su texto, conservado en un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Madrid, está al alcance de todos a través de la edición preparada y comentada por el P. Batllori y el Prof. J. Carreras y Artau (Arnau de Vilanova.- Obres catalanes, Vol. II. Colec. "Els nostres clàssics" 53-54, 1947). La rápida difusión de esta obra queda testimoniada por su mención en algunos catálogos catalanes del siglo XIV; también nos consta que fué elegida por Jaime II, en 1326, como regalo destinado a una sobrina de su cuarta esposa que se llamaba como ella, Elisenda de Montcada. Que no fué ésta la única versión en lengua vulgar hecha en vida del autor lo vemos en el inventario de los bienes de Arnau en Valencia: a renglón seguido de la referencia a una de sus obras médicas -la titulada en las ediciones Practica summaria- en redacción autógrafa: "Item tres quaternos de manumagistri in papiro, quorum primus incipit: In dolore capitis", se lee la correspondiente a su recensión catalana: "Item quemdam papiri quaternun qui incipit: A persona que ha dolor de testa" (números 327 y 328 de la edición de R. Chabás).

La transmisión manuscrita

La obra científica del Maestro Arnau de Vilanova, tan apreciada por sus contemporáneos, conoció bien pronto una considerable difusión. Sus originales fueron copiados reiteradamente a lo largo de los siglos XIV y XV y a lo ancho de toda la geografía europea. Y estas copias fueron estudiadas en las Escuelas de Medicina, leídas en los monasterios, conservadas en las bibliotecas catedralicias o nobiliarias de toda la cristiandad. Muchísimos ejemplares se habrán perdido por la acción del tiempo y de los acontecimientos; pero lo que se conserva es testimonio indudable de la aten-

ción general que las obras de nuestro médico gozaron en los ambientes cultos de la Baja Edad Media y del primer Renacimiento.

Apenas hay biblioteca provista de un fondo manuscrito apreciable que no cuente con algunos textos atribuidos a Arnau de Vilanova o a Arnau el catalán. El depósito más rico de estos escritos se halla en París, como corresponde a la capitalidad cultural de esta ciudad en los siglos que siguieron a los días de nuestro autor. Casi medio centenar de códices de la Biblioteca Nacional contienen diversas obras bajo la rúbrica de su nombre y, de ellos, ocho volúmenes son casi exclusivamente arnaldianos. La mayor parte de estos manuscritos proceden de la antigua Biblioteca Real; pero después de la Revolución fueron agregados otros, traídos de las Bibliotecas de la Sorbona y de los monasterios de Saint Germain des Pres, Saint-Victor y Grand-S-Augustins. Otros manuscritos parisinos se hallan en la Biblioteca del Arsenal -seis códices procedentes de casas nobles- y en las de Sainte-Généviève, Universidad y Academia de Medicina.

Especial interés para el estudio de la obra de Arnau de Vilanova ofrecen los manuscritos conservados en las Bibliotecas de Munich, Erfurt y Viena, dentro del área alemana. En la Nacional bávara se escalonan los códices que llevan escritos arnaldianos a lo largo de todo su ingente fondo latino. Los numerosos textos conservados en la Biblioteca Amploniana de Erfurt ofrecen particulares garantías de autenticidad pues, en buena parte, fueron copiados en Montpellier en fechas tempranas del siglo XIV. La Nacional austriaca, aunque posee más de veinte códices con escritos arnaldianos, queda ya bastante por debajo de las anteriores por lo que hace a nuestro objeto.

Muchos son también los manuscritos con obras de Arnau, conservados en Inglaterra. En el British Museum se encuentran casi tantos como en la Nacional de París, sobre todo en la Biblioteca de Sloane; aunque su valor se ve algo depreciado por la escasa antigüedad de las copias y la dudosa autenticidad de buena parte de los textos. La Biblioteca Bodleiana de Oxford y las de muchos de los Colleges de esta Universidad y de la de Cambridge, son ricas en textos arnaldianos -predominan en los Colleges las traducciones del árabe en copias muy primitivas-. Otra ciudad universitaria que posee antiguos e interesantes manuscritos que contienen obras del maestro Arnau es la polaca de Cracovia. Y no faltan buenas muestras de este género en las Universidades centroeuropeas, como en las de Praga, Basilea, Leipzig, Breslau, Göttingen, etc. Son también importantes los códices conservados en las Bibliotecas reales de Bruselas y Copenhague, nacionales de Berlín y Turín, en la ducal de Wolfenbüttel, en las públicas de Cues, Dantzig y Metz, en la de San Marcos de Venecia, en la Vaticana y otras de Roma..., citando tan sólo aquellas que contienen más de cinco manuscritos arnaldianos. Pues copias aisladas se encuentran en otras cuarenta bibliotecas de que yo tenga noticia, de Tours a Budapest, de Florencia a Lübeck...

En España, tenemos diez valiosos volúmenes en la Biblioteca Nacional de Madrid, media docena en el Monasterio de San Lorenzo del Escorial y algunos sueltos en las Bibliotecas catedralicias de Gerona, Valencia, Zaragoza, Toledo y Sevilla, y en la universitaria de Salamanca. En cambio no se encuentran actualmente obras genuinas de Arnau en las ciudades que fueron los centros básicos de su actividad: ni en Barcelona, ni en Montpellier.

Junto a tan profusa difusión de los textos latinos originales, hay que registrar la existencia de buenas muestras manuscritas de versiones hebreas de algunas obras médicas de Arnau. El fondo más importante se halla en la Biblioteca Nacional de Munich, pero se encuentran también ejemplares en las de París, El Escorial, Vaticano, Lión y Florencia. El trabajo fué realizado, dentro del siglo XIV, en las florecientes comunidades judías de Languedoc. Ya en el año 1327, Israel Caslari, de la conocida familia de los Crescas, traducía al hebreo el Regimen sanitatis ad regem Aragonum, en Aviñón. Más tarde Salomón Abigdor hacía lo mismo con las "Parábolas" y la "Astrología". Otros manuscritos hebraicos llevan el texto de Practica summaria o resúmenes y fragmentos de diversas obras de Arnau.

Tan abundante reserva manuscrita nos proporciona amplia base para el conocimiento de la obra médica y paramédica de Arnau de Vilanova. Pero también complica notablemente el trabajo de reconstrucción del corpus original. No sólo carecemos de una colección auténtica preparada por el propio autor -como aquella de escritos religiosos que presentara en 1305 y que aún está en la Biblioteca Vaticana-, sino que no es posible reconstruir, comparando los manuscritos, un conjunto de obras genuinas que hubiera mantenido una tradición compacta.

La colección contenida en el más copioso de los códices conocidos, el latino 6.971 de la Biblioteca Nacional de París en el que se copian diez tratados, es completamente diferente de las que se hallan en los restantes "grandes códices arnaldianos" -París B. N. lat. 7.847; Leipzig B. U. 1.161 y 1.179; C. L. M. 456; Erfurt B. Amplon. F. 303; British Ms. Sloane 3.665; Oxford Merton Coll. 230; Madrid B. N. 3.058; Venecia S. Marcos lat. med. 23; Viena B.N. 5.315; etc.-; no hay dos iguales. Los copistas recogieron en cada caso las obras que les interesaban; y casi siempre las copiaron mezcladas con otros textos de autores árabes traducidos o de escritores latinos más o menos coetáneos de nuestro autor, con lo que la atribución se desliza a veces de un escrito al contiguo.

Hay obras médicas que se nos ofrecen en múltiples copias, que presentan una tradición textual que se remonta a los días del autor, en la que es posible seguir la evolución del texto copiado y realizar su reconstrucción crítica. Estas obras gozan de las máximas garantías de autenti-

ciudad e integridad y se revelan como verdaderos éxitos editoriales largamente mantenidos. Así por ejemplo: de la traducción que hizo Arnau del árabe al latín del "Libro de Avicena sobre las fuerzas del corazón", tengo referencias seguras de nada menos que treinta y tres manuscritos, perfectamente concordantes en su contenido y unánimes en su atribución al "Maestro Arnau de Barcelona"; de los que dieciocho son copias hechas en el siglo XIV, y aún hay otros tres que los catálogos fechan en los últimos años del XIII, a poco de su redacción original. Veintinueve manuscritos -trece de ellos anteriores al 1.400- he registrado de la célebre colección de aforismos titulada Parabola medicationis, y unas cuarenta copias repartidas por toda Europa dan idea de la difusión que tuvo aquél Regimen sanitatis que Arnau dedicara al rey de Aragón. Otros tratados de carácter más teórico, fueron menos copiados; pero la antigüedad y concordia de los ejemplares que se conservan y la crítica de su texto establecen sin la menor duda su autenticidad: Speculum, De intentione medicorum, De humido radicali, De graduatibus medicinarum... Sin tan absoluta firmeza, quedan también suficientemente garantizados por la tradición manuscrita los principales tratados farmacológicos: De simplicibus, Antidotarium... Pero hay otros libros en los que -por muy copiados que hayan sido- lo tardíode los manuscritos en que se conservan, la falta de fijeza que ofrece su texto o las discrepancias que señalan en cuanto a su atribución, los declaran apócrifos o, al menos, hacen dudar de su autenticidad. El problema se hace insoluble cuando se trata de ejemplares aislados de breves monografías de contenido anodino... Todo ello exige un serio trabajo crítico. Pero la fama del Maestro Arnau como autor de obras médicas y alquímicas, a lo largo de los siglos XIV y XV queda igualmente realzada por la multiplicación de manuscritos de sus obras auténticas, como por el amparo que buscaron bajo su nombre tantos escritores apócrifos.

La difusión editorial

Aún se copian profusamente los textos médicos y alquímicos de Arnau de Vilanova, cuando comienzan a ser impresos. La naciente imprenta haría cambiar el procedimiento de difusión de las obras de nuestro médico, pero no disminuiría el ritmo de su propagación; antes al contrario, múltiples ediciones salidas de las más acreditadas prensas europeas mantendrían el prestigio del médico medieval a través de los años del Renacimiento.

Fue en Padua donde se editaron los primeros impresos arnaldianos: en 1473, el Libellus de arte cognoscendi venena; en 1476, la traducción del Libellus Avicenne de viribus cordis. La primera de estas obras conoció un rápido éxito -bien comprensible por la preocupación que los envenenamientos despertaban en las ciudades italianas del quattrocento-, reflejado en las cinco ediciones que salen de Padua, Mantua, Roma y Milán, entre los años 1473 y 1476. Pero sería la traducción del opúsculo de Ibn Sina lo que iba a dar mayor quehacer a las prensas: en nueve incunables y en numerosas edicio-

nes del siglo XVI, -que se suceden constantemente, hasta llegar a la espléndida impresión hecha por los Junta, en Venecia, ya en el año 1608-, este breve texto acompaña a los cinco voluminosos libros del "Canon", traducidos por Gerardo de Cremona; llevando el nombre del "Maestro Arnau de Vilanova, de Barcelona" a todas las bibliotecas médicas, en las que no podían faltar las obras del gran Avicena.

Dentro del siglo XV, fueron editados también el Speculum medicinae y el Antidotarium, en 1495; el primero en Leipzig, el segundo en Valencia. Varias ediciones incunables conocieron el Breviarium practicae y el Liber de vinis; pero fue extraordinaria la difusión registrada por la versión alemana de este último tratado, hecha por Wilhem von Hirnkofen, pues salieron once ediciones entre los años 1478 y 1500 y casi otras tantas a lo largo del primer tercio del siglo XVI.

La masiva tradición manuscrita del Regimen sanitatis dirigido al rey de Aragón se vió continuada por una notable difusión impresa: en Lovaina se hicieron cinco ediciones incunables, a las que seguirían otras varias a lo largo de más de un siglo. En los volúmenes de Lovaina esta obra iba a continuación de un extenso comentario al poema higiénico-dietético atribuido a la Escuela médica de Salerno; en seguida se inició la difusión separada de este texto bajo el nombre de Arnau de Vilanova, y sus ediciones se multiplicaron de tal modo -tanto en su original latino como en traducciones a diversos idiomas europeos- que el nombre de nuestro autor fué más conocido por ellos que por cualquiera de sus obras auténticas.

Sin tratar de agotar aquí las referencias a ediciones antiguas de escritos médicos de Arnau, vale la pena citar la inclusión de algunos de ellos en colecciones renacentistas de obras selectas. El libro IV del Breviarium forma parte de una enciclopedia sobre las fiebres, preparada en Venecia, en 1576. El tratado arnaldiano sobre los vinos medicinales junto con un opusculo sobre la práctica de la sangría y un régimen higiénico para ancianos también atribuidos al Maestro Arnau se halla en la edición de Lión 1517 -al lado de célebres obras de otros autores- un elegante volumen en 4° de cuidada tipografía. Y en la prestigiosa y antiquísima colección de los mejores textos clásicos de medicina práctica, conocida bajo el nombre de Articella, cuyas múltiples ediciones van ampliando con algunos nuevos títulos el núcleo original manuscrito, se ven admitidos -en las cuatro ediciones lionesas impresas entre 1515 y 1534- dos libros arnaldianos: Parabolae y Aphorismi. (Recordemos que en todas las recensiones impresas de Articella figura, al final de la colección, el escrito hipocrático De lege como traducido por Arnau de Vilanova).

Pero lo que revela mejor que nada la importancia que el mundo científico del Renacimiento seguía dando a la obra escrita del viejo médico medieval es la aparición, a lo largo del siglo XVI, de una serie de EDICIONES GENERALES que trataban de ofrecer en un solo volumen las obras científicas completas del Maestro Arnau.

Fue el médico genovés Tomas Murchi quien realizó el trabajo de recopilar y revisar los manuscritos arnaldianos que pudo encontrar en las bibliotecas de Francia, que recorrió formando parte de la Corte de Luis XII. Y fruto de esta labor sería la aparición, en los últimos días del año 1504, de un grueso volumen en folio, en cuya primera página campeaba el índice de los cincuenta y cinco tratados coleccionados, bajo este encabezamiento: Hec sunt opera Arnaldi de villa nova que in hoc volumine continentur. Con solo dos meses de diferencia, salía de las prensas venecianas otra edición que se anunciaba como "recientemente revisada y diligentemente corregida"; su contenido era exactamente el mismo, variando solamente el orden de los tratados que forman la colección. Este orden será el que quede fijado en las ediciones siguientes: Lión 1509, 1520 y 1532, Venecia 1527; pero éstas se enriquecen con la edición de otros cinco escritos que se agregan como un apéndice al final, elevando a sesenta el número de los libros que forman el corpus Arnaldi tradicional: cuatro tratados de medicina teórica, otros cuatro de práctica médica, cinco comentarios a textos de Hipócrates y Galeno, cuatro escritos aforísticos, cinco regímenes de salud, una docena de monografías clínicas, ocho tratados farmacológicos, cuatro obras de alquimia, cinco de índole mágica o astrológica y nueve opusculos más de carácter diverso.

Estas seis ediciones generales de las obras de Arnau de Vilanova, aparecidas en menos de cinco lustros, son muy semejantes entre sí. Todas ellas están impresas en caracteres góticos, con el texto muy apretado y lleno de abreviaturas. Unos cuantos folios previos, sin numerar, llevan el título, el prólogo y los índices y tablas alfabéticas; algo más de trescientos folios numerados (cada folio, como es sabido, equivale a dos páginas) contienen los libros de la colección, a partir del Medicinalium introductionum speculum; al final, el colofón indica el lugar y la fecha de la edición y el nombre del impresor. Las aseveraciones de rigurosa revisión que las portadas proclaman en las sucesivas reediciones, carece de todo valor: cada edición copia la precedente, sin cuidarse de corregir los errores más garrafales, pero aprovechándose de las novedades introducidas; así la edición de Venecia 1505 aporta el nuevo orden de los tratados, la de Lión 1509 agrega cinco textos más, la de 1520 sustituye la carta introductoria de Murchi por una breve biografía de Arnau escrita por Symphorien Champier, la veneciana de 1527 añade un nuevo índice del volumen... Por ello ninguna tiene especial valor para estudiar la obra de nuestro médico; pero como la editio princeps y las dos venecianas son bastante raras en las bibliotecas, mientras que abundan los ejemplares de las tres últimas lionesas, y como el texto de estas tres ediciones está distribuido de modo paralelo, página por página, casi exactamente, mis indicaciones textuales se refieren a cualquiera de ellas (Lión 1509, 1520 y 1532), indicando folio y columna.

En 1541, se emprendió en Estrasburgo la reedición de las obras de Arnau de Vilanova sobre la base de seis volúmenes de menor formato; pero el proyecto no pasó del primer tomo que contiene solamente el Breviarium prac-

ticae. Diríase que las excelentes ediciones de los textos clásicos griegos y las nuevas producciones de los médicos renacentistas habrían regalado al olvido la obra de aquel medieval secuaz de la medicina arábiga... Pero nos encontramos, ya casi al final del siglo, con dos espléndidas ediciones generales de Opera Arnaldi que desmienten esta suposición.

En la ciudad de Basilea, publica Conrado Waldkirch, en el año 1555, un grueso volumen de 518 folios de texto, más seis de preliminares y treinta y dos al final con un amplio índice de materias, que se atreverá a calificar de "obras completas" -Arnaldi Villanovani Philosophi et Medici summi Opera omnia- aunque nada nuevo aporta sobre la consabida serie de sesenta tratados. El mayor número de páginas se debe a la holgura con que se presenta el texto impreso -en letra redonda, sin abreviaturas...- y a los cuadros sinópticos y comentarios añadidos por el médico humanista Nicolás Oeschler (Taurellus). Los tratados se ordenan de otro modo y se distribuyen en dos partes netamente separadas: primero las obras médicas, después -tras el titular que anuncia Tomus secundus Arnaldi de Villa Nova continens exoterica- van los cuatro **tratados** alquímicos y los libros De sigillis y De astronomia.

Aún más completa resulta esta segregación de ambos campos de la obra científica de Arnau, en la edición aparecida en Lion al año siguiente (1586). No se trata ya de un intento de "Obras completas", sino de una selección de los libros de carácter práctico, por lo que lleva el título de Praxis medicinalis y para lo que han eliminado doce tratados, considerados por el editor -no siempre con acierto- como de índole teórica. El volumen está dividido en dos partes de desigual tamaño -558 y 47 páginas respectivamente- pero totalmente autónomas, con portadas, índices y paginación independientes. En la segunda parte -titulada Tractatus varii Exoterici ac Chymici- se agrupan, con los seis libros de la edición de Basilea, otros dos de Alquimia nuevamente añadidos y sendos opúsculos sobre interpretación de sueños y sobre prevención de maleficios que antes iban mezclados con los textos puramente médicos. Lo curioso es que se encuentran en las bibliotecas dos tipos de ejemplares de esta edición: una serie lleva en su portada el emblema del librero lionés Antonio Tardif y anuncia las dos partes, la médica y la "esotérico-alquímica", como constitutivas de un mismo conjunto; en la otra serie, la portada -adornada por el símbolo de la librería de Juan Stratius- precede tan solo a la parte médica y da cuenta de la exclusión de los tratados "filosóficos" y "químicos" a causa de "censura eclesiástica justamente señalada por los teólogos".

No cabe duda que esta maniobra tiene que ver con la censura aparecida en el Index librorum expurgatorum publicado en Madrid, en 1584, por orden del Cardenal Arzobispo de Toledo e Inquisidor General, D. Gaspar de Quiroga. Allí se indicaba que habían de ser eliminados de las colecciones de obras de Arnau de Vilanova los tratados de Alquimia, Magia y Astrología que se especificaban; todos los cuales aparecen agrupados en la referida segunda parte de Praxis medicinalis, publicada poco después. Así, con una

simple adaptación del encuadernador, se podían vender ejemplares limpios de toda incriminación del "Índice toledano" en los dominios de su Majestad católica; y volúmenes completos, compuestos de las dos partes, en los restantes Estados. De hecho, de los numerosos ejemplares de Praxis medicinalis que he visto en bibliotecas españolas, sólo uno correspondía a la doble colección de escritos encabezada por la portada del librero Tardif. Por otra parte, en virtud de la referida condena -reiterada y completada en el Index publicado en 1612 por el Cardenal Sandoval y Rojas-, casi todos los volúmenes de las demás ediciones de obras generales de Arnau que se encuentran en España han sufrido la eliminación inquisitorial de las páginas correspondientes a los libros censurados. Sólo he visto tres intactos; seguramente, por ser ediciones ya antiguas en el momento del expurgo, habrían quedado olvidados en las estanterías. En cambio, no hay huellas de esta intervención en los ejemplares que he examinado en las bibliotecas francesas. Así, al cabo de dos siglos, los volúmenes impresos de las obras científicas de Arnau venían a ser objeto de una censura eclesiástica semejante a la sufrida por sus manuscritos religiosos a los pocos años de su muerte; pero ahora la condena venía a caer sobre unos textos que en su mayor parte son apócrifos, como más adelante veremos.

Tras esta ojeada global, vamos a especificar el contenido de la producción científica de nuestro médico. Trataré de lograr que esta descripción sea lo más somera posible. Pero, supuesta la confusión que reina en esta materia, será preciso dar lugar a alguna digresión aclaratoria, sobre todo en aquellas puntualizaciones bibliográficas que aquí se plantean de modo distinto al generalmente aceptado.



III. LA OBRA DE MONTPELLIER

En el esbozo biográfico trazado en el primer capítulo, veíamos cómo los escritos religiosos de Arnau de Vilanova se entreveraban con los avatares de su existencia de tal suerte que estas producciones de su pluma casi siempre son datables y referibles a circunstancias concretas de la vida de su autor. Los trabajos de traducción de textos médicos árabes quedaron con buena seguridad vinculados a aquellos años de su empleo como médico de la Corte en Barcelona. Pero en cambio, la producción científica original -tan variada y abundante- no puede ser localizada ni fechada tan fácilmente: son obras intemporales e impersonales en su mayoría, en las que si rara vez el autor relata algún caso de su experiencia, lo más que dice para situarlo es que ocurrió in habitationibus nostris, en el lugar de su morada.

Sin embargo -como ya se apuntaba también en aquel capítulo-, podría afirmarse a priori que buena parte de la obra médica de Arnau debe ser adscrita a la época de su docencia en la Escuela de Medicina de Montpellier. Su condición de Maestro le obligaba a enseñar y sus lecciones de cátedra exigían el complemento de un magisterio escrito que perpetuara su ciencia y facilitara el aprendizaje a los estudiantes. En unos pocos casos esta suposición se ve apoyada por indicaciones consignadas por el copista en algunos manuscritos. En otros, por el estilo escolar del texto o por alusiones al medio universitario en que fue redactado. Pero especialmente ayuda a la tarea de formar un cuerpo de escritos montpesulanos, el examen de las relaciones internas que su lectura atenta pone de manifiesto: referencias explícitas, coincidencias textuales y unidad de estilo y doctrina.

Como centro de aglutinación sirve aquella síntesis de la Medicina teórica que en las colecciones impresas lleva el título de Introductionum medicinalium speculum. En sus páginas hallamos alusiones inequívocas a otras obras originales del propio autor, también de carácter teórico; mientras que las últimas líneas de este tratado aluden a determinados escritos de Medicina práctica ya publicados ó de próxima aparición. La mayor parte de las obras citadas son de fácil identificación; el parentesco literario de sus textos y la similitud de la doctrina que contienen salta a la vista; y estos lazos se refuerzan por frecuentes referencias de unos a otros de estos escritos.

No deja de tener interés el hecho de que este conjunto de producciones arnaldianas responda aproximadamente a las exigencias del plan de estudios de la Escuela en que su autor enseñaba y que sería promulgado a poco de la redacción del último de dichos textos. En efecto, en la Bula Ad pascendum oves, que establece los requisitos necesarios para la obtención del grado de Bachiller en Medicina -y en la que el Papa Clemente V manifiesta haber seguido el consejo de dos médicos y capellanes suyos y "del maestro Arnau de Vilanova, médico"-, se dispone que los candidatos han de conocer los siguientes tratados de Galeno: De complexionibus, De malitia complexionis diversae, De simplici medicina, De morbo et accidenti, De crisi et de diebus ceticis y De ingenio sanitatis, así como las obras médicas de Avicenna, que pueden ser sustituidas por las de Razés, Constantino e Isaac. Además de acreditar estos estudios -hechos a lo largo de seis cursos- el candidato, como acto previo a su promoción, ha de exponer temas sacados de la Tegni Galieni, de los "Pronósticos", "Aforismos" y Regimen acutorum de Hipócrates y de la Isagoge de Hunain. En las páginas que siguen podrá apreciarse cómo la temática de este grupo -el más importante, coherente y auténtico- de las obras de Arnau de Vilanova se aproxima notablemente al referido programa. Por lo demás es manifiesto el estilo universitario de los textos de esta serie: o son tratados teóricos que proporcionan los conocimientos básicos de la ciencia médica, o son comentarios a los libros que servían de base a las lecciones magistrales, o son manuales de intención didáctica. El sentido doctrinal de la mayor parte de estos libros explica el que sean precisamente los excluidos de aquella selección de obras de Medicina práctica de Arnau de Vilanova, publicada en Lión, en 1586, y llamada Praxis medicinalis.

Speculum medicinae

Este es el título que varios manuscritos, la edición incunable de Leipzig y las referencias medievales, dan al tratado que otras copias y las ediciones del siglo XVI titulan: Introductionum medicinalium speculum (folios 1a-36a).

Se trata de uno de los libros más extensos e importantes de la colección arnaldiana; obra de madurez, hecha cuando ya Arnau había publicado casi toda la obra restante; texto básico que refleja como ningún otro la doctrina médica de su autor. Es un escrito bien trabajado que "introduce" en la ciencia médica, mediante la metódica exposición de las nociones básicas que la constituyen. En el prólogo, nos dice Arnau que quiere trazar una auténtica y escueta introducción a la Medicina que recoja tan solo "los conceptos primeros y generales de los fundamentos de este Arte"; considera que una obra así es necesaria para la formación del médico, pero advierte que su elaboración, "si bien intentada por muchos, por ninguno ha sido llevada a su perfección"; y al emprenderla él, ruega a la Eterna Sabiduría que le conceda aclarar con sus palabras lo que los antiguos transmitieron de

modo excesivamente breve o confuso. Arnau tiene conciencia del valor de su obra, pero no pretende ser original en la doctrina: se propone "iluminar lo que está obscuro en Galeno". El gran médico de Pérgamo, un milenio antes, había configurado ya la Patología General; había elevado la Medicina al rango de Ciencia, al imbricar la técnica médica de los hipocráticos, en un armazón doctrinal constituido en parte por datos experimentales -mejor o peor vistos- y en parte por nociones especulativas de raigambre aristotélica; así podría el médico actuar con conocimiento de causa... La tarea de los autores ulteriores -griegos, árabes o latinos- casi se iba a reducir a consolidar el galenismo, ordenando y perfilando el sistema esbozado con los múltiples escritos de su iniciador; y en esta cadena -ininterrumpida del siglo II al XVII- es un destacado eslabón la obra que consideramos.

El antecedente más típico del empeño que aquí manifestaba Arnau está en una obrita, escrita en el Bagdad de los grandes Califas, por el médico sirio Hunain ibn Isaac, tempranamente traducida al latín y popularísima en Occidente, bajo el título: Liber introductionis in medicinam ó Isagoge Iohannitii ad tegni Galieni; conciso esquema de los principios del saber médico, basado principalmente en el escrito galénico Téchne iatriké. Sin embargo, Speculum medicinae, que sigue muy de cerca este esquema, es una obra mucho más extensa que la Isagoge de Hunain y su base doctrinal más amplia: dentro de la parquedad de citas de autores que caracteriza a las mejores obras del Maestro Arnau, hallamos aquí treinta y cuatro referencias a Galeno -con mención explícita de catorce de sus obras-, ocho a Hipócrates, tres a Aristóteles, dos a Avicena y a Averroes y solo una a Dioscórides, a Isaac Iudaeus, a Constantino y al propio Hunain.

El plan del libro es muy claro: "La Medicina -define el autor- es la ciencia de conocer la disposición del cuerpo humano in quantum sanabile", es decir: en cuanto susceptible de poseer, perder y recuperar el estado de salud (Opera, folio 1a). Con referencia al corpus sanabile, todas las cosas caben en tres órdenes: las que le pertenecen, las que sobre él actúan y las que se le oponen. En el primer orden -de rebus naturalibus- se consideran los factores constitutivos de todo organismo, que son siete según el análisis galénico: elementos, complejiones, humores y miembros, en cuanto a la estructura; fuerzas, espíritus y acciones en cuanto al funcionamiento. En el concepto de rebus non naturalibus, entra todo agente natural que puede incidir sobre el cuerpo humano para prestarle ayuda o causarle daño según sea el modo de aplicación; se distinguen en "principales": el "continente" -aire y vestidos-, el ejercicio -movimiento y reposo-, las diversas "complejiones" que pueden ser ingeridas -alimentos, medicinas y venenos-, los binomios sueño-vigilia e inanición-repleción y las perturbaciones anímicas; y "secundarias": la región en que se habita, la actividad sexual, el trabajo y la diversión que cada uno practica, el baño y la costumbre individual. Por último, la rúbrica de rebus contranaturalibus afecta a lo que esencialmente se opone al estado de salud: la enfermedad, con sus causas y sus accidentes.

La Patología general arnaldiana está contenida precisamente en esta última sección del libro; allí expone Arnau las ideas galénicas sobre los estados de salud, enfermedad y "neutralidad"; clasifica las dolencias, desde un punto de vista empírico en regionales, contagiosas, hereditarias, epidémicas y ocasionales; y, según un criterio racional -calcado de la elaboración galenística de Avicena-, en afecciones de la complejión orgánica, de la composición de los miembros o de la continuidad de las partes: "con-similes", "oficiales" y "comunes, a las que hay que agregar las enfermedades "compuestas", sobre todo las producidas por alteración de los humores. Sigue el tratado de las causas de enfermedad, en el que Arnau, tras una breve adaptación de la etiología aristotélica, expone el esquema galénico de las causas "primitivas", "antecedentes" y "conjuntas"; para descender luego de este plano especulativo al más práctico de la etiología propia de cada modo genérico de enfermar. Consecuencia de la enfermedad son los accidentia morbi, que pueden consistir en alteración funcional, en cambio del aspecto corporal o en modificación de las excreciones. Estos accidentes, en cuanto son observados por el médico se convierten en "signos" que conducen al diagnóstico. Con gran estilo trata Arnau del valor clínico de los signos que recogen la vista y el tacto, mediante el atento examen del hábito corporal y del cabello, del aspecto, sensibilidad y operaciones de los diversos miembros, así como de la inspección de la orina del paciente; y termina con la consideración del valor pronóstico de los llamados "días críticos".

Antes, en los primeros capítulos del libro, había presentado Arnau un conciso resumen de la Fisiología galénica; mientras que el tratado De rebus non naturalibus, venía a ser una síntesis de Higiene fundamental. Pero al llegar a tratar de la acción corporal de alimentos y medicamentos -De complexionato quod corpus inmutant-, del modo de conocer sus propiedades, de sus cambios y sus cualidades... se extiende de tal modo que llega a cubrir casi la mitad del texto de la obra entera, que lleva así, en sus páginas centrales, una extensa Farmacología general. Particular interés ofrecen en este tratado los capítulos en que se expone la metódica de la investigación de las cualidades medicamentosas, pues se articulan juiciosamente los derechos del razonamiento, con los de la observación experimental, de modo que esta última mantenga su primacía. Notamos, por último, que el largo capítulo dedicado a la repercusión orgánica de los afectos anímicos aporta una ceñida y sabrosa Psicopatología básica. Así que, con todo ello, bien puede cerrar su libro el Maestro Arnau, dando gracias a Dios por haberle concedido el llevar a su término la composición de un completo tratado de la primera parte de la Medicina, de la llamada teórica (f. 36a).

El mérito principal de esta obra creo que está en su equilibrada medida. Despojada de toda erudición y sin pretensiones de originalidad, presenta la doctrina médica de modo claro y suficiente, al que trata de aprenderlo: ut sciat alumnus artis, dice en algunos lugares. Procura evitar las disquisiciones teóricas "que no ayudan a la operación medicinal", pues

"quien se deja arrastrar por las curiosidades filosóficas traspasa los límites de la Medicina" (f. 36a); frases como: "al médico le basta con saber...", "con lo dicho es suficiente para el médico", cortan cualquier digresión. En cambio -como "cuanto más desciende a lo particular el médico tanto más perfecciona su actuación" (f. 32b)- ocurre a veces que el deliberado tono teórico se diluye en menudos detalles explicativos.

Se comprende el que Speculum medicinae fuera un libro muy apreciado en su tiempo. Su texto íntegro se halla aún en diez copias contenidas en códices de los siglos XIV y XV en bibliotecas de Basilea, Erfurt, Klagenfurt, Madrid, Oxford y Venecia; lo que, tratándose de una obra tan extensa y teórica, testifica una considerable difusión. Su título se encuentra en varios catálogos de bibliotecas medievales y en citas de autores coetáneos y ulteriores. Existen varios manuscritos con sentencias y normas extraídas del Speculum. Y en la biblioteca de El Escorial he podido comprobar que el tratado titulado Summa medicinae es, en su primera parte, un simple resumen de la obra que estudiamos, cambiando un poco el orden de los tratados para adaptarlo al del Canon de Avicena.

Otras obras de Medicina teórica

Con razón pusieron los editores renacentistas de las obras de Arnau de Vilanova, a continuación de Speculum medicinae, los tratados allí titulados De diversis intentionibus medicorum (f. 36a-38d) De humido radicali (f. 38d-42c), pues con él se hallan vinculados por estrechos lazos de estilo y doctrina.

El primero de ellos es llamado De intentione medicorum en todos los manuscritos y referencias. Lo hallamos citado repetidas veces en varias obras de su mismo autor: en Speculum (f. 2a, 27b y 28a), en De humido radicali (f. 39b y 41b y d), en De considerationibus operis medicinae (f. 93d y 97d) y en Commentum super De mala complexionem diversa (f. 52c); y es sin duda el libro designado como Tractatus de institutione medicorum en la relación de los bienes muebles que el Maestro poseía en Valencia. Todo ello indica la gran estima en que Arnau lo tenía y la fecha temprana en que hubo de ser redactado, dentro del período montipesulano; si bien no sería su primera producción científica, pues hay en su texto alusiones vagas a obras anteriores y una referencia concreta a un libro De integritate medicinae (f. 36c) que no ha llegado a nosotros. Siete copias manuscritas -de las que tres, en pergamino, se remontan a la primera mitad del siglo XIV- dan fe de su difusión; por cierto, que en las dos de la Amploniana de Erfurt se designa al autor con el nombre de Arnaldus Yspanus.

Pocas páginas de la obra de Arnau son tan interesantes como éstas para comprender su criterio médico. Reconoce la necesidad de una formación básica del clínico, de sus conocimientos generales: tener claro por ejemplo el concepto filosófico de "forma", pues su actuación consiste en introducir

una forma nueva -la salud- sobre determinada materia (f. 36c). Pero ha de precaverse frente a toda tendencia teorizante: el filósofo natural investiga la causa primera, el médico solamente lo que es útil para la curación; el primero se basa en la especulación racional, el segundo en el testimonio de su experiencia: "el médico -dice- no investiga sino por lo que se manifiesta a los sentidos, pues es un artífice sensual y operativo" (f. 36c); una visión filosófica del arte médico, no sólo sería inútil, sino perjudicial, pues la consideración del filósofo hace que el artífice medicinal se desvíe del fin intentado" (f. 38c). Por ejemplo: el médico dice que hay tres miembros principales: hígado, corazón y cerebro, centros rectores de las funciones nutritivas, vitalizadoras y sensitivo-motrices; en rigor habría de señalarse un solo miembro principal; pero semejante criterio perturbaría la acción del médico que ha de buscar la fuente de los trastornos que observa en el órgano central del que en cada caso dependen, mientras que de otro modo habría de tratar siempre el corazón, órgano principal en sentido estricto. Lo mismo cabe decir de la empírica diferencia que el médico establece entre alimentos y medicamentos; de las diversas explicaciones acerca de la relación del alma con las fuerzas orgánicas; y de ese término medio -neutralitas- entre la salud y la enfermedad, inaceptable en riguroso análisis, pero tan útil para adecuar el tratamiento de quienes más que enfermos son débiles o convalecientes... El ambiente universitario en que se fraguó el libro De intentione medicorum, se revela en sus líneas finales, donde el autor se declara satisfecho si su obra sirve para abrir el camino a los estudiantes (f. 38d), y en el jugoso prólogo en que se queja de la falta de juicio de los "escolares modernos": "unos por mala complejión, otros por lascivia juvenil, otros por ambición desmedida...", ninguno cala en la ciencia ni penetra el sentido de los autores, "calientes por fuera y frios por dentro, entierran la esencia y la posponen a las palabras" (f. 36a-b).

Entre De intentione medicorum y Speculum medicinae -dos veces lo cita este último texto: f. 2c y 19c-, se sitúa cronológicamente el Libellus de humido radicali, pero su contenido lo aleja bastante de esas dos obras tan próximas conceptualmente. Hallamos en sus páginas una alusión al "libro de Medicina que hicimos sobre la intención de los médicos" (f. 41b), como si fuera de una materia diferente; y es que el propio autor consideraba que De humido no era una obra propiamente médica: presens vero tractatus cum de medicina no sit... (f. 41d); sería pues para él una exposición de Filosofía natural, de Fisiología general para nosotros. Tendríamos este libro por el único de este género, si el propio Arnau no aludiera en otro lugar (De considerationibus..., f. 93b: in epístola que de elementis composuimus) a un escrito sobre los elementos, los constituyentes básicos de todo ser compuesto. Aquí se trata de la naturaleza y propiedades del "húmedo radical", de ese fluido primigenio que es soporte del "calor innato" y base de toda vida orgánica. Arnau analiza agudamente este concepto fundamental de la fisiología antigua -tan arraigado que sería tratado aún en el siglo XVII, por

Harvey el creador de la fisiología moderna- y va precisando lo que no es, antes de definir en que consiste: no es la mínima humedad espermática, ni la masa de todo el líquido del cuerpo adulto; es solo aquello que la humedad inicial del germen ha informado con su virtud y ha asimilado a su naturaleza; su consunción es la causa de la muerte natural, como cuando ha arido todo el aceite que alimentaba una lámpara.

La orientación peculiar de esta obra explica el que su estilo sea más erudito, su método expositivo más escolástico y su razonamiento más deductivo que en las demás. Constantemente recurre a Aristóteles del que cita los tratados "De la generación de los animales", "Historia de los animales", "Meteorológica", "Sobre el alma", e incluso la "Metafísica"; acepta las ideas de Teofrasto "sobre las operaciones del alma vegetativa", aunque continua fiel a Galeno y no deja de recurrir en algunos lugares a Hipócrates y Avicena. Pero el sentido práctico de Arnau impide también aquí que se desborden las aguas de la especulación y procura derivarlas por los cauces señalados en De intentione: no interesa al médico escrutar los principios del cuerpo humano en cuanto generable y corruptible, sino sólo "en cuanto sanable" (f. 41b), "dejaremos de lado las consideraciones que sobrepasan lo que basta para la Medicina, que no precisa llegar a la última verdad" (f. 39b). Mientras que el recurso a experiencias personales -como la del embrión no más grande que un dedo que vió ya claramente formado (f. 40b)-, o a ejemplos sencillos tomados de la agricultura y "comprensibles por una mujercilla o un boyero" (f. 39a), diluyen la densidad teórica del tratado, que se ve animado además por el tono polémico de su exposición. No son muchos los manuscritos que se conservan de esta obra -tengo noticia cierta de cuatro copias medievales-, pero sí suficientes para acreditar la integridad de su texto impreso.

En este grupo de obras teóricas hay que incluir la titulada De considerationibus operis medicinae (f. 90c-101c), sin dejarse llevar por el aparente contenido práctico de su texto. En efecto, aunque al propio Arnau autoriza a cambiar este título por el De flebothomia, debido a la detallada descripción que contiene de tan difundida medida terapéutica, la intención del tratado es generalizadora y doctrinal, viniendo a ser la práctica de la sangría un simple ejemplo ilustrador de cómo puede lograrse la recta orientación de cualquier acción curativa.

La "obra médica" -dice este libro- ha de tener en cuenta dos cosas: la utilidad de la operación y el modo de realizarla. Se trata ante todo de no dañar; o, más bien, de causar el menor daño posible. Se considera útil "la operación que es debida al cuerpo y que puede ser realizada" (f. 91b). Hay que partir de consideraciones generales, "pues no hay ciencia de particulares, ya que es regla de lo universal" (f. 91b); pero de ahí, hay que descender a otras consideraciones especiales y llegar a las particularísimas, "pues la operación no se ejecuta sobre los géneros o las especies, sino sobre los individuos" (f. 91c), y así hay que saber las circunstancias concretas -sit tale et quale- del sujeto en que podría estar requerida, prohi

bida o permitida una operación, "como la flebotomía u otra cualquiera" (f. 91d). La estructura del texto tiene cierto aire escolástico, con una serie de "consideraciones" y "distinciones". Al iniciar cada apartado el autor se remonta en generalizaciones farragosas, pero pronto viene la aplicación del ejemplo -flebothomia cuiusque cause salubris...-, bajando a detalles tan concretos y materiales que revelan al práctico que sabe hacer bien lo que explica; poco a poco la exposición práctica va desplazando a la elucubración teórica, llegando a constituir una excelente descripción de la sangría terapéutica. "La flebotomía es: a) evacuación b) de sangre y otros humores, c) por una vena seccionada" (f. 92a); y cada uno de estos apartados justifica abundantes consideraciones, de las que cabe destacar las referentes a las "cosas naturales, no naturales y contranaturales" exactamente en la misma línea de lo que, con mayor extensión y método, expresará más tarde en Speculum medicinae.

En la segunda parte considera el modo de hacer la flebotomía -siempre por vía de ejemplo-. Y, tras las consabidas divagaciones iniciales, describe con toda precisión lo que hay que cuidar antes, en el acto y después de la intervención: describe tipos de flebotomía, detalla las venas de elección, advierte de los posibles accidentes y apunta el régimen consecuente. Un caso clínico de su práctica profesional, relatado con cierto pintoresquismo -cosa rara en su obra médica- sirve a Arnau para ilustrar su criterio de que cualquier regla general ha de ser adaptada a las circunstancias peculiares de lugar, tiempo e individuo, evitando toda consideración de carácter absoluto.

A diferencia de los tratados anteriores, el Liber de considerationibus operis medicine, aparece poco elaborado: es notorio el desorden expositivo; son frecuentes las repeticiones; proliferan las citas de otros textos; largas digresiones se apartan del tema inicial que ha de ser replanteado con la expresión: "redeuntis igitur ad propositum dicimus..."; frases como estas: "ahora es ya de pasar a otra consideración", "antes dijimos esto y lo otro, resta ahora tratar...", etc., parece que reflejan el estilo hablado. Es posible que se trate de un simple arreglo de lo expuesto en una serie de lecciones magistrales, en las que el orador no deja de hacer alguna simplificación en atención a la menor capacidad de comprensión de algunos escolares: et tamen propter minores hoc breviter repetemus (f. 97d). La índole práctica que de hecho tiene este libro explica su amplia difusión: cinco códices del siglo XIV y otros tantos del XV contienen copias de su texto íntegro.

Los tres tratados que aquí se reseñan van precedidos de breves "proemios" en los que aparecen dedicados a personas concretas: De intentione medicorum se ofrece sub planta fatuitatis presuntione a un desconocido, para quien comienza el texto con las palabras: "Has de saber queridísimo..."; De humido radicali, satisface la curiosidad de un compañero del autor -sociis nostris- que se interesa por tan dificultosa cuestión; De considerationibus... se dirige, en términos llenos de afecto a un estimado colega,

llamado Groseino de Colonia, que se le ha quejado de que no publique sus comentarios a diversos libros de Hipócrates y Galeno. Los tres tratados tienen una intención polémica que se manifiesta de diversos modos: el texto del De humido radicali, se abre con una alusión despectiva a cierta turba de filósofos -"que no son de aquellos que estudiaron seriamente las ciencias naturales"- que han hecho dudar a su compañero con sus erróneas opiniones, y a los que va a rebatir (f. 38c); y al hacerlo, no tiene reparo en repetir que "parecen locos", que lo que afirman es un conjunto de "intolerables y estúpidas imaginaciones" (f. 40c), de "sofísticos engaños pueriles" (f. 41b), que desconocen lo que un rústico no ignora y "aunque se tienen por sutiles, son más bien rudísimos e ignorantes" (f. 41b). Y aún más violentas son las diatribas del De considerationibus: "Rechazamos lo que algunos ignorantes dijeron..." (f. 92c) "Nos autem dixemus, que los antedichos médicos rústicos aprendieron toscas doctrinas médicas en compañía de viejas charlatanas que al cantar sus canciones ignoran su significado; así éstos tienen muchas palabras en la boca, pero les falta el sentido de esos conceptos" (f. 95c); "estas bestias del campo no entendieron a Avicena" (f. 95d), y tantas otras expresiones semejantes. No ocurre lo mismo con De intentione medicorum, que mantiene un tono sereno y equilibrado; pero más adelante veremos que su intención también era polémica y que ese sentido hay que dar a la llamada de prevención contra el exceso de "filosofía" que esta obra contiene.

Comentarios a autores clásicos

No hay género literario más propio de un escritor escolástico que el del comentario a los textos básicos de su especialidad. El despertar científico que se produce en el siglo XIII y la pujante vida de las Universidades medievales, son en buena parte consecuencia del trasvase al mundo latino del caudal de ciencia antigua que se hallaba contenido en vasijas arábigas. Y al hacerse cargo de tal tesoro, los maestros de la Cristiandad procederían -como habían hecho los sabios del Islam- al estudio y exposición de los saberes encerrados en aquellos libros venerables. Precisamente era ésta la técnica de la "lección" universitaria: desde lo alto de su cátedra, el Maestro leía el texto señalado y lo iba esclareciendo, párrafo por párrafo, con sus explicaciones orales. Algunos de estos comentarios quedaban consignados por escrito y eran copiados para uso de los estudiantes.

En las orientadoras páginas de Speculum medicinae, se remite Arnau de Vilanova a dos trabajos suyos de este género: una exposición del primer aforismo hipocrático y un tratado sobre el libro de Galeno De malitia complexionis diversae (f. 22b, 23b y 28b), obras ambas editadas en Opera Arnaldi y de las que enseguida trataremos. Pero es en el libro De considerationibus operis medicinae, donde encontramos varias referencias a comentarios propios de diversas obras de Galeno: allí está el ya citado: sicut

perfecte scripsimus in expositione tractus Gal. de malitia complexionis diverse (f. 97c); pero también se hallan inequívocas alusiones a otros trabajos que nunca serían impresos: una exposición del comentario galénico al Regimen acutorum de Hipócrates (f. 92c), un comentario super Tegni Galieni -sicut in megategni ostendimus, precisa en otro lugar: f. 100a-, otro sobre el tratado de morbo et accidenti (f. 94b, 97c y 99b y c) y otro más sobre el llamado De ingenio sanitatis (citado casi continuamente). Como se ve, todos ellos se refieren a textos que serían exigidos en el plan de estudios de Montpellier.

Se explica la inquietud de Groseino de Colonia por esta producción científica que su autor mantenía inédita. Arnau le contestaba, en el proemio a De considerationibus (f. 90d) que era la prudencia y no la malevolencia lo que le hacía demorar su publicación. Tal vez esta actitud sea la causa de la pérdida de buena parte de dichos escritos. Sólo he hallado noticia de un Scriptum magistri Arnoldi de Villanova super libro de morbo et accidenti, en el catálogo de la Biblioteca de Cracovia (código latino 781, copiado en 1334, donde se indica que el trabajo fue hecho en Montpellier). Y he examinado en el código 709 de la Biblioteca parisina del Arsenal una Lectura venerabili Arnaldi de Nova villa super Regimentis ecutorum, que va explicando el texto de Hipócrates siguiendo el comentario de Galeno. Creo que ambas obras son auténticas y espero sacar a la luz estos restos de la labor de Arnau como comentarista, poniéndolos al lado de los que fueron dados a conocer por los editores del XVI.

De los comentarios arnaldianos que se encuentran impresos en las colecciones de sus obras, el único que va analizando punto por punto una obra clásica completa es el dedicado al opúsculo galénico que comienza: Malitia complexionis diversae... (f. 42c-58d), cuyo texto se halla también en un antiguo manuscrito del Merton College de Oxford (código 230, f. 61-83). Cada párrafo del libro comentado -la traducción latina de la versión árabe de Peri anomálon dýskrasias- va seguido de una pormenorizada exégesis literal, tras la cual la exposición se hace ya más libre y original, aunque trate siempre de mantenerse fiel al genuino sentido de autor. De Galeno, digo, no del galenismo vigente; pues Arnau no tiene reparo en discrepar de las interpretaciones usuales y en defender personales puntos de vista que presenta como fiel reflejo de la pura doctrina del Maestro. Frente a los galenistas del mundo árabe, ensayará la conciliación de criterios en unos casos y rechazará de plano sus interpretaciones en otros. Así disculpa las discrepancias de Isaac en su libro De febribus, como simple cuestión de palabras: para el judío egipcio es epiala la fiebre que el pergamino llamaba liparia; Arnau no se siente capacitado para dirimir la cuestión -non scimus, cum sint vocabula greca-, pero piensa que mejor acertaría Galeno "que se nutrió en la lengua griega, que Isaac el israelita que en Babilonia se nutrió en la lengua arábiga" (f. 58a). En cambio, se opone a lo afirmado al respecto por Avicena que "comprendió de modo muy superficial la sutil y profunda doctrina de Galeno" (f. 47d); y trata con la

mayor dureza a aquellos comentadores -ya vapuleados en las obras de medicina- "cuyo error al exponer los dichos de Galeno es tan notorio que resulta inexplicable, por lo que son falsas y absurdas las conclusiones que causan" (f. 55b). El comentario arnaldiano es denso, erudito y farragoso. Al concluirlo, exhorta Arnau a sus lectores "tanto Bachilleres como Maestros" a que lo releen frecuentemente, pues se refiere a una de las obras más difíciles y oscuras de Galeno, cuya doctrina es muy útil tanto para la especulación como para la práctica; se disculpa de no haber podido elaborar su exposición con el cuidado que tal materia exigía, a causa de las apremiantes tribulaciones que perturbaron su mente y la apartaron del estudio; pero confía en que lo dicho aquí ayude a los inteligentes, y promete llevar a cabo diligentes comentarios de otros libros galénicos (f. 58d). Que no era éste su primer trabajo de este tipo se advierte en las referencias que hace a dos de los citados en De considerationibus...: los comentarios a De morbo et accidenti y a Megategne (f. 43a y 47a). Las tribulaciones aquí aludidas bien pueden ser aquéllas, mal conocidas, que en 1304 le obligaron a salir de Montpellier, con todos los suyos, post multam pestem scandalorum, para refugiarse en Marsella; la polémica con los dominicos, la protesta de Perusa y el viaje a Sicilia que después se sucedieron suponen un considerable apartamiento de la tarea científica.

En las ediciones generales de las obras de Arnau, este extenso trabajo va seguido de unas Questiones sobre el mismo tema (f. 58d-62b) que estimo decididamente apócrifas. Se trata de una serie de dieciocho artículos, más o menos relacionados con el opúsculo De mala complexionem, que se presentan según el más depurado formalismo escolástico: un planteamiento -queritur utrum...-; su negación táctica -videtur quod non; el clásico sed contra; el cuerpo de la cuestión, y las respuestas a las objeciones previas -ad primum, ad secundum... Nada hay que repugne tanto al estilo literario y a la mentalidad de Arnau de Vilanova que semejante sujeción a una técnica expositiva tan "tomatista", como él diría. Si que se dan, en cambio, exposiciones de este estilo en esos médicos filosofantes a los que tantos de nuestros dedica, en sus obras auténticas, nuestro autor. Si a esto añadimos que no se conocen manuscritos de este texto, ni se registra la menor referencia al mismo, parece justo el considerarlo como un escrito anónimo -ni siquiera lleva en su encabezamiento el nombre del autor -que algún copista uniría al anterior por razón de semejanza del tema tratado.

Los restantes comentarios arnaldianos toman como base el libro Aphorismi de Hipócrates. Pero no se refieren a la obra entera, sino a determinados aforismos de la serie. Así, se encuentra en las ediciones de Opera Arnaldi (f. 284c-287c) una Expositio super isto amphorismo Ypoc.: In morbis minus..., dedicada a explicar la doctrina condensada en el trigésimo cuarto aforismo de la segunda sección del popular texto hipocrático. Estando de acuerdo el comentarista en que es menos grave la enfermedad cuyas cualidades predominantes coinciden con las propias de la naturaleza del paciente, se extiende en consideraciones sobre lo que es adecuado a la naturaleza y lo

que se le opone; dando por resultado uno de los más abstractos y teóricos tratados del corpus arnaldiano. Hay que advertir que, a pesar de su admiración por el texto original del aforismo, en el que "brilla la perspicacia de Hipócrates y la perfección de sus dichos, de modo que no hay allí ni una palabra de sobra" (f. 285d), lo que en realidad expone es el comentario que en su día elaborara Galeno, "el primero que eliminó la ambigüedad y precisó la intención de los dichos de Hipócrates". No tengo noticia de ningún manuscrito de esta Expositio; pero creo que estaría en el cuaderno reseñado en el inventario de la biblioteca de su autor bajo el epígrafe: Unus quaternus qui incipit: In morbis...

En el mismo inventario se anotaba otro manuscrito titulado: Expositio primi alphorismi Ypocratis, que no parece aventurado identificar con el largo texto que en las ediciones lleva el título : Repetitio super canone "Vita brevis" (f. 275c-281b), y al que deben de referirse estas indicaciones que leemos en Speculum medicinae: "... así lo dice Hipócrates en el primer aforismo, sobre la vida breve y el arte largo; y en la exposición de este aforismo, hace tiempo publicada, quedó esto plenamente aclarado" (f. 22b); "... en la exposición del primero de los aforismos del doctísimo Hipócrates, se precisó la doctrina para experimentar las medicinas desconocidas en los cuerpos humanos" (f. 23b). En realidad, esta "exposición", más que un comentario es una larga elucubración original que simplemente toma pie en las escuetas sentencias del célebre "proto-aforismo": "La vida es corta; el arte, largo; la ocasión, fugaz; el experimento, engañoso, el juicio, difícil". Esta precariedad en que se desenvuelve el ejercicio de la Medicina, sugiere a Arnau una bella metodología del arte clínico. Comienza precisando cual ha de ser la técnica de todo buen comentario, que ha de explicar la intención del autor, mostrar la verdad de lo que dijo y extraer toda la utilidad de su doctrina. Es lo que él hará, "para ayudar a los estudiantes", con "esta preciosa perla que Hipócrates envolvió para nosotros en el lienzo de sus palabras" (f. 275d). Excelente criterio demuestran las reglas que el Maestro Arnau expone sobre el proceso del conocimiento médico, el valor de la autoridad de los antiguos, la importancia del empirismo vulgar...; pues advierte que el experimento ha de ser riguroso y concreto, la autoridad ha de coordinarse con la experiencia y los datos empíricos han de ser sopesados por la recta razón. Y, aunque en algunas páginas divague por las alturas de la especulación abstracta -como cuando polemiza con los secuaces de Demócrito-, su intención es, como siempre, práctica y concreta ninguna sentencia pertenece a la Medicina, si no sirve para la obra de la curación, si no se basa en la experiencia, si repugna a los principios establecidos por los grandes autores...; notoria es la importancia de la doctrina recibida, pero cada uno puede acrecentarla con su investigación personal.

El estilo de esta obra, difuso y desordenado, difiere que refleja un curso universitario: el texto aparece redactado por otra persona -ego scriptor- que se excusa de no reproducir todo el original por falta de tiempo.

po; y su exposición seguida -sin capítulos, ni apartados-, el tono dialogal de algunos párrafos, la abundancia de ejemplos ilustradores y hasta la recomendación de una nueva versión latina de la segunda parte del De interioribus de Galeno que acababa de aparecer, denuncian -tanto o más que De considerationibus- el aire de una serie de lecciones recogidas sin gran elaboración ulterior. También aquí se encuentra una de las raras alusiones de Arnau a su vida profesional: dice que había respondido a las consultas de algunos colegas -uno de ellos, condiscípulo suyo, era a la sazón médico de los reyes de Portugal- enviándoles unos aforismos originales esclarecedores de cada caso; reproduce el texto de cuatro de estas sentencias (f. 278c), y he podido comprobar que se halla casi exactamente en el libro que llamaremos Aphorismi particulares. En las mismas páginas se refiere Arnau a uno de los aforismos de su tratado De gradibus, todo lo cual refuerza la indudable autenticidad de este comentario.

Sobre la misma base estriba el último de los libros de esta seroe, el llamado Tabula super "Vita brevis" (f. 281c-284d), que es muy distinto del anterior, aunque no falten coincidencias. Es un trabajo más breve y mejor elaborado; un manual sencillo para la orientación de la práctica clínica. En él se fija el autor en la segunda parte del "protoaforismo"; allí donde Hipócrates advierte que para el buen éxito del acto médico se requiere diligencia en el médico, docilidad en el enfermo, idoneidad en los que le atienden y adecuación en las circunstancias. Pero, de hecho, solo el primer punto será tratado: ¿cómo ha de proceder el médico al ser requerido para atender a un paciente? Ante todo, se contesta Arnau, ha de tratar de conocer la enfermedad en cuestión, a lo largo de tres momentos: recapacitando, antes de la visita, lo más esencial de sus saberes; recogiendo en el acto médico los signos morbosos; confrontando después mentalmente lo visto con lo sabido. Y cada uno de estos momentos va siendo analizado en unas "tablas" que, si fueran desarrolladas sobre una amplia superficie de papel, formarían un gran cuadro sinóptico. En la primera se apuntan esquemáticamente las cosas que pertenecen o afectan al cuerpo pasible: las naturales, no-naturales y contranaturales, precisándolas que son realmente dignas de consideración a efectos prácticos; en la segunda se plantea la recogida sistemática de los signos que puede ofrecer el cuerpo enfermo, por alteración de sus cualidades visibles y tangibles, de sus funciones propias o del aspecto de sus excreciones, y se enseña a referir estos accidentes a la fuerza o virtud alterada a que correspondan; en la tercera, se invita al clínico a la inducción del diagnóstico a través de los datos obtenidos, advirtiéndole que hasta que dicho juicio no hay madurado no procede medicar al enfermo y sí darle remedios "neutros" de los que facilita una breve lista. Se completa esta obra con unas acertadas observaciones de prudencia y moral médicas.

La doctrina de Tabula super "Vita brevis" coincide plenamente con la expuesta con más extensión en Speculum medicinae. Pero aquí llega el Maestro a la más aquilatada selección de datos teóricos con fines prácticos: con estas "tablas" a la vista el clínico acertará a proceder de lo particular a

lo general sin riesgo de extravío. No es extraño el que el colfón de este texto en las ediciones lo califique de multum utilis, ni el que haya logrado una buena difusión manuscrita. Con frecuencia los catálogos de bibliotecas confunden ambos comentarios al primer aforismo hipocrático; pero he podido comprobar que la gran mayoría de las copias conocidas -diez por lo menos- contienen la "tabla", mientras que solo tres llevan el comentario extenso. Sin duda alude a este texto la referencia a la "tabla particular de accidentes" que hace Arnau en el Speculum (f. 31d), pues realmente se halla en ella la descripción a la que allí se remite.

Farmacología teórica

En las páginas centrales de Speculum medicinae, en aquella amplia sección de contenido farmacológico, el autor alude a dos obras suyas de este género: Amphorismi de gradibus (f. 6d y 22a) y Epistola de dosi tyriacalis (f. 7a), que conocemos por varios manuscritos y que -con títulos algo modificados- van siempre juntas en las ediciones generales.

El tratado De gradibus (f. 223a-233c) constituye una de las más importantes producciones de Arnau de Vilanova. Los modernos historiadores de la Ciencia -de Singer a Beaujouan- han puesto de relieve la polémica mantenida en Montpellier durante el primer tercio del siglo XVI en torno al problema de la dosificación medicamentosa y han señalado la importancia de ese intento de aplicación del cálculo matemático a una cuestión biológica. Y, como evidencian los trabajos de Mc Vaugh y Dureau-Lapeyssonie, este trabajo arnaldiano se halla en la base de la aludida polémica y de su consecuente irradiación: ya Bernard Gordon, en su libro del mismo título, escrito en 1303, sigue de cerca los criterios de su compañero de claustro; y aun un siglo más tarde, Antoni Ricard, médico de Martín el Humano, se apoya de lleno en la obra de su compatriota -hujus cathalane nationis decus- y termina su Opusculum de arte graduandi, elaborando, entre todos los sabios que le precedieron en esta vía, al "luminoso doctor Maestro Arnau de Vilanova".

Desde los comienzos del arte médico, se ha visto en la enfermedad una alteración del equilibrio de las cualidades elementales: lo caliente y lo frío, lo seco y lo húmedo...; y, según el principio contraria contrariis, el predominio morboso de una cualidad -o del par de cualidades característico de un humor pecante- ha de ser corregido mediante la aplicación de remedios de cualidades opuestas. Estas cualidades pueden ser de diferente grado, según cabe apreciar por la intensidad de sus efectos; y la valoración de la eficacia de un medicamento simple se complica notablemente, cuando se mezclan varios para preparar medicinas más o menos complejas. Ya Galeno trató de ordenar esta cuestión de las graduaciones medicamentosas y de las mutuas interacciones de los componentes de un fármaco. Pero fué el primer gran científico árabe, Al-Kindí, quien en el siglo IX aplicó un método matemático a la resolución del problema: las complexiones pueden desviarse

del estado de equilibrio -temperatus- en cuatro grados; y en cada grado la cualidad dominante va creciendo en progresión geométrica de razón 2 -así, un cuerpo será caliente en primer grado si tiene dos partes de calor y una de frío; en segundo, con cuatro partes, en tercero con ocho y en cuarto con dieciséis-; y esta será la base de todo cálculo del grado de cualidad del compuesto resultante de una preparación farmacéutica. Tres siglos después, Averroes replanteaba este asunto y procedía a la valoración de los grados por progresión aritmética de razón 1: primer grado, dos a uno; segundo, tres a uno... Así, en la progresión de Al-Kindí se mantienen fijas las proporciones relativas; en la de Averroes los intervalos entre los grados.

Arnau comprende la importancia del problema y lo introduce en el mundo latino, al publicar la obra que comentamos: interesa calcular la complejión resultante del proceso artificial de mezcla de los simples -dice en el prólogo de Aphorismi de gradibus (f. 223a)-; esto es imposible secundum exquisitam veritatem, pero podemos lograr resultados útiles aplicando criterios ciertos. Plantea sus postulados en una serie de aforismos que bastarían por sí solos para las inteligencias mayores, pero propter minores procederá a declararlos mediante los correspondientes comentarios. Así el tratado queda formado por treinta y siete sentencias breves -"como teoremas demostrables"- y por las adecuadas explicaciones que alcanzan gran extensión y complejidad, aunque el autor declare que "expresa sus cálculos de modo grosero y vulgar por condescender con los que ignoran las disciplinas físicas, para que no se retraigan de este ejercicio" (f. 231c); y en atención "a los menores", agrega una segunda parte sensibilis sen exemplaris, con cinco tablas que aplican a la práctica por medio de ejemplos sencillos las consideraciones teóricas anteriormente expuestas. El tratado en su conjunto es sólido y bien trabado, con frecuencia recurre a nociones matemáticas; precisa -como en Speculum- el valor de la experiencia y de la razón en el conocimiento científico y toma una posición decidida respecto al método de cálculo en la graduación medicinal: entre el sistema de Alkindí y el de Averroes, acepta resueltamente el primero y esta actitud habrá de influir notablemente en el tratamiento que den al problema los autores ulteriores. Arnau ve en Alkindí al auténtico intérprete de Galeno que supo exponer su doctrina "de modo sutil, razonable y sabio" (f. 226a). Averroes, en cambio, "se engañó con su sistema de aumentos" (f. 228c), por lo que "su doctrina es irracional y errónea y por lo tanto ajena al arte -inartificialis-".

Y, después de neutralizar cierta interpretación de "algunos averroistas" y de ironizar sobre un dicho del Commentator "que no es ni profético ni adivino" (f. 225d), relega al filósofo cordobés, al rango de aquellos autores cegados por su arrogancia que, "como son ingeniosos y perspicaces, presumen de sí más de lo que son y se creen que su ciencia es indefectible. Y por ello, no se cuidan de examinar lo que les presenta su fantasía y así se ven engañados por ella. De ellos fué este autor, especialmente en sus consideraciones médicas; pues erró en todo aquello en que atacó a

Galeno. Por ello -sigue diciendo Arnau-, escribimos expresamente contra él el tratado De considerationibus operis medicine y la epístola De dosi tyriacalium para que los débiles no caigan en el error a causa de sus doctrinas" (f. 229c). Estas últimas palabras nos desvelan al fin quienes eran los innominados destinatarios de los dicterios que encontrábamos en casi todas las obras hasta aquí tratadas; pues han de entrar también en cuenta los que animan las páginas del Libellus de humido radicali y el comentario a De malitia complexionis diversae que seguramente no habían sido aún publicados. Arnau se manifiesta pues en toda su obra teórica un fiero anti-averroísta; creo que aquí está la clave del antes aludido recelo frente a la publicación de sus comentarios a los clásicos: si todos eran como el que conocemos, temería enfrentarse aún más con los secuaces de Averroes que tanto peso tenían en las Universidades de aquel tiempo.

En la misma línea doctrinal está la citada Epístola de dosi tyriacalium (f. 222a-223a). Es un escrito muy breve: un folio en las ediciones góticas, menos de cuatro páginas en Praxis medicinalis. Su título no refleja bien el contenido, pues solo al final se ocupa de la dosificación de la trífaca; y aún lo hace de modo general, dejando al práctico el cuidado de administrar este popular y complejo fármaco en la cantidad adecuada a la situación del paciente. Trata más bien Arnau en este opúsculo de explicar la afirmación de Galeno de que la naturaleza de un antídoto es intermedia respecto al veneno ingerido y al cuerpo afectado. Y se complace en atacar a Averroes que ha falseado tan clara sentencia con su impertinente interpretación; una vez más se enfrenta con el sabio hispano-árabe, al que llega a calificar de calumniador y deshonesto (f. 222c). La epístola se cierra con una invectiva sobre el "soberbio e indómito entendimiento de los jóvenes que los engaña cuando con necia presunción se mantienen tercamente pegados a sus imaginaciones" (f. 223a); un lamento análogo al que vimos en el prólogo De intentione medicorum. Además de este detalle, pone a esta obra en la línea de los escritos universitarios su contenido teórico y su método especulativo; fué un error del editor lionés de 1586 el admitirla en su colección de tratados arnaldianos de carácter práctico.

Un reducido número de manuscritos contiene el texto de una u otra de estas obras farmacológicas: cinco para la primera, cuatro para la segunda. Pero se hallan en códices de toda garantía que, con las habituales variantes, autentifican el texto impreso. Un manuscrito del Jesus College de Cambridge contiene los aforismos aislados, sin el comentario correspondiente; y así serían impresos, junto con las obras aforísticas de Arnau, en la colección Scrinium medicine, como a continuación veremos. Y en Bibliotecas de Oxford, Cambridge, Basilea y Salins hay escritos atribuidos a Arnau que parecen reelaboraciones del De gradibus.

Aforística

Al cerrar el largo texto de Speculum medicinae, advierte el autor que,

Al cerrar el largo texto de Speculum medicinae, advierte el autor que aunque haya dedicado preferente atención a la doctrina médica, no por ello ha descuidado la Medicina práctica; "... damos gracias a Jesucristo, Señor, que ha llevado a término las consideraciones introductorias de la primera parte de la Medicina, la llamada teórica, y que ya en nuestro "Régimen de salud" y en los "Aforismos de ingenio sanitatis" inició ampliamente las necesarias consideraciones prácticas; y esperamos con fervor que el mismo la complete por medio de un comentario a dichos aforismos y de otros aforismos sobre las experiencias particulares que todo médico sabio ha de tener en cuenta en las enfermedades de cada uno de los miembros" (f. 36a). La problemática que suscitan los diversos "Regímenes de salud" atribuidos a Arnau aconseja dejar su estudio para el capítulo siguiente. Trataremos aquí tan solo de las dos series de aforismos y del anunciado comentario.

El género aforístico ha gozado siempre de predicamento entre los escritores médicos. Este sistema de condensar la doctrina en sentencias breves que, fácilmente retenidas por la memoria, sirvan al clínico como normas de actuación, iniciado en lengua jónica por el gran Hipócrates, sería cultivado en árabe por Mesné, Razés y Maimónides. Arnau habría de impulsar la aforística latina que llegaría a su cumbre, ya en el siglo XVIII, en los célebres "Aforismos" de Boerhaave. Las dos colecciones arnaldianas tienen que ver también con la pedagogía universitaria; ya Champier, su primer biógrafo, decía que Arnau formuló cánones y reglas breves de Medicina para los jóvenes".

La obra que en Speculum medicinae se cita como ya realizada, con la denominación: Amphorismi de ingenio sanitatis, en la conocida habitualmente como Parabola medicationis (f. 101d-118c); algunos manuscritos -de París, Erfurt y Praga- mantienen el título primitivo junto al consagrado. Con ello confiesa Arnau que se ha basado principalmente en el tratado De ingenio sanitatis -como los medievales llamaban al Methodus medendi de Galeno- para la elaboración de sus aforismos. Pero no hay que pensar en identificar esta obra con el comentario arnaldiano a dicho tratado galénico tantas veces referido en las páginas del De considerationibus operis medicinae -in commento nostro super ingenio sanitatis-. Tal comentario -que parece haberse perdido- sería la explanación de un extenso original de catorce libros, mientras que Parabola medicationis es como la condensación de su quinta esencia; muchas de las referencias del primero no se encuentran en el texto del segundo, y éste no es un resumen servil, sino una creación original dotada de acusada personalidad en la expresión de sus tajantes sentencias.

Pocas producciones de nuestro autor han gozado de una difusión tan amplia y mantenida. La abundante tradición manuscrita, atestiguada aún por veintinueve copias medievales, iría seguida de un verdadero éxito editorial en el siglo XVI: el texto de Parabola medicationis fue impreso en las siete colecciones generales y en Praxis medicinalis; en la selección de escritos aforísticos publicada en 1509, bajo el título Scrinium medicinae por

Jean d'Ivry; en el volumen editado por Diego Alvarez Chanca, en 1514, en Sevilla; en las ediciones lionesas de Articella, de 1515, 1519, 1525 y 1534, y en el volumen de obras diversas preparado en Basilea, en 1565, por Pictorius de Villingen. Una versión hebrea fué realizada, en 1378, por Abraham Abigdor. Y no es infrecuente encontrar citas de algún aforismo en otros libros médicos medievales.

Tan amplia transmisión presenta un texto casi uniforme, con las habituales erratas de los copistas. Solamente varía en los diversos testigos el número de los aforismos, pues a veces se dan omisiones, duplicaciones, fusiones y divisiones. Tras los ensayos que he hecho para establecer el texto crítico, creo que puede afirmarse que Parabolaë medicationis es una colección de 339 aforismos, distribuidos en ocho "doctrinas" de desigual extensión. Las tres primeras doctrinas son introductorias -para preparar el ánimo del médico y elegir los adecuados medios de actuación- y las dos últimas complementarias -modo de proceder en la convalecencia y en las recaídas-; constituyendo el cuerpo del tratado las tres doctrinas centrales, dedicadas a dar reglas referentes a las afecciones de la complexión y de la composición y a las enfermedades compuestas. En esta parte central -que totaliza 242 aforismos- es evidente la coincidencia doctrinal con Speculum medicinae, en cuyo texto se leen -sin alusión explícita- muchas de las "parábolas" al pie de la letra; las detalladas reglas relativas a la flebotomía que da la doctrina cuarta, evocan las descritas en De considerationibus...; la segunda mitad de la quinta doctrina, que trata de las lesiones con solución de continuidad, revela el criterio conservador de Arnau en materia quirúrgica. Son sabrosas muchas de las sentencias de la primera parte: "... Quien se instruye, no para saber, sino para lucrarse, viene a ser fruto abortivo de la profesión que ha elegido... El médico, en su actuación, ha de ser eficaz, no locuaz; pues no se combaten las enfermedades con palabras, sino con las esencias y las propiedades de las cosas... Falaz o ignorante es el médico que busca cosas inusitadas y raras, cuando puede ayudar al enfermo con las más corrientes...", y tantos otros consejos de buen criterio clínico y moral. Las dos últimas doctrinas aparecen englobadas en las ediciones -excepto en la de Sevilla-, que presentan así solamente siete. Pero en todo caso, se cierra el texto con cuatro aforismos de sabor religioso, precedidos de esta rúbrica: "Cánones que adaptan lo antedicho a las cosas morales"; pobre contenido, para tan ambicioso programa, lo que creo denota un propósito incumplido de más amplio desarrollo.

El primer aforismo de Parabolaë medicationis: "Toda medicina procede del Bien Supremo", identifica el texto que conocemos con el autógrafo de Arnau que los albaceas hallaron en su biblioteca, en un cuaderno de pergamino que comenzaba: Omnis medela... En el colofón de dos copias manuscritas de París -Bibliotecas Nacional y del Arsenal- y de otras dos de la Catedral de Praga se lee que estos aforismos del Maestro Arnau fueron "publicados en Montpellier, en el año 1300, y presentados por él al rey de Francia"; dato este último que confirma el ms. latino médico 23 de San

Marcos de Venecia, cuando dice: "... parábolas hechas en honor del ilustre rey de Francia". Pienso que nuestro médico, regresaría a su ciudad, después de aquella accidentada embajada en París y de la consecuente estancia en Barcelona y Valencia, en los comienzos del verano del 1500; y que ultimaría la confección de las "Parábolas" para ofrecer su primera copia, como obsequio a Felipe IV, al volver meses más tarde a la corte francesa.

Las ventajas nemotécnicas del género aforístico se ven contrarrestadas por la obscuridad que acarrea su misma concisión. Ya Galeno hubo de comentar ampliamente cada uno de los aforismos hipocráticos, para exponer su sentido y explicitar su doctrina. El propio Arnau prometía en Speculum un comentario para sus "Parábolas"; ¿llegó a realizarlo? En las ediciones generales y en Praxis, las parábolas aparecen comentadas una por una; pero este comentario -como ya Haureau advirtiera- no es del mismo autor: su estilo escolástico, su continuo recurso a Avicena y la referencia al redactar de los aforismos en tercera persona -in hoc aphorismo magister Arnaldus intendit...- excluyen esta posibilidad. En todos los manuscritos y en los impresos de Scrinium medicine y Articella, el texto de las parábolas se ofrece sin comentario alguno. Dos autores renacentistas: el alemán Pictorius y el español Alvarez Chanca se sintieron movidos a ilustrar con sus comentarios las ediciones por ellos preparadas; los del primero son breves referencias de los textos clásicos en que puede estar basado cada aforismo; los de Diego Alvarez Chanca constituyen una excelente glosa del "celebérrimo opúsculo del divino a Arnau de Vilanova", a través de unos comentarios sobrios, inteligentes y prácticos, que merece un estudio aparte por la calidad del trabajo y por la personalidad del autor: el primer doctor que hizo medicina en el Nuevo Mundo, al tomar parte en el segundo viaje de Colón.

Por todo ello, parece que Arnau no hubo de cumplir su promesa de elaborar un comentario. Sin embargo, creo que al menos inició esta labor, si es que es suyo el Commentum super suis parabolis que las ediciones generales traen y que las paralelas de Lión presentan en el folio 272. Este comentario, desplazado de su lugar -excepto en las ediciones de Venecia 1527 y Basilea 1585, donde sigue al comentario anónimo habitual-, se refiere solamente a las veintidós primeras parábolas. Faltan manuscritos y otras referencias, pero su estilo tiene el sabor de la literatura arnaldiana. Es un comentario directo y sencillo, cuajado de observaciones interesantes: sobre el modo de interrogar a un paciente, sobre la formación profesional, sobre la individualización clínica... Hasta se apunta la posibilidad de una revelación acerca de conocimientos científicos, trayendo a colación un relato que recuerda la visión que Arnau describe en De cymballis ecclesiae, escrito en 1301 -y conviene recordar que el título de Parabola medicationis suele proseguir así: secundum instinctum veritatis eterne-. En la exposición de la primera parábola, este comentario dice que se ha de entender por medela todo lo que sirve a la salud del hombre, tanto corporal como espiritual, y que aunque la letra de los aforismos que siguen

trata tan solo de lo corpóreo, cada uno de ellos es ejemplo de otro canon orientado a la medicación espiritual. ¿No es esto la aclaración de aquel intento expresado en el apéndice final del texto básico?. Aquellos cuatro aforismos se limitan a decir que las Parábolas de Salomón muestran que las consideraciones naturales se adaptan por la conveniente metáfora a las morales, y que un doctor discreto, a semejanza del Señor -doctor graciosus et efficax- que habló en parábolas, sabe declarar las cosas ocultas por medio de las sensibles. Creo que ambos textos se complementan e indican el deseo del autor de redactar una serie paralela de parábolas espirituales, de la que las cuatro sentencias aludidas serían el malogrado embrión. Tal vez tenga que ver con ésto la presencia en la biblioteca del Maestro de un volumen De vita spirituali et corporea y un ejemplar de Parabolae Salomonis o libro de los Proverbios.

En el lugar de las ediciones lionesas de Opera Arnaldi donde se hallan desplazados estos breves comentarios, se lee "que deberían ir en el folio 128, ante aquel título que dice: Tabla del Maestro Arnau de Vilanova que informa a los médicos, etc.". En efecto, allí encontramos este epígrafe precediendo a un comentario, de la misma estructura que los ya estudiados, que corresponde a la parábola 22ª y que hace referencia explícita a lo dicho en el comentario a la 21ª, al que debería seguir. Pero, como dicha parábola -Antequam innotescat... trata de la conveniencia de administrar remedios suaves o neutros al paciente mientras no se formule un correcto diagnóstico de su mal, el comentario se resuelve en una larga relación de alimentos y medicamentos adecuados al caso, que se presenta en cuatro tablas y que llega a constituir obra aparte. Tabulee que medicum informant specialiter cum ignorantur egritudo es su título en las ediciones generales, en las que sigue siempre a Parabolae (f. 118d-120a). Estas "Tablas" se hallan también en algunos pocos manuscritos y en las ediciones Praxis y Scrinium.

Bien puede ser éste el escrito reseñado en el inventario valenciano como: Expositio unius antiforismi ue dieta certa et tenue. Acaso la disgresión que supuso la confección de las Tabulae cortara el hilo de la serie de comentarios iniciada por Arnau, y los incidentes de los últimos años de su vida habrían dificultado su reanudación. En esta obra, da Arnau el equivalente en lengua vulgar de algunos nombres latinos; casi siempre se trata de un término provenzal -cosa lógica, escribiendo en Montpellier-, pero en dos ocasiones dobla esta versión al francés y en una al catalán: rogetus quem provinciales culima vocant, catallanum mollem (moll= salmonete) (f. 119c).

Aphorismi particulares (f. 120d-123a) será el título que adoptemos para la segunda colección de este género -anunciada por Arnau como proyecto en Speculum-, simplificando los largos y variados epígrafes con que se presenta en los textos. Estos aforismos "particulares" -destinados a ilustrar las afecciones concretas de cada uno de los miembros- nunca se encuentran aislados; en todo caso siguen a los aforismos generales -las "Parábolas"-, mientras que estos últimos -en la edición sevillana de 1514 y en la mayor

parte de los manuscritos- se encuentran a menudo transcritos en exclusiva. Solo siete copias manuales de la colección entera he podido registrar; aunque pueden ser más las existentes, ya que a veces el texto de Aphorismi sigue al de Parabolaes sin solución de continuidad y sin referencia en los catálogos. Esta menor difusión va de acuerdo con la inferior calidad de esta serie aforística que se halla mucho menos elaborada que la primera; como obra tardía que es, parece mal acabada: es extensa y bien trabada la primera parte, que trata de las afecciones de la cabeza y de la conservación de la memoria, pero son pocos y deslabazados los aforismos referentes a las enfermedades de tórax y abdomen, tras de los que viene una corta serie dedicada a los padecimientos articulares. Tampoco se da aquí esa sustancial integridad del texto que, a través de sus múltiples copias, advertíamos en Parabolaes. Por el contrario, de unos testigos a otros varía notablemente el número de los aforismos y el orden en que están colocados; aunque eliminando repeticiones e interpolaciones -como la que los impresos declaran haber tomado del libro De parte operativa- creo que puede fijarse en 211 el número total de aforismos. En medio de tal fluctuación, se advierten algunos bloques del texto que presentan mayor firmeza: series de sentencias médicas sólidamente trabadas entre sí, algunas de las cuales presentan una tradición manuscrita independiente y más rica que la del propio opúsculo en su integridad. Especial personalidad posee la colección de veinticinco aforismos De conservacione memorie, de la que he registrado trece copias de su texto aislado, algunas de las cuales se hallan en códices no médicos, como para ayudar con sus normas higiénicas la capacidad retentiva de cualquier estudioso, De los "Aforismos de la memoria" se conserva también una traducción al catalán, hecha en el siglo XV, y recientemente editada por el P. Batllori, cuyo primer aforismo dice así: "**Primerament**, tot excellent fredor de fora destroneix la memoria, e majorment la fredor de nits per mala cobertura de cap", y siguen los restantes, en el orden habitual de los manuscritos latinos -muy diferente al de las ediciones-, agregando al final uno más por cuenta del traductor. Advirtamos, por otra parte, que en las colecciones impresas de obras médicas de Arnau de Vilanova, aparece un breve escrito titulado De bonitate memoriae (f. 214b-c); no es más que un resumen de lo dicho en la serie de aforismos de la memoria, al que el anónimo redactor ha agregado un unguento apropiado al mismo fin, cuya receta atribuye también al Maestro Arnau.

Otra serie independiente, contenida en cinco manuscritos, es la que en el código 138 -del siglo XIV- de la Biblioteca Nacional de Madrid, lleva por título: Amphorismi de arthetica; está constituida precisamente por los veintidós aforismos que cierran todas las recensiones globales de esta colección. Y quedan aún unos pocos manuscritos, en los que, bajo la indicación Amphorismi dispersi, se agrupan algunas de estas sentencias, a partir de la que comienza: Solitis sudoris ablatio...

Por lo que el propio Arnau nos dice en su Expositio super Vita brevis de que solía responder a consultas de sus colegas remitiéndoles aforismos

-algunos de los cuales figuran en la colección que examinamos-, se comprende que fué ésta una obra de lenta elaboración y que quedó inacabada; aforismos sueltos y breves colecciones referentes a temas concretos -la podagra, la memoria...- habrían gozado de vida literaria propia y habrían sido luego incluidos por su autor en una colección ordenada según las afecciones del cuerpo de arriba abajo -de capite ad pedes-, en la que tendrían mayor consistencia las que forman la primera parte -afecciones de la cabeza- y la breve serie final que principalmente se refiere a las extremidades inferiores. No se conoce comentario alguno a estos aforismos.

IV. LA OBRA CIENTÍFICA RESTANTE

Al repartir la reseña de la obra científica de Arnau de Vilanova en dos capítulos y dedicar el primero a la obra de Montpellier, no quiero decir que los escritos que aquí vamos a examinar hayan sido redactados en otra parte. Antes al contrario, creo que en aquel ambiente universitario debieron de fraguarse, al menos las más extensas y auténticas de estas producciones. Lo que ocurre es que la falta de algunas de las condiciones que daban coherencia al bloque de textos antes estudiados impiden incluir en él a los que a continuación se relacionan. Vamos a encararnos, pues, con una bibliografía más dispersa e insegura, en la que entran obras auténticas, apócrifas y dudosas; extensos tratados y brevísimas monografías; libros médicos y escritos dedicados a otras ciencias... La amplitud de la materia exigirá un tratamiento más somero que en el capítulo anterior; la complejidad de las cuestiones críticas impedirá con frecuencia la formulación de soluciones seguras. Son aún bastantes los cabos que quedan por atar; pero creo que pueden establecerse algunos jalones con la seguridad suficiente como para poder fijar en sus justos límites la aportación científica arnaldiana.

Regimen sanitatis

No sólo es misión del médico la curación de las enfermedades, sino también la guarda de la salud. Y este principio siempre válido tenía especial urgencia en los tiempos en que eran escasos los medios eficaces de tratamiento. Muchas de las mejores páginas de la colección hipocrática tratan de la "dieta", de la adecuada regla de vida y alimentación; a la higiene individual dedicó Galeno un extenso libro; y en la Edad Media proliferarían escritos de esta clase bajo el título genérico de Regimen sanitatis. Tres tratados así llamados se encuentran en los volúmenes de las ediciones generales de obras del Maestro Arnau; no todos son producciones genuinas de su pluma, pero -auténticos o apócrifos- testimonian en todo caso el prestigio que en este campo tenía nuestro médico, generalmente considerado como uno de los clásicos de la literatura higiénico-dietética medieval.

Por lo pronto, contamos con un Regimen sanitatis arnaldiano, absolutamente seguro y extraordinariamente popular: al que nuestro autor redactara para la tutela de la salud de su gran amigo y agradecido cliente el rey Jaime II (Opera, f. 82a-86b). Es un texto sencillo y escueto, exento de toda erudición que muestra la capacidad de aquel profesor universitario para hacerse entender de los no iniciados en el arte médico. Lo mismo que -en la otra vertiente de su producción literaria- había redactado Arnau opúsculos catequísticos y evangélicos para la vida espiritual de la familia real catalana, recoge aquí las normas higiénicas adecuadas a la salud corporal de Jaime II: reglas sobre el lugar apropiado para establecer la corte, sobre el régimen del ejercicio físico, del baño, la comida, el sueño y las emociones, sobre las cualidades salutíferas de los principales alimentos y bebidas...; es decir, sobre la ordenación de las principales "cosas no naturales", aunque aquí -en deliberada eliminación de tecnicismos- las designe Arnau simplemente como "cosas que necesariamente afectan al cuerpo".

El Regimen sanitatis ad inclytum regem Aragonum, era en su origen un escrito estrictamente personal; normas especialmente adecuadas a las condiciones concretas de su destinatario, tanto en su condición de monarca -oportet regis... como en su complexión individual -templada tirando a sanguínea-; a las que incluso se añade un capítulo sobre el tratamiento de las hemorroides por ser ésta una afección que D. Jaime padecía. Y sin embargo, esta obra había de popularizarse hasta el punto de ser una de las más leídas de la Edad Media. Y es que la claridad de su estilo y la utilidad de su doctrina provocaban el interés de toda clase de personas. Vimos antes que de ningún otro texto arnaldiano se conservaban tantos manuscritos lo mismo se encuentran en Valencia que en Dantzig; hay copias contemporáneas del autor y otras que alcanzaron a las primeras ediciones incunables. Vimos también cuán tempranamente fue este libro traducido al catalán y al hebreo; otra versión catalana -ésta del siglo XV- se halla en la Biblioteca Vaticana, y en la Laurenciana de Florencia, se encuentra el texto italiano del último capítulo del Regimen bajo el título Trattato delle morice.

El original de esta obra se hallaba, junto con los "Aforismos", en la biblioteca valenciana de su autor, donde los albaceas registraron: Item Regimentum sanitatis factum per Magistrum Regi Aragonum, cum Amphorismi Magistri, et incipit: Prima pars. Y tengo por seguro que este era el libro que con vehemencia reclamaba Jaime II, en el verano de 1308. Ciertamente que, en sus cartas, pedía el rey el envío de un speculum medicine pro conservatione nostre salutis, con lo que parece nombrar aquel extenso tratado que encabeza las ediciones generales; pero no creo que pretendiera referirse a tal obra. Don Jaime sabe que su médico ha escrito un libro expresamente orientado a la conservación de la salud, lo que no es el caso de un tratado tan teórico y generalizador. El término Speculum es bastante común en los títulos de libros medievales -recordemos, entre tantos, el Speculum majus de Vicent de Beauvais-; y el rey pudo emplearlo en sentido genérico, tal vez inducido por el título del libro de Medicina teórica en el que por entonces

trabajaba el Maestro Arnau. Vale más fijarse en la intención de la obra demandada: pro conservatione nostre salutis; y recordar que en varios manuscritos -entre ellos el 872 del Arsenal, copiado ya en 1329-, en los incunables y en los explicit de las grandes ediciones se llama De conservatione sanitatis a esta obra, cuyo texto comienza precisamente así: Prima pars vel consideratio sanitatis conservande...

El traductor hebreo del Regimen sanitatis hizo constar que había realizado su trabajo en Aviñón, veinte años después de que Arnau redactara el original en Barcelona, lo que fija su fecha en 1307; pero varios manuscritos latinos afirman que fue escrito en Montpellier. Aunque no consta ninguna estancia de Arnau en Barcelona, entre agosto de 1305 y junio de 1309, bien pudo haber tenido lugar, en la fecha indicada, un viaje a la metrópoli, en el que surgiera el proyecto de escribir este texto, cuya conclusión se habría retrasado hasta provocar las reclamaciones de 1308; que es cuando Arnau lo habría terminado, probablemente en Montpellier, donde su colega Bernard Gordon acababa de redactar su De conservatione vite humane.

Ahora bien, ¿será este Regimen sanitatis el anunciado, como obra ya concluída... et qui iam in regimento sanitatis nostro..., en la última página del Speculum medicinae? Parece que esta alusión habría de referirse a una obra de mayor tono científico y de carácter más general, como lo son las demás citadas en aquel tratado; a un libro por el estilo de aquel que comienza Quod regimen sanitatis sit necessarium... (f. 62b-81d) y cuyo texto -casi cinco veces más extenso- procede al dedicado al rey de Aragón en todas las colecciones impresas de obras de nuestro autor. Pero es el caso que en estas mismas ediciones se apunta la problemática de su atribución: Incipit liber de regimine sanitatis Arnaldi de villa nova quem Magninus mediolanensis sibi appropriabit addendo et immutando nonnulla, reza su título. Con lo que el editor declara que Maino de Milán, plagió la obra de Arnau, ampliándola y modificándola notablemente. Bien conocido es el milanés Maino de Maineri, profesor de la Universidad de Paris en el siglo XIV y autor de un popular tratado sobre la preservación de la peste (1360). Y el texto que nos ocupa había sido ya editado a su nombre siete veces, antes del 1500, y lo sería otras tantas después, precedido de un prólogo en el que la obra aparece escrita hacia el año 1332 y dedicada al obispo de Arrás. Aunque este prólogo no figura en las ediciones de Opera Arnaldi, el texto es el mismo; y tanta su estilo literario, como los peculiares giros que lo esmaltan y cierta alusión inequívoca (f. 69c) a la patria milanese del autor, apartan decididamente esta obra de las genuinas de Arnau. Es verdad que existe un evidente paralelismo entre el contenido del Regimen sanitatis ad regem Aragonum y el de los capítulos centrales del Regimen extenso de Maino; no cabe duda de que el milanés utilizó ampliamente la obra del catalán. Pero no puede llamarse plagario a quien lealmente declara que ha recogido lo dicho por diversos autores antiguos y modernos; y entre los últimos no podía faltar el famoso libro arnaldiano.

El tercero de los "Regímenes" que se hallan en las colecciones de Ope

ra Arnaldi es el Commentum super Regimen Salernitanum (f. 150c-150c). Aquí se atribuye a Arnau de Vilanova una labor de comentarista: la exposición pormenorizada de las nociones sugeridas por los célebres hexámetros higiénicos-dietéticos que la vieja Escuela médica de Salerno habría elaborado con destino a un rey de Inglaterra -Anglorum regit scribit schola tota Salerni...- El éxito editorial de este Commentum fue considerable, pues se registran unas treinta ediciones del mismo. Ningún otro escrito popularizaría tanto el nombre del Maestro Arnau, dentro de la Edad Moderna. Y sin embargo, se trata sin duda alguna de una falsa atribución. El gran historiador Sudhoff, en su estudio sobre el Regimen sanitatis salernitanum (1914) admitía la paternidad arnaldiana del Commentum, a la vez que rebajaba la antigüedad atribuida a los populares versos del texto básico. Pero, después de las investigaciones de René Verrier (1949), hay que rechazar de plano esta relación, que sólo llegó a producirse por un error de imprenta. En efecto, el "Régimen salernitano" comentado se editó por vez primera, sin nombre de autor, en las prensas de Juan de Westfalia, en Lovaina, algo antes del año 1480, con el Regimen sanitatis ad regem Aragonum de Arnau; y, en pocos años, este volumen con ambos textos sería reeditado cinco veces en Lovaina y una en Colonia. Pero, poco después, comienzan a aparecer ediciones que contienen solamente el "Régimen salernitano" con el mismo comentario -según una recensión que se dice "preparada en 1480 por los Profesores de Montpellier"- y que lo atribuyen a Arnau de Vilanova. ¿A qué se debe esta atribución? La explicación es sencilla: al suprimir el "Régimen" arnaldiano auténtico, quedó al final del texto del "salernitano" el colofón que cerraba el volumen: "Aquí termina el Régimen de salud compuesto u ordenado por el Maestro Arnau de Vilanova, catalán, joya de todos los médicos vivientes" -exactamente el explicit habitual en los manuscritos-; y lo que declaraba a nuestro médico autor del segundo texto de los volúmenes dobles quedó aplicado al primero, hasta entonces anónimo. La portada de las ediciones de Lovaina anunciaba las dos obras: Regimen sanitatis salernitanum necnon et magistri Arnaldi de Nova Villa feliciter incipit, aunque ciertamente de modo algo obscuro -más claro es el título de Colonia:... necnon et liber de conservatione corporis, magistri Arnaldi...-; al editor parisino del "salernitano" aislado, le bastó con cambiar una partícula: ... necnon a magistro Arnaldo..., para que todo quedara arreglado. Después, los editores de Lion y otros podrían ya titular: Regimen sanitatis cum expositione magistri Arnaldi de Villanova, Cathallano, o algo parecido.

Otros factores negativos, que también ha hecho notar Verrier, son: la ausencia de manuscritos del Commentum de fechas más tempranas que los primeros incunables, el desconocimiento de este texto por parte de los profesores de Montpellier que escribieron en el siglo XIV y el continuo recurso a la autoridad de Avicena, al que se refieren más de la mitad de las citas que hace. Todo ello sitúa su elaboración en la segunda mitad del siglo XV; mientras que las referencias topográficas, la aclaración de algunos sustantivos latinos por sus equivalentes germánicos y las alusiones del autor a su pa-

tria brabantona- aproximan la redacción original de este tratado al lugar de su primitiva impresión.

Precede a este extenso Regimen apócrifo, otro brevísimo -tan solo ocupa una columna de las ediciones góticas: f. 130b-c que parece auténtico. No se refiere ya a la higiene individual, sino a la colectiva de los ejércitos en compañía, indicando las condiciones que hay que tener en cuenta para emplazar un campamento, y los medios para purificar el agua, evitar las epidemias y curar fiebres y heridas. En el inventario de la biblioteca de Arnau se encuentra: quendam libellum in papiro qui incipit: "Exercitus non debet...", et est ibi parum scriptum, que parece ser el que nos ocupa, pues coincide por el conienzo de su texto y por su brevedad. Y en el catálogo de los manuscritos de la Universidad de Cracovia, se anota bajo la rúbrica: Epistola magistri Arnaldi de Villanova ad regem Aragonie, un texto de preservatione epidemia exercitus. Seguramente habrá escrito algo sobre este tema a petición de Jaime II; tal vez para sus campañas de Sicilia o de Almería.

Se encuentra, por último, en Opera Arnaldi (f. 86b-90c) un libro que, sin titularse Regimen sanitatis, pertenece al mismo género. Es el tratado de conservanda juventute et retardanda senectute, que sigue siempre al Regimen ad regem Aragonum, seguramente porque va dedicado a otro rey, a Roberto II de Nápoles. Largo tiempo se ha mantenido la fama del Maestro Arnau como entendido en el arte de evitar los estragos del envejecimiento. Eiximenis escribía en el "Dotze del Crestia": "han fets los doctors de medicina speciales libres qui se appellan De retardatione senectutis..., en especial n' a fet mestre Arnau de Vilanova qui es fort assenyalat", y Lope de Vega en "La Dorotea": No, sino Arnaldo Vilanovano en el libro de conservar la juventud y retardar la vejez...

Especialmente estimado en el siglo XVI, este libro fue varias veces impreso fuera de las colecciones arnaldianas: con De conferentibus..., en 1511, y con diversas ediciones del Regimen de Maíno; y traducido al inglés por Jonas Drummond: The defence of age and recovery of youth of Arnald de Vilanova (1544), y al italiano: Trattato del conservar la gioventu (Venecia 1550).

Sin embargo, son muchas las reservas que la crítica opone a la referida atribución. Else Förster (1924) admitió su similitud con el de retardandis senectutis accidentibus que pasa por obra de Roger Bacon; y, en la edición hecha en Oxford (1928) de los opúsculos médicos atribuidos al franciscano inglés, Withington afirma que lo de Arnau es un puro plagio del libro de Bacon. Pero para juzgar esa cuestión hay que tener en cuenta la diversidad de los textos existentes. El más común es el que comienza: Intendo componere sermonem...; se halla a nombre de Arnau en unos pocos manuscritos del siglo XV -en varios de ellos, el texto va precedido de un prólogo que comienza: Domine mundi qui ex bina stirpe..., y es el impreso en las ediciones separadas. Este mismo texto contienen los manuscritos titulados De

vita philosophorum; Thorndike advirtió su coincidencia con el opúsculo de Roger Bacon, y yo he comprobado su identidad -dejando a parte numerosas variantes y un apéndice terapéutico- con el manuscrito De senectute retardanda que, a nombre de Arnal, se encuentra en el códice de Breslau. Toda esta serie de textos se integra en efecto en la familia que forman los atribuidos a Bacon; pero no se trata de un plagio sino de una falsa atribución hecha por algún copista del siglo XV, pues no se encuentra ningún testimonio más antiguo.

En cambio el texto publicado en Opera Arnaldi es muy diferente, aunque se adviertan en él notables coincidencias con el otro. Su comienzo es éste: Inquit iuventutem servare et a senectute... Va precedido de una ampulosa dedicatoria y seguido de un largo recetario -cuyas prescripciones se indican con la fórmula: sermo super...-, que en la colección Praxis medicinalis (Lion 1586) aparece como si fuera obra independiente bajo el título Medicina regalis. ¿Podría ser éste el texto original de Arnau?. No lo creo en modo alguno: son escasos y tardíos los manuscritos que lo abonan; su estilo es confuso y afectado; su línea expositiva resulta desordenada, mezclándose consideraciones generales con prescripciones de muy diversa índole... Además, ¿podría proceder de Arnau de Vilanova esa dedicatoria al "Serenísimo y sapientísimo varón e inclito príncipe Roberto, por la digna provisión de Dios, rey ilustrísimo de Jerusalén y de Sicilia"? Precisamente eran estos los títulos que enfrentaban al rey de Nápoles y conde de Provenza con Federico III, el gran amigo de nuestro médico; y cuando, en 1309, le fueron conferidos por el Papa, realizó Arnau gestiones en Aviñón en favor de la casa de Aragón. Es seguro que el viejo Maestro tuvo amistad con Roberto II y bien pudo dedicarle un libro y presentarse como "siervo inútil, hombre inculto, teórico ignorante y práctico tosco"; pero no se comprende que, en sus últimos años, cuando se hallaba acogido al amparo del rey de Sicilia y trabajaba por evitar la ruptura de hostilidades con Roberto, diera a éste los títulos que Federico defendía, le expresara su "inata fidelidad" e hiciera votos para que "todas las naciones se sometieran a su imperio". Es probable que esta literatura rejuvenecedora tampoco tenga que ver con Roger Bacon; que estos escritos de poco fuste, que varios manuscritos presentan sin nombre de autor, se hayan acogido al patrocinio de ambos nombres, tan ilustres dentro de la ciencia medieval.

Aún hay que decir unas palabras acerca de los Regimina sanitatis que a nombre de Arnau circularon, manuscritos o impresos, fuera de las colecciones generales de sus obras. En todas las bibliografías arnaldianas, se cita una traducción castellana del régimen dirigido al rey de Aragón, publicada en Sevilla bajo el título: Regimiento de sanidad, en que se contiene en que manera conviene usar del comer y beber, y del ejercicio, y del dormir... Pero no hay tal versión; se trata de un texto diferente, brevísimo y elemental, que en una larga serie de ediciones -no menos de quince, desde la de Burgos, 1524, hasta la de Vich, 1762- se presenta como apéndice al Libro de Medicina llamado Tesoro de pobres... El Regimiento va atribuido

a Arnaldo de Villanova; el Tesoro había sido recopilado por el Maestro Julián, por encargo del Papa Juan XXII. Esta última atribución refleja la confusa intención de ligar el texto castellano en cuestión con el célebre Thesaurus pauperum de Pedro Juliano, o Pedro Hispano, el que habría de ser Papa Juan XXI; lo mismo podemos decir de la utilización del nombre de Arnau para el Regimiento. Una y otra obra se inspiran de lejos en los correspondientes textos latinos, pero están muy por debajo de ellos; no son ya escritos elementales, sino vulgares, de medicina casera. En las últimas ediciones, el mismo Tesoro de pobres aparece como corregido y enmendado por Arnaldo de Villanueva; viene esto a ser un refreejo de las ediciones francesas renacentistas de Le Tresor des pauvres, selon maistre Arnoult de villenove, maistre Gerard de solo, et plusieurs aultres Docteurs en medicine de Montpellier. Como en el caso del Regimen salernitanum, siempre era una buena propaganda el anuncio de tan autorizada revisión. Y no faltan manuscritos que adjudican a Arnau, no ya la revisión, sino la redacción del texto mismo del Thesaurus que presentan; Carreras, en el prólogo a "Obres catalanes" discute el origen de un texto latino que parece traducido de otro francés del XVI, el cual acaso proceda de otro catalán desconocido y que pudiera ser original. Todo ello es muy problemático; lo único que nos consta es que Arnau tenía el Thesaurus pauperum en latín -sin duda el de Pedro Hispano-, en un volumen en pergamino de su biblioteca. En el manuscrito del Arsenal 2889 (del s. XV) he visto un Tresor et petit traité utile pour les simples gens... composé par le venerable philosophe maistre Arnault de Villenove Cathellani; y en Chantilly 331, Le Tresor des paubres gens lequell fist maistre arnault de ville noefve. Batllori registró en Turín un Thesaurus latino que se le atribuye; Di Giovanni publicó un texto en siciliano del mismo que se da como obra de Rinaldo de Villanova. Hay aquí materia de **investigación**; pero no creo que pueda sacarse otra cosa que la historia de un texto popular, continuamente reelaborado e indebidamente cobijado bajo el prestigio de nuestro médico.

En cambio, puedo dar noticia de un texto castellano anónimo que deriva muy directamente del Regimen sanitatis ad regem Aragonum. En Granada (1518 y 1519) y en Valladolid (1527) se editó un Libro de medicina llamado macer que trata de los mantennymientos. E assy mesmo todas las virtudes del Romero. El qual fue hecho por Arnaldo de Villanova. Por el contenido se advierte que la atribución a Arnau se limita al opúsculo sobre el romero -pura fantasía en la que aparece nuestro autor en Babilonia-. El libro llamado macer -que nada tiene que ver con el popular herbolario Macer floridus- se dice traducido del francés y dependiente de siete autores entre los que no figura Arnau; pero en realidad viene a ser, en buena parte, la versión ampliada de los capítulos IX a XVIII del auténtico "Régimen" arnaldiano. Recordemos aquí que, con la "Epístola profiláctica" de Diocles Caristios, fue impresa en Paris (1572 y 1573) y Colonia (1586), con el título Consilium ad regem Aragonum de salubri hostensium usu, una parte de dicho Regimen; exactamente, los capítulos XII, X y XI, por este orden; los que tratan de alimentos vegetales.

En 1950, publicó Martín de Riquer el manuscrito Bisbal, de Igualada, que contiene copia de aquella versión catalana del Regimen sanitatis que hiciera el cirujano Sarriera, cuyo texto venía a completar las lagunas del código de la Biblioteca Nacional de Madrid. Pero esta copia va seguida de un Segon libre de Regiment de sanitat, compilat per lo dit mestre A. de Vilanova, a instancia del senyor rey d'Aragó. Está claro que no se trata de una segunda parte del primero, pues vuelve a tocar los mismos temas; pero ¿será otra obra de Arnau?. Creo más probable el que nos hallemos una vez más ante una falsa atribución. En la Biblioteca del Arsenal de París, he visto un código del siglo XV (nº873) en el que también se encuentran seguidos ambos textos; pero el segundo es anónimo. Seguramente, el título que lleva: Sequitur alius tractatus de Regimen sanitatis, siguiendo al Explicit liber primus, que cierra el original arnaldiano, causó la confusión del traductor catalán. Tampoco tiene fundamento la nota marginal del manuscrito parisino de la versión arnaldiana del libro de Avenzoar, que apunta como obra de Arnau el brevísimo apéndice higiénico que sigue al texto por él traducido del árabe. Ni el texto alemán Buch der Gesundheit, que diez manuscritos renacentistas presentan como obra de Herrn Arnoldus von Mumpelier; Koch y Keil acaban de demostrar (1966) que la obra de Arnau sólo es una de sus fuentes (los caps. VI y I); pero se ve que la atribución buscaba el prestigio de su nombre.

Tratados de Medicina práctica

No Arnaldiano

La más extensa, con mucho, de las obras contenidas en el corpus arnaldiano es la que se titula Breviarium practice... a capite usque ad plantam pedis, que cubre más de cincuenta folios de las ediciones góticas (f. 150c-205b), la sexta parte del total. Es un tratado que quiere compendiar toda la clínica especial: los dos primeros libros se ocupan de las enfermedades localizadas, ordenándolas según el clásico esquema medieval, de la cabeza a los pies; el libro tercero trata de las enfermedades propias de la mujer y de las mordeduras nocivas, "porque las mujeres -dice con sorna el autor- suelen ser animales venenosos"; el cuarto, está dedicado a las fiebres. Cada capítulo describe sumariamente una **afección** y se extiende en la anumeración de múltiples remedios para la misma: medicinas simples y compuestas, medidas higiénicas, algún procedimiento mágico..., todo ello presentado sin orden, ni sistema. En muchos casos, el autor indica el origen del remedio relatado: obras de los clásicos griegos y árabes o de autores latinos medievales, comunicaciones personales de médicos amigos, y noticias recogidas del empirismo vulgar; en total, más de quinientas fórmulas sugeridas por setenta autores.

Es esta la obra más citada a propósito de Arnau de Vilanova por cuantos tomos de él se ocupan. Y es también la que ha suscitado la mayor polémica en torno a su autenticidad. Ya en el siglo XVIII la negaban Astruc y Malacarne; en el XIX, De Renzi atribuía el Breviarium a un presunto Arnaldo de Nápoles.

Favorable a la atribución tradicional se mantuvo haureau; y, en 1909, publicaba Diepgen una encendida defensa de la autenticidad del "Breviario". El fino análisis hecho por Verrier, en 1949, no llegaba a una conclusión definitiva. Mi reflexión sobre estas investigaciones, junto con el examen del texto original, me lleva a una opinión decididamente adversa a la paternidad arnaldiana de tan debatida producción. En efecto, como sus primeras líneas declaran, está escrito "después de la muerte del maestro Juan de Casamicciola, de buena memoria", en el monasterio de Casanova que Verrier sitúa en los Abruzos. El difunto Maestro lo había sido, entre los años 1267 y 1278, en la Universidad de Nápoles; y había muerto en 1282. El autor del Breviarium es un ferviente discípulo suyo que quiere enaltecer su recuerdo con una obra en la que, preferentemente, recoge sus enseñanzas, de tal modo que lo cita más veces que a Hipócrates y Galeno juntos. Si Arnau fuera este autor, podría haber sido aquel discípulo en los años del magisterio de Casamicciola; pero -como los defensores de la atribución reconocen-, no podría haber escrito su obra conmemorativa en Italia, antes del año 1301. Y es inconcebible que un hombre tan independiente como Arnau, siendo ya médico famoso, personaje notorio, profesor universitario y autor de importantes obras originales, escribiera a los sesenta y tantos años un libro tan servil; que, al cabo de cinco lustros cuajados de acontecimientos, repitiera lo que habría aprendido en sus años juveniles, conservando hasta los giros napolitanos en la expresión. También es raro el que no cite a un Maestro tan venerado en ningún otro lugar de sus obras, ni se refiera en ellas a un tratado tan extenso, del que tampoco hay trazas en su biblioteca. Y es completamente ajeno al estilo de Arnau de Vilanova -tan sobrio en citas de autores, siempre limitadas a los grandes clásicos- ese continuo recurso a modestos escritores latinos de Nápoles y Salerno y a tantos médicos y empíricos contemporáneos suyos. Del contenido del Breviarium saca Diepgen algunas analogías, poco convincentes, con otros textos arnaldianos- pero son claras las discrepancias en estilo y doctrina: sólo aquí se halla una abigarrada terapéutica que no vacila en recurrir a medicamentos minerales -reprobados en Speculum medicinae- y a prácticas de magia religiosa.

Estoy de acuerdo con la idea que Verrier apunta, sin llegar a adherirse a ella: el Breviarium practicae, compuesto a finales del siglo XIII, por un discípulo napolitano de Casamicciola, habría sido reelaborado en Montpellier hacia el 1400, añadiendo recetas de autores del XIV; y como el autor se nombraba Arnau -Ego Arnaldus compilare proposuit...-, lo habrían identificado allí con el de Vilanova, vieja gloria de aquel Estudio General. Es verdad que recogen esta atribución todos los testigos existentes -quince manuscritos, cuatro incunables, las ediciones generales y la iniciada por Ryff en Estrasburgo-, pero ninguno es anterior al siglo XV, y las copias fechadas fueron hechas entre 1420 y 1453. En el código que parece contener el texto más primitivo -Wolfenbüttel 1794- se lee como si fuera una glosa la referencia al villanovano: Arnoldi, vel Arnaldi de Vila nova...; y el autor aparece allí como médico de Juan XXII, quién no fue elegido papa hasta años

después de la muerte del "físico" catalán.

Creo que en el empeño por defender la autenticidad de esta obra subyace una sobreestimación de su calidad científica y el afán de conservar la tradicional imagen de un Arnau de Vilanova itinerante, empírico y popular. Dice Diepgen: "ese autor que, en el Breviarium, se hace curar por un sacerdote las verrugas de sus manos con una plegaria teñida de magia y acepta remedios de charlatán, proporcionados por curas, frailes y viejas, y que por otra parte traza exactos cuadros clínicos y expone la Medicina más sabia de su tiempo, ese es Arnau de Vilanova, vivo y verdadero". Y Verrier advierte como dos rostros de Arnau: el escolástico y el empírico; este último casi sólo dibujado por el "Breviario". La verdad es que esa figura de un Paracelso medieval que de esta obra se desprende y que suele ser la atribuida a nuestro autor, es muy distinta de la que surge de su obra innegablemente auténtica; como que procede, sin duda, de un escrito apócrifo... Y no menos cierto es que, si tan celebrado tratado, por sus citas y relatos tiene un gran interés para la historia y el "folklore" de la Medicina, no sucede lo mismo con su valor científico; lo somero de sus descripciones clínicas y lo abigarrado de sus prescripciones terapéuticas, ponen al Breviarium en la línea de aquellas "Prácticas médicas" que la Escuela de Salerno produjo en los siglos XII y XIII y de las que tan poco aprecio hacía el Maestro Arnau.

Pegado al texto del Breviarium, va en todas las ediciones generales un escrito que comienza: In dolore capitis..., que constituye así mismo una exposición general de medicina práctica, pero reducida a los límites de un breve opúsculo (f. 205b-207c). Dieciséis cortos capítulos tratan de la medicación de otras tantas afecciones corporales en orden descendente: del dolor de cabeza, al ardor de las vías urinarias; siete más dan remedios para las fiebres, y los seis últimos se ocupan de algunas enfermedades no localizadas y de la defensa contra los venenos. Parece que esta obra se hallaba en la librería de Arnau, pues en ella se inventariaron -como vimos- dos cuadernos autógrafos con el mismo comienzo, en latín y en catalán. El título que lleva en las ediciones: Practica summaria, ha producido el error de catalogar como tal algún manuscrito que contiene una "Práctica alquímica"; y a que, en cambio, pasaran inadvertidas copias de este texto que llevan títulos diversos. He podido identificar diez ejemplares de esta Practica, de los que seis son obra del siglo XIV -en la copia contenida en el códice F. 303, de Erfurt, se lee que fue escrita de un tirón, en Montpellier, el 26 de noviembre de 1328-. La unánime atribución que testigos tan antiguos hacen a Arnau de Vilanova -sólo el ejemplar de la Biblioteca Nacional de París. n. a.1. 343, es anónimo; pero sigue inmediatamente, sin título alguno, al texto de Parabolae medicationis-, aboga por su autenticidad.

Algunos de los manuscritos y todos los impresos indican que este libro fue escrito ad instantiam domini pape Clementis; lo mismo afirma el profesor de Montpellier Valesco de Taranta, en 1418. ¿Sería ésta la obra con

tanto afán buscada por Clemente V a raíz de la muerte de Arnau?. Así lo tiene por cierto Marini en su obra sobre los médicos de los Pontífices (1784); y bien puede aceptarse tal identificación, pues su estilo recuerda el del Regimen dedicado al rey de Aragón, por la digna sencillez de su contenido: prescripciones de remedios hacederos, sin descripciones clínicas, ni consideraciones eruditas. Sería así la Practica una producción de los últimos años de la vida del Maestro.

Un apéndice que cierra el texto impreso, con listas de medicamentos, en el que se insinúa algo de magia, parece ser de adición ulterior. Y tampoco se leen en la mayoría de los manuscritos esas líneas introductorias de las ediciones: "Aunque en nuestras curas tratamos de modo general de las enfermedades de los órganos y de su cura de la cabeza a los pies, sin embargo, conviene tratar aquí a modo de compendio de algunas enfermedades que suelen afectar a los miembros del mismo cuerpo, y de algunas medicinas bien experimentadas. Si este rótulo fuera original habría que contar con una obra del mismo estilo más extensa; y, puesta donde está, hace pensar en el Breviarium, induciendo a admitir su autenticidad. Pero, aparte de ser dudoso el origen de tal encabezamiento, la Practica no es en modo alguno un resumen del Breviarium: a pesar de que la brevedad del texto le obliga a seleccionar los temas, aún hay algunos capítulos que no tienen paralelo en el "Breviario", como el De tremore cordis et ictigatione que recuerda aquel opúsculo de Galeno que había traducido del árabe el propio Arnau; y el orden de las cuestiones expuestas en ambos libros y el modo de tratarlas difieren lo suficiente como para que puedan ser obras de distintos autores. Por lo demás, en algunos manuscritos aparecen otras "Practicas" atribuidas también a Arnau, cuyo contenido habrá que analizar antes de poder emitir un juicio acerca de la autenticidad de estas producciones, que en principio parece bien dudosa; igual que una carta "sobre diversas enfermedades", dirigida a Clemente V, que Beaujouan ha registrado en un códice del s. XV de la Universidad de Salamanca.

Al concluir Arnau de Vilanova su Speculum medicinae, daba fin a la prima pars medicine que dicitur theorica. ¿Es que pensaba escribir otra obra dedicada a "aquella parte en la que se describe el modo de obrar"? En el texto del mismo Speculum se encuentran dos remisiones a lo que se exponerá "en la parte operativa" -quemadmodum patebit in parte operativa (f. 272)-; y esta expresión en futuro parece referirse, no a cualquier libro de Medicina práctica, sino a una obra concreta en proyecto. Lo cierto es que en las colecciones de obras de Arnau se encuentra una precisamente titulada De parte operativa (f. 125a-130b), que bien podría ser el término de aquellas alusiones del Speculum. El único argumento contra tal identificación sería la inexistencia de copias medievales de este tratado. A favor milita en cambio la lectura de su contenido que evidencia una amplia coincidencia doctrinal y literaria con obras tan seguras como Speculum medicinae, Tabula super vita brevis y otras del ciclo de Montpellier.

Al igual que el libro de "Aforismos particulares" -con el que apare-

ce estrechamente ligada en las ediciones-, De parte operativa de la impresión de ser una obra tardía e inacabada. Su texto comienza -Sanitas pro tanto finis dicitur medicine...- con unas consideraciones introductorias sobre el papel del médico, y pasa enseguida a tratar de las enfermedades de la cabeza: primero de modo general -con una serie de aforismos que comienzan, casi todos, por las palabras: Omne nocumentum...-, después con la descripción pormenorizada de los principales trastornos "cerebrales": frenesí, somnolencia, alienación, vértigo, etc. Pero no pasa de aquí lo que prometía ser una descripción clínica de capite ad pedes. Sólo un capítulo final dedicado al dolor de estómago, parece ser un indicio de ese supuesto tratado general. Lo que se ha quedado es un libro de psiquiatría, pues a esta especialidad se reducen casi todos los cuadros descritos; son afecciones mentales que se atribuyen a alteraciones orgánicas: sequedad del cerebro, discrasia humoral, apóstemas encefálicos..., de acuerdo con el sentido puramente físico de la ciencia galénica; aunque el cristiano autor del De parte operativa reafirme la nobleza del espíritu humano sobre el que los agentes patógenos sólo influyen a través de alteraciones de los órganos que le sirven de instrumento (f. 126d). Los cuadros clínicos están trazados con una altura científica muy superior a la que tienen las descripciones del Breviarium practicae: definición, causas primitivas, antecedentes y conjuntas; signos de la afección y sus causas orgánicas; y, por fin, tratamiento, escueto y racional, sin polifarmacia, y con eventual recurso a una sencilla psicoterapia. A veces se encuentran disquisiciones teóricas en torno a problemas de diagnóstico diferencial. En cierta ocasión, discute el autor el significado de términos técnicos tomados del árabe, y se muestra bien conocedor de este idioma (f. 125). Hay que advertir que, en esta obra, entra algo más que en las típicamente auténticas el factor mágico para explicar la etiología de algunas enfermedades: ligadura mágica de determinada función, impresión astral congénita...; pero esto se comprende por tratar aquí de afecciones mentales, que parecían más sensibles a esas influencias mutuas de los diversos seres del Cosmos, y nunca rebasa los límites de la magia natural, sin que exista la menor referencia demoniológica; así, por ejemplo, el concepto de incubus queda limitado al fenómeno natural de una pesadilla angustiosa. Digamos por último que el texto se remite a un tratado sobre los humores pecantes (f. 124) y a varias "tablas" de heridas de la cabeza, de cefaleas y de afecciones cardíacas (f. 124d, 127d y 128d) que no he podido identificar.

Monografías médicas

Buena parte de los títulos que forman el índice de las obras médicas de Arnau de Vilanova corresponden a breves escritos de carácter monográfico. La variedad de cuestiones tratadas y de estilos empleados es grande; y no suele ser fácil de determinar con plena certeza la autenticidad de muchos de estos opúsculos.

La monografía arnaldiana de tema más amplio es la que se titula Compendium regimenti acutorum, directamente inspirada en el conocido tratado hipocrático sobre la dieta en las afecciones agudas, al que Arnau había dedicado -como antes vimos- amplios comentarios. Este libro, en cambio, no comenta, sino que elabora de modo original y sintético, -apenas si ocupa una página impresa: f. 208b-d- la doctrina de aquel tratado, concretándose en cinco "consideraciones": en la primera -De contradictione medicorum rechaza los criterios apriorísticos de las diversas "sectas", por lo que hace a la alimentación de los febricitantes, y prefiere atenerse a la situación peculiar de cada enfermo; en las restantes, expone los posibles estados de la virtus vitalis en los procesos agudos y valora la utilidad de los medicamentos digestivos y evacuativos y de los baños. Todo ello descrito con sugestiva concisión, de forma dicotómica, casi en cuadro sinóptico. Este opúsculo, cuyo texto comienza: Nota quod quinque sunt considerationes libri regimenti acutorum...; bien puede ser el registrado en el inventario de los bienes de Arnau con el epígrafe: Item, quinque particule regimenti acutorum. Su autenticidad se ve confirmada por varias copias manuscritas -cuatro de ellas del siglo XIV- incluidas en códices bien provistos de textos genuinos de Arnau. Es en cambio apócrifo el breve escrito que le precede en las ediciones: De modo preparandi cibos et potus infirmorum in egritudine acuta (f. 207c-208b); una simple relación de alimentos agradables y de fácil digestión aptos para los enfermos febriles, que -como ya Haureau advirtiera- no es otra cosa que la popular obrita del salernitano, del siglo XII, Pietro Musandino. Un escrito inédito del mismo género que el Compendium parece ser la Abbreviatio libri pronosticorum que Haureau -tomándolo de Tomassini- dice se hallaba en la biblioteca de Petrarca; copias del mismo existen en códices de Wolfenbüttel y de San Marcos de Venecia.

Acerca de las afecciones febriles, además del cuarto libro del Breviarium -publicado aparte en la colección De febribus opus sane aureum... (Venecia 1576)-, contienen las ediciones de Opera Arnaldi un opúsculo titulado Regule generales de febribus (f. 287c-290c), cuyo autor aparece como discípulo de un "Maestro Bartolomé" al que sigue continuamente -magister facit, magister dat...- con una dependencia inconcebible en Arnau. Haureau calificó esta obra de apócrifa, con toda razón. En cambio, es posible que sea auténtico el texto de alguno de los manuscritos inéditos sobre el mismo tema que se presentan como obra de Arnau de Vilanova; especialmente, una Lectura super febres que se conserva en el importante códice 160 del New College de Oxford.

Al tema de la sangría terapéutica -profusamente tratado en De considerationibus... y en Parabola- están dedicadas las escasas líneas del escrito De phlebotomia, que no llegan a cubrir una columna de las ediciones góticas (f. 101c-d) y que apenas si contienen más que unas escuetas normas sobre el tiempo adecuado para la incisión y las venas de elección según el órgano afectado. Ya Van der Linden (siglo XVII) lo atribuye a Maíno de Milán; tal vez se refiera a otro Tractatus de phlebotomia secundum Arnaldum

de Villanova, publicado, tras el Regimen sanitatis de Maño, en algunas ediciones del siglo XVI (f. 112-116), cuyo texto comienza: Flevothomia est incisio vene... y que es más extenso y totalmente diferente del de las ediciones generales. Un manuscrito del siglo XIV, en la Catedral de Gerona, a nombre de Arnau, y con el mismo comienzo de este último texto -Omnis tempore si necessitas urget..., favorece la admisión de su autenticidad.

Los problemas clínicos de la concepción se ven estudiados en diversos lugares de la colección arnaldiana. Tenemos en primer lugar un Tractatus de sterilitate, tam ex parte viri quam ex parte mulieris (f. 211a-213c), al que Diepgen dedicó, en 1915, uno de sus "Estudios". El ilustre historiador de la Medicina, registra diez manuscritos, con títulos diversos, pero con el texto íntegro de las ediciones: desde Sapientis verbum..., hasta... impregnate fuerunt. Una de estas copias no indica el nombre del autor del tratado, otra lo atribuye a Jordán de Turre, dos a Arnau de Vilanova y seis a Raymond de Moleris. Diepgen mantiene la atribución editorial a Arnau, basado -como en el caso del Breviarium- en detalles bastante discutibles. Creo que, partiendo de los datos mismos de tan valioso trabajo, hay mejores motivos para adjudicárselo a Moleris. Y no sólo por la proporción de seis contra dos en las atribuciones de los manuscritos, sino porque es más explicable el deslizamiento de una atribución de un autor modesto a otro notorio que no en sentido contrario; y la fama de Raymond de Moleris, aunque haya sido Canciller de la Universidad de Montpellier en 1358, no puede ni compararse con la de Arnau de Vilanova. Además, he comprobado que los dos códices del fondo latino de Munich en los que esta obra va a nombre de Arnau son poco de fiar, pues contienen otras falsas atribuciones; y que en el manuscrito más antiguo de los registrados (Erfurt Amplon. F. 236, año 1361), se mantiene como autor de este texto a Raymond, mientras que inmediatamente le precede otro, que comienza: Mulier concipere volens..., también titulado De sterilitate, a nombre de Arnau.

Muy distinta es la garantía de autenticidad que ofrece la obra que sigue a la anterior en las ediciones góticas, la titulada Compilatio de conceptione (f. 213c-214a). Más adecuada que este encabezamiento es la denominación que trae el explicit: Tractatus de causis sterilitatis, pues se ocupa del mismo asunto que el libro precedente; aunque aquí no divide las causas de esterilidad según provengan del varón o de la mujer, sino según que actúen ante commixtione, aut in commixtione, aut postea. El texto impreso, que comienza: Maris et femine commixtio causa es generatio..., coincide con el que tres manuscritos del siglo XV atribuyen a Arnau. Pero, además, su contenido es muy arnaldiano, por la claridad de su sintética exposición y por la base teórica en la que se apoya, en la línea de la clarificación galénica de los modos de enfermar tal como se plantea en Speculum y se expresa en Parabola: afecciones de la complexión, la composición -número, cantidad, sitio, etc.- y la solución de continuidad.

No trata ya de la esterilidad, pero sí de la fisiología y la higiene del acto generativo, el Liber de coitu -cuyas primeras palabras son: Crea-

tor omnium, Deus, volens... (f. 272d-274a) que no parece auténtico. Hau-
reau señalaba el carácter anónimo de la copia existente en la Facultad de
Medicina de Montpellier, cuya coincidencia con el texto impreso he compro-
bado. Dieppen denuncia su parecido con la obra similar que se atribuye a
Constantino el Africano. El texto es claro y conciso y sigue de cerca a Hi-
pócrates y Galeno; pero la relación de rebus non naturalibus -entre las
que el coito se cuenta- que trae, no coincide con la que repetidas veces
se enumera en las obras genuinas de Arnau.

Casi todos los demás opúsculos del corpus arnaldiano se refieren ya
a cuadros clínicos concretos. Sumamente interesante es la Epistola de amo-
re heroico (f. 214c-215c), con la que Arnau responde a la consulta de un
colega que trabajaba en Cerdeña, sobre las alteraciones psico-físicas pro-
ducidas por un amor vehemente. El texto impreso, que se inicia con expre-
siones de cortesía epistolar: Quanto charissime dilectionis affectu..., re-
produce el que se conserva manuscrito en dos copias del siglo XV, de Paris
y Munich. Si -como parece probable- es éste el "libro de medicina sobre el
amor desordenado" que Arnau, en su obra De improbatione maleficiorum, dice
haber escrito, nos encontramos ante su primer opúsculo médico original co-
nocido, pues habría sido redactado en Valencia, con anterioridad a su in-
corporación al claustro de Montpellier. Arnau tiene buen cuidado de preci-
sar que el amor "heróico" -de heros, señorial, uominante- es un accidente
más bien que una enfermedad; pero como enfermedad lo trata, al exponer el
mecanismo psíquico de su producción -los sentidos aprehenden algo deleito-
so, la estimativa juzga qué es lo más excelente que darse pueda, el apeti-
to la desea ardientemente y la fantasía retiene tenazmente su imagen que
se ve evocada constantemente por la memoria-, el papel coadyuvante del su
substrato orgánico -mala complexión del cerebro-, los signos que llevan al
diagnóstico de la afección -insomnio, anorexia, llanto, palidez...- y el
tratamiento, preferentemente psicoterápico -presentar los aspectos negati-
vos del ser amado y distraer la mente mediante la sustitución del objeto
al que se aplique-. Esta sugestiva descripción coincide en buena parte con
la que se lee en De parte operativa, donde el "amor heróico" se presenta
como una de las especies de allienatio; también se menciona esta afección
en Speculum, f. 25d.

El Tractatus contra calculum (f. 304b-306d) bien puede ser aquel que
Arnau redactara en el verano de 1301, para guiar la salud del Papa Bonifa-
cio VIII, después de haber curado sus cólicos renales. La ampulosa dedica-
toria que precede al texto -el cual comienza: Reor quod medicina est scien-
tia...- y varias expresiones del mismo, denotan que va dirigido a un Papa.
Los tres primeros capítulos son de carácter general y dicen cosas intere-
santes sobre la Medicina y el médico; sólo los cuatro últimos tienen con-
tenido urológico. El cuadro clínico del cólico está perfectamente trazado;
la patogenia es galénica y de ella se derivan las normas de tratamiento.
Puede extrañar el que aquí no se aluda al sello zodiacal de oro que sabemos
que Arnau empleó para curar al Papa. Tal vez no considerara necesario o

prudente aludir a un remedio que habfa sido entregado de una vez por todas y cuyo carácter mágico habfa suscitado críticas en la Curia. Cuatro manuscritos del siglo XV conservan este texto o, al menos, la parte clínica de su segunda mitad. Creo que el tono piadoso y reverente del libro entero y el sentimiento carismático que el autor presta a su ciencia médica, aproximan su estilo al del opúsculo espiritual De cymbalis Ecclesiae que habrfa re-actado casi al mismo tiempo.

Recordemos que, según Gerard d'Albalat, lo que Arnau escribió para Bonifacio VIII fue un Regimen sanitatis. Si aceptamos la identificación de esta producción con el Contra calculum, hay que concebirlo como un régimen adecuado a la relativa salud de un enfermo, un "régimen curativo y preservativo"; y este es precisamente el título común de dos breves escritos de la colección dedicados respectivamente al catarro y al "temblor del corazón". Ambos tratan de poner en guardia frente a dos afecciones de las que se hace poco caso por lo leve de sus molestias, pero que pueden originar grandes males: el catarro, por producir un humor flemático que del cerebro desciende a todos los miembros, causando lo mismo anginas, que tisis, pleuritis, asma o reumas; las palpitaciones, porque el tremor cordis es indicio de varios vicios de la complexión y no se diferencia esencialmente del síncope. El primero -Si infestivi catarri molestia... (f. 306d-308b) parece también dirigido a un Papa; el segundo (f. 308b-310b) comienza con la misma expresión que Contra calculum: Reor quod tremor cordis... Al igual que esta última obra, ambos escritos presentan expresiones de fervor religioso y los tres se encuentran copiados en el código 3.665 de la Biblioteca Harleiana del British Museum (s. XV) -hay además otra copia del XV de Contra catarrum en Wolfenbutel; y una del XIV de Contra tremorem cordis en Erfurt-. La doctrina de ambos opúsculos es estrictamente galénica y su contenido no desuice del de las obras más genuinas de Arnau.

La denominación genérica de Regimen se mezcla con la de Consilium en los títulos que designan tres monografías clínicas agrupadas entre los folios 208d y 211a de la colección arnaldiana. Son como un balbuceo de ese género "consiliar" que se inicia en la Baja Edad Media para tener su cumbre en el Renacimiento; de esas respuestas a casos clínicos individuales para los que se recomienda un tratamiento específico, sirviendo de ejemplo y guía a los profesionales que se encuentren con situaciones análogas. El primero de estos breves escritos lleva el título: Regimen sive consilium quartane; como en Contra calculum, vemos expresiones -paternitas vestras, clemens pater... - que lo dirigen a un Papa, y advertencias contra el peligro de los malos médicos. Aunque se dice a la prevención de la fiebre "cuartana", mas bien se dedica a exponer un amplio régimen higiénico de vida y alimentación, en el que no falta cierta psicoterapia de alegría y bienestar. Su estilo es epistolar, ameno y desordenado. Dos manuscritos de la Nacional de Viena contienen su texto, que comienza: Quod si aliquis se diligentes...

Verdadero consilium es, en cambio, el dedicado a la fiebre ética; es el ú-

nico en el que se emplea dicho término dentro del texto: Patiens pro quo tan sollicite quesivisti consilium..., y el único en que expresamente se responde a una consulta sobre un caso individual. Sin embargo, ni siquiera aquí vemos la historia clínica; es un consilium puramente terapéutico: régimen y medicación adecuados a la situación de un "físico" cuyo cuadro clínico desconocemos. Aunque faltan manuscritos, el tono del opúsculo invita a la aceptación de su autenticidad.

Aún más ex-abrupto se plantea la medicación de un caso de "podagra", de gota articular, en el tercero de estos opúsculos: Regimen vestrum sit tale: Cavebitis a..., comienza, y siguen las adecuadas prescripciones. Hay que hacer notar en este caso una medicación bastante prolija, con algún detalle de magia. Son varios los manuscritos de este texto -siete al menos, y algunos del siglo XIV-; pero no faltan copias que se titulan De podagra y que contienen la serie final aberrante de Aphorismi particulares. El manuscrito M.II.17 de El Escorial lo vincula al "preclaro estudio de Medicina de Montpellier". Neuburger da noticia de una traducción al alemán, editada en Estrasburgo, en 1576.

Si las siete monografías enumeradas pueden ser admitidas -con mayor o menor seguridad- como genuinas producciones de Arnau de Vilanova, no sucede lo mismo con la titulada Tractatus de epilepsia -bastante más extensa: f. 310b-316b- que comienza: Morbus caducus est egritudo spasmosa... Su contenido se lee en el códice Harlei 3.665, en el que están los cinco opúsculos añadidos a la edición de 1509. Pero tres manuscritos más antiguos, bajo el título Cura epilepsie -en B.N. Paris 6988A: Cure breves-, contienen un texto que comienza: Ad morbum caducum... y que se limita a indicar normas terapéuticas; sin las consideraciones teóricas del impreso -bastante farfalgosas y teñidas de magia-, ni las disgresiones clínicas desarrolladas en un estilo que me parece muy alejado del habitual en las obras de Arnau. Posiblemente sea auténtico el breve texto inédito de las Bibliotecas de Erfurt, Munich y Paris.

Aunque cuatro manuscritos del siglo XV coincidan con las ediciones en atribuir a Arnau el escrito dedicado a los "Signos de la lepra" (f. 214a-b), no me pronuncio por su autenticidad. Parece obra más tardía, por su método expositivo y por el exclusivo recurso a la autoridad de Avicena. En St. John Bapt. College de Oxford, códice 197, hay un texto copiado en el XV, que comienza igual: Cognoscuntur leprosi a quinque signis...; pero no lleva nombre de autor y es bastante más extenso, pasando de la semiología a la terapéutica de la temida afección.

Respecto al curioso opúsculo titulado De cautelis medicorum (f. 215a-216c) tenía razón Neuburger al pensar que se trata un zurcido de elementos diversos. La parte final es una de tantas redacciones de un escrito sobre urbanidad y prudencia en el acto médico que procede de los más remotos tiempos de la Escuela de Salerno; aunque algunos manuscritos titulados De circumspectione medici presentan a nombre de Arnau otro texto que acaso sea más original. La primera parte: Cautele urinarum, consta de una serie de

consejos de cierta picaresca profesional, para que el clínico se defienda de los clientes que por ignorancia o malicia le ponen en situación comprometida ante el frasco de orina que llevan para que haga el diagnóstico. Quisiera uno descartar tal escrito como obra de la pluma de Arnau; pero son bastantes los manuscritos que se lo adjudican: siete copias contra tres anónimas. Verdad es que ninguna es anterior al siglo XV, aunque vemos que esto suele ocurrir con otros escritos breves. Pudo Arnau escribir estas "cautelas" a modo de divertimento, pero creo más probable que una vez más haya sido empleado su nombre como señuelo. Parece en cambio obra de Arnau el breve texto que se halla entre los dos ya descritos, en el que con digno tono describe las cualidades que han de adornar al buen médico; lo que allí dice concuerda con lo apuntado en Tabula super Vita brevis. En el ~~có~~ dice 139 de Peterhouse, de Cambridge, un tal Thomas Sutton resumió en tres versos latinos, bajo el título: Conditiones boni medici secundum Arnaldum de Villanova, esas dotes ideales del médico medieval.

El texto que cierra las ediciones góticas, a partir de la de 1509, constituye un puente entre las dos vertientes de la actividad literaria del Maestro Arnau: la científica y la religiosa. Como que se halla también en la colección de escritos espirituales que él mismo presentó a Clemente V. Es el Tractatus de esu carniū pro sustentatione ordinis carthusiensis contra jacobitas (f. 316b-317b), una obra medio médica, medio teológica, en la que defiende a los cartujos contra las acusaciones de los dominicos, que les tratan de inhumanos porque -de acuerdo con su regla- no permiten tomar carne ni aún a los enfermos. Con argumentos médicos, citando a Hipócrates y Galeno, demuestra que no es la carne el alimento ideal para producir buena sangre y restaurar los "espíritus vitales", sino el vino con clara de huevo -lo mismo que recomienda en Speculum y De considerationibus-; pero enseguida echa mano de textos de la Sagrada Escritura que le llevan a la misma conclusión, a través de una exégesis bastante forzada -por ejemplo: si la carne es imprescindible para reparar fuerzas, ¿cómo es que no la dió el Señor a los que desfallecidos le seguían, en vez de pan y pescado?-. Y acaba adornando el texto con alguna cita a Aristóteles y a Boecio y con duras invectivas hacia aquellos religiosos que no toleran la virtud que otros viven. Por el lugar que este opúsculo ocupa en el código Vaticano que describiera Menéndez Pelayo, se deduce que fue escrito en el año 1304. Basta su presencia en este código para garantizar plenamente su autenticidad, pero vale la pena señalar que se encuentra también en otros varios de los siglos XIV y XV; tengo referencia de catorce copias de las que cuatro se hallan en colecciones médicas y otras tantas en manuscritos cartujanos, al lado del libro sobre el mismo tema que más tarde escribió Gerson; varían los títulos, pero el contenido es uniforme desde el comienzo del alegato con las palabras del salmo: Adversus me loquebantur...

Bien pudieron pasar inadvertidas de Tomás Murchi algunas obras clínicas de Arnau que quedarían así inéditas. Pero nada hay seguro a este respecto. En bastantes manuscritos se le atribuye un opúsculo sobre el examen

de la orina, esa práctica tan importante para el diagnóstico dentro de la Medicina galénica: Haureau señaló el texto de la Biblioteca Nacional de París, que comienza: Color urine quidem est qui signa...; pero en la de San Marcos de Venecia, hay otro más antiguo que dice: Nam cum quator sint humores...; en la de Lübeck, se lee bajo el mismo nombre: Cum secundum auctores viginti sunt colores..., que parece ser obra de Walter Agilon... Otros manuscritos traen a su nombre unos versos latinos sobre la uroscopia que sin duda proceden de los Carmina medica de Gil de Corbeil; por eso la copia de Erfurt expresa sus dudas: ... et creditur esse Ar. de Villanova, y las dos de Wolfenbüttel titulan: Tractatus de urinis Arnaldo de Novavilla ex Egodii colectis. Se precisa un estudio más detenido de esta cuestión si se quiere aclarar la presunta contribución de Arnau a la profusa literatura medieval sobre el arte de examinar la orina de los enfermos.

En 1905, editó Pansier, por vez primera, un Libellus regiminis de confortatione visus, secundum sex res non naturales, transcribiendo el manuscrito único que lo atribuye a Arnau en la Biblioteca de Metz. Su breve contenido se divide en una primera parte de higiene general y otra ya específicamente dedicada al cuidado de la vista y a las afecciones oculares. La primera está en la línea del Regimen sanitatis arnaldiano; la segunda viene a ser un plagio de la obra de Mesué el Joven llamada Grabadin. En el códice F. 257 de Erfurt se anuncia como Liber Arnaldi de Villa nova de oculo mirabiliter bonus, un texto que reproduce la célebre oftalmología de Ali ben Issa. En el n°907 de la Nacional de Berlín se copia la receta de un colirio atribuido a Arnau. No parece sean fundadas estas atribuciones oculísticas. Y no es fácil pronunciarse por la autenticidad de unos pocos manuscritos dispersos por algunas bibliotecas que presentan en copia única diversas curas a nombre de nuestro médico.

Farmacología práctica

No cabe la menor duda de que Arnau gozó de justo renombre como experto en medicamentos simples y compuestos. Que, en la línea de los descriptores de plantas medicinales y de preparados farmacéuticos, en la serie de autores que egregiamente inicia el nombre de Dioscórides, que brillantemente continúan los escritores en lengua árabe -baste citar a los españoles Albulcasis, Abenguefit, Ibn Beithar...-, que -tras la modesta labor de los "herboristas" de la Alta Edad Media- recogen y acrecientan los sabios latinos, nuestro médico tiene un lugar bien destacado. Lo malo es que aquí, como en otros campos, esa misma fama ha adherido a su producción genuina mucha hojarasca adventicia que no siempre resulta fácil de separar, y que se hace casi imposible en esos formularios que se copian y rehacen una y otra vez sin que pueda saberse lo que es transcripción, adición o plagio.

De entre los libros farmacológicos impresos en las colecciones generales, dos de los más extensos fueron excluidos de la selección Praxis medici-

nalis: De simplicibus y Antidotarium. Exclusión injustificada, pues ambos son estrictamente prácticos; si bien el primero tiene más base teórica que el segundo y que los demás textos que aquí van a ser descritos.

En efecto, el "Libro de los simples", tal como aparece en las ediciones (f. 233c-243c), presenta un elenco de plantas medicinales, pero científicamente ordenado desde diversos puntos de vista: aquellos que impone la doctrina galénica tal como el propio Arnau la expondría en Speculum medicinae; por eso, esta obra parece muy vinculada al ciclo de Montpellier, sería como un desarrollo de las "tablas" que cierran el texto De gradationibus. Ordena primero los simples según sus cualidades complesionales, de acuerdo con aquella escala en cuatro grados de las cualidades elementales; después, por su acción farmacológica general -madurativos, abstersivos, diaforéticos...-, como en las páginas centrales del Speculum; por último, según sus operaciones terapéuticas específicas: disolver cálculos, provocar la micción, etc. Esta exposición "de todas las operaciones primarias, secundarias y terciarias de las medicinas simples" (f. 238a) va en columnas sinópticas. Siguen diversas consideraciones sobre dosificación, mezclas, etc. y una breve "tabla" de medicamentos confortantes de los miembros principales. Previene el autor frente al abuso de las medicinas fuertes -de tercero y cuarto grados- que no han de usarse nisi urgente necessitate; y termina el libro con unas páginas de técnica farmacéutica general que dan su toque de erudición a un escrito tan sencillo, al citar diversos autores; sobre todo a Galeno y Serapión. De simplicibus parece dirigido a un discípulo, por las expresiones: tu scis, debeo tibi scribere, y otras análogas. He comprobado su texto -que comienza: Cum non sit medicus nisi administrator...- en seis manuscritos -el más antiguo, de 1399-, de los que dos son anónimos; pero es el examen de su contenido lo que principalmente me convence de que es obra genuina de Arnau.

Hay otro escrito sobre los "simples" que los manuscritos atribuyen también a Arnau de Vilanova, por lo que suele ser confundido con el anterior. Es el que comienza Que oportet ducere undecumque reperit..., en seis copias, de las que tres son del siglo XIV. Suele titularse De medicinis simplicibus et compositis et earum dosibus y nada tiene que ver con el texto anterior. Bien puede ser también obra auténtica de Arnau de Vilanova. A veces se le llama también Areole -pequeña era-; y a este apelativo se refieren algunas indicaciones del Regimen sanitatis de Maino -et cetera que in aureolis pronuntur- y en el apéndice llamado Medicina regalis del De conservanda juventutem -est scripta plenius in areolis simplicium-, pero estas indicaciones genéricas no parecen sugerir -como algunos han supuesto- una identidad de autor.

En todas las ediciones generales, sigue a De simplicibus el largo tratado llamado Antidotarium (f. 243c-262b), que además fue impreso en volumen separado por Nicolás Sprindeler, en Valencia, en 1495 (he examinado un ejemplar de este raro incunable en el Monasterio de Montserrat). Varios manuscritos -diez al menos- contienen también un "antidotario" a nombre de

Arnau. No en todos ellos se halla el texto impreso que comienza: Lamentatur Hypocras eo quod medicina..., pero sí en los más antiguos, como en los de Metz 173 y El Escorial M.II.17, lo que parece dar suficiente garantía de autenticidad; en este último se anota que fue escrito por Arnau "en el preclaro Estudio de Montpellier". Comienza con una introducción que cabría calificar de arnaldiana: un lamento por la decadencia del sublime arte de la Medicina a causa de la ignorancia de los prácticos; por ello, va a tratar de disipar esta niebla en lo que se refiere al conocimiento de los fármacos y al modo de administrarlos, para lo que invoca el auxilio de la Eterna Sabiduría. Siguen varios capítulos de farmacología general: nociones sobre la confección de medicamentos compuestos, con las resultantes de corrección o refuerzo de las cualidades respectivas; normas para recolección de simples y operaciones diversas -infusión, destilación, sublimación...- para su potenciación farmacológica. Y, desde el folio 245 vuelto, la parte especial aparece cuajada de fórmulas de electuarios, píldoras, jarabes, emplastos, etc., en cada una de las cuales se señala su definición, composición y procedimiento de confección. Son características peculiares de este tratado las referencias geográficas que se hacen a propósito de las plantas medicinales que cada región produce, donde se mencionan preferentemente las de la península ibérica y donde concretamente se nombra dos veces a Valencia; y las fantásticas interpretaciones de las denominaciones de ciertos medicamentos, que no vacila en atribuir al profeta Elías, al apóstol Pablo o al emperador Justino, sólo porque llevan su nombre; seguramente el autor se limitaba a transcribir la opinión tradicional. La parte especial de este tratado parece ser una reelaboración de los ya existentes, especialmente del célebre Antidotarium Nicolai, escrito salernitano de los comienzos del siglo XII, tantas veces comentado y ampliado ulteriormente.

Muy similar al estilo del Antidotarium es el del Tractatus de venenis; obra también extensa y llena de prescripciones, citas y referencias de autores y lugares. Se inicia con la alabanza de la eximia triaca, enviada por el Creador para el bien de los hombres -Creator omnium, Deus...-. Y sigue con la relación de una serie de antídotos simples y compuestos procedentes de los tres reinos de la naturaleza; se acumulan en el texto toda clase de recetas contra animales venenosos, intoxicaciones, etc. Sin llegar a la proliferación de nombres del Breviarium, se citan muchos autores; no sólo antiguos -Aristóteles, Dioscórides, Plinio, Galeno, Avicena-, sino también -cosa insólita- modernos, como Alberto, Gilberto, Rogerio, Pedro Cellario y Nicolás de Regio, que son médicos del círculo napolitano, alguno de ellos contemporáneo al propio Arnau. Aún más que en el Antidotarium, suenan aquí toponimias en relación con los remedios citados: países remotos: Britania, Germania, Media, India, Libia..., y regiones próximas: Galia, España, Cerdeña, Sicilia, Provenza, Cataluña, Valencia... Junto a etimologías un tanto simplistas, se apuntan versiones de nombres de especies a lenguas vulgares, sobre todo al catalán (f. 217a y 220b) y denominaciones arábigas que el autor procura explicar. No falta la aceptación ingenua de fantasmas to-

madras de Plinio o Paladio. El texto De venenis se encuentra sin duda en el c6dice latino 6971 de la Nacional de Paris (s. XIV) y parece que tambi6n est6 en otras copias de Munich y Viena; el manuscrito de Erfurt F. 236, comienza lo mismo, pero se limita a la descripci6n de la triaca. No acabo de estar seguro de la autenticidad de esta obra, aunque tampoco hay suficientes razones para negarla. Es posible que sea fruto de reelaboraciones sucesivas. Si la mencici6n de Nicol6s de Regio es del original, su redacci6n hubo de tener lugar en los 6ltimos a6os de la vida de Arnau. La obra de Maim6nides sobre venenos que acababa de traducir su sobrino Ermengol Blasi pudo haber influido en su composici6n; el tratado sobre el mismo tema que Pietro d'Abano publicaria poco despu6s, ~~llegaria a eclipsar esta supuesta producci6n del villanovano.~~

M6s de su estilo me parece el Libellus de arte cognoscendi venena que le sigue en las ediciones (f. 221c-222a) y que -como vimos- habia sido ya impresa cinco veces en el quatrocento. El t6tulo y el incipit; Timens de venenis caveat sibi..., son enga6osos, pues este op6sculo s6lo dedica breves l6neas a aconsejar cautelas frente a los envenenadores, pasando enseguida a la exposici6n de los s6ntomas de intoxicaci6n y su tratamiento. La descripci6n cl6nica es escueta y clara; la terap6utica -vomitivos y neutralizantes para los t6xicos ingeridos, ligadura y cauterio para las morveduras venenosas- es racional y precisa. Termina el libro con la recomendaci6n de la triaca, la indicaci6n de los cuidados ulteriores a la fase aguda y una piadosa invocaci6n. En suma, una monograf6a sencilla y 6til, carente de erudici6n y sin recurso a la magia. S6lo se conocen dos manuscritos de su texto, aunque es f6cil que lo contenga alguno de los catalogados como De venenis, pues este breve t6tulo -que es el que figura en todos los explicit- va mejor con su contenido.

El m6s popular de los escritos farmacol6gicos atribuidos a Arnau de Vilanova es, sin la menor duda, el Liber de vinis. Adem6s de en las ediciones generales (262b-265d), ~~tenemos su texto impreso~~ en dos incunables de Paris y otro de Leipzig, y acompa6a al Regimen de Maino en la edici6n de Lion 1517. Ya vimos el enorme 6xito editorial que alcanz6 su versi6n al alem6n en los siglos XV y XVI. Semejante difusi6n impresa venfa a coronar una amplia tradici6n manuscrita, atestiguada hoy por cuarenta copias medievales. Pero hay que se6alar la gran variabilidad de estos testigos. Algunos -como en las ediciones generales- presentan una solemne dedicatoria: Sacre ac semper victorioso regie maiestati..., en la que el autor manifiesta su ardiente anhelo de llegar a la presencia del regio destinatario; pero relata como la desgracia hizo que un viento aquil6n le lanzara a las costas africanas donde hubo de sufrir toda clase de miserias; ahora, mientras confia en lograr la ansiada entrevista, env6a al rey este libro sobre la confecci6n de vinos medicinales. Otros -los m6s de los manuscritos y la edici6n de 1517- comienzan m6s abajo, donde el pr6logo dice: Cum instat tempus in quo medicinalia... Otros se inician con el texto propiamente dicho: Laudamus inquit vinum de bone vite... Otros, en fin, suprimen todo pre6mbulo pa-

ra comenzar con: Vinum mirabile... Y aún son más diversos los puntos en que las copias terminan su transcripción. En un manuscrito parisino que lleva una traducción hebrea de esta obra -hecha, según Sarton, en 1358- se concreta la dedicatoria como dirigida a Roberto de Nápoles. Si fuera así, tendríamos una obra de los últimos años de la vida de Arnau; y la arribada forzosa al Africa habría tenido lugar en alguno de los viajes marítimos hechos desde Sicilia, como aquel en que le vino a encontrar la muerte. Pero no está nada clara la autenticidad de esta dedicatoria que se encuentra en pocos manuscritos. El libro está dedicado a explicar la preparación de diversos vinos medicinales; a veces, macerando en vino hierbas curativas, otras sometiendo la infusión a más complejas operaciones. Trata de incorporar a la bebida las virtudes de los simples e incluso del oro, cuyas eximias propiedades pasarían al vino tras prolongado contacto. Da fórmulas de vinos adecuados a las más diversas afecciones. El texto en general es desordenado; parece zurcido de fragmentos diversos. No faltan citas de autores, pero referidas tan solo a clásicos griegos y árabes. La única mención geográfica es de la Provenza. De esta obra ha salido en buena parte la suposición de que Arnau habría descubierto la destilación del alcohol; no hay tal, pues aquí y en otros lugares habla del espíritu del vino -agua vite sive ardens facta de vino (f. 2630c); aqua ardens... et alcofol... (Speculum, f. 7d) como de cosa conocida y de manejo habitual; puede afirmarse rotundamente que ninguna aportación se debe al Maestro Arnau en el campo de la química.

Tras el De vinis, va siempre en las ediciones generales un Tractatus de aquis medicinalibus (f. 265d-267c), en el que se describen numerosas preparaciones farmacéuticas: laxantes, constrictivos y alterativos de excipiente hídrico. De los cuatro manuscritos -del siglo XV- que, con seguridad, contienen este texto sólo dos van a nombre de Arnau de Vilanova. Es curioso el que este escrito comience por una conjunción que, sin duda, lo liga a otro anterior: Sed quia aquarum nonnullis est ussus... Los manuscritos de Goettingen y de Graz -los que lo atribuyen a Arnau- expresan esta ligazón mejor que los impresos: "Ya se ha dicho bastante acerca de las orinas, pero como el uso del agua es muy apreciable en medicina..."; probablemente al copista puso urinis, en vez de vinis, con lo que este escrito sobre medicamentos acuosos iría pegado a otro sobre los de excipiente alcohólico. ¿Al De vinis que conocemos en las ediciones?. Es posible, pero su estilo y su modo de enfocar las cuestiones es bastante diferente. No es fácil tampoco pronunciarse sobre la autenticidad de esta obra. Mejor testimonio manuscrito, en número y antigüedad, tiene otro libro de este género que comienza Quoniam corpus cum sit..., titulado De aqua vite simplicit et composita, que no fue recibido en las colecciones arnaldianas, pero sí hecho objeto de una edición incunabile. Y hay en la Biblioteca Nacional de Paris (lat. 6972) un "Tratado sobre las aguas...", también con largas listas de fármacos, que presenta una estructura similar a la del "Canon" de Avicena en su ordenación en tratados, summas y capítulos, y que pasa luego a tratar de los aires, quedando interrumpido; no cabe duda que no es obra de Arnau,

Es este un género muy cultivado por los médicos medievales, en el que los datos tradicionales se repiten y modifican indiscriminadamente.

Muy popular fue el escrito De conferentibus et nocentibus principalibus membris corporis nostri, aunque su valor científico sea nulo y acaso precisamente por ello. Se halla en una quincena de manuscritos de los siglos XIV y XV, en las colecciones generales (f. 274c-275c de las góticas) y en tres ediciones más del XVI. No es más que una serie de diez capítulos, cada uno dedicado a un órgano, con dos apartados en los que se dice lo que le ayuda y lo que le daña: simple enumeración de factores medicamentosos, mágicos, higiénicos y psíquicos revueltos como en cajón de sastre; a veces se lee una descripción somerfísima de la víscera en cuestión. Creo que pueden distinguirse claramente dos familias de textos: los que comienzan Est sciendum breviter quod... que van a nombre de Arnau y los que comienzan Conferunt cerebro fetida... que aparecen anónimos. Las dos series son, con todo, bastante parecidas. Y el predominio de manuscritos anónimos, junto con la vulgaridad de su contenido hace pensar en una supercherfa del autor de la recensión puesta a nombre de Arnau.

Hay también en las bibliotecas bastantes manuscritos de reducida extensión que se titulan Recepte, Pilulle, Excerpta, Tabule syruporum, etc. que contienen un número más o menos grande de fórmulas que se reclaman como originales de Arnau. Sería preciso su examen comparativo minucioso para discernir lo que en ello pueda haber de verdad.

Magia y astrología

La colección de obras médicas de Arnau de Vilanova se cerraba en las primeras ediciones -Lion 1504 y Venecia 1505- con una serie de libros de carácter mágico y alquímico; aproximadamente los mismos que en las últimas -Basilea 1585 y Lion 1586- fueron agrupados en una segunda parte, fácilmente desglosable, en vista de las censuras de que acababan de ser objeto por parte de la Inquisición española. Dejando el problema de la Alquimia para otro parágrafo, diremos aquí unas palabras acerca de los libros de Inuole mágica.

No es en ninguna de las obras que fueron impresas en el Renacimiento donde se expresa de modo genuino el pensamiento de Arnau sobre estas cuestiones, sino en un opúsculo que permaneció inédito, y que sólo en 1912 sería publicado por Diepgen, bajo el título De improbatione maleficiorum, sobre la base de los tres manuscritos que se conservan en la Biblioteca Nacional de París; recientemente, Grmek ha reeditado el mismo texto, contando con otro manuscrito de Zagreb; y, según mis noticias, otras copias medievales se hallan en Oxford, Viena, Leipzig y Erfurt. Se trata de uno de los primeros escritos originales del Maestro Arnau, pues fue redactado en Valencia antes de 1288, fecha de la muerte del obispo Jaspert, a quien iba dirigido. Su texto comienza: Reverendissimo patri... domino suo J. Dei provi-

sione presuli valentino..., y algún manuscrito se titula: Epistola ad valentinum presuli. Arnau acababa de mantener una conversación con su obispo acerca del pretendido poder de algunos hombres sobre los demonios; y, retenido por una tempestad que retrasaba la salida del barco en que había de partir, aprovecha para concretar por escrito su pensamiento al respecto. Su criterio es terminante: ningún hombre es capaz de sujetar a su arbitrio al demonio; todo espíritu separado -aunque sea caído- posee una autonomía superior al espíritu encarnado; si acaso, podría imaginarse semejante poder en las almas nobles y puras, pero vemos que los hechiceros suelen ser gentes viles y malintencionadas. Ataca Arnau las creencias vigentes sobre la distribución de distintas clases de demonios por los cuadrantes del espacio o su relativo predominio según las horas del día y de la noche y la posibilidad de someterlos al influjo de los astros o de determinados amuletos. El se ha documentado bien acerca de la magia negra en las mismas fuentes arábigas -nos in lingua arabum legisse recolimus totam nigromantie fatuitatis doctrinam- y se ha convencido de su falsedad. Los hechiceros son a veces enfermos de "melancolía", psicópatas diríamos hoy; otras veces son malvados engañadores o instrumentos del diablo que sirven a quien pretenden dominar. Su actitud frente a éstos es la que se expresa en el libro De parte operativa, donde habla de la fantasmogoría de la magia y la vanalidad de los conjuros y coincide con lo que se lee en los textos De epilepsia -sea o no suyo-: "rechazamos a los ignominiosos encantadores, conjuradores, invocadores de espíritus, adivinos y augures en todo servicio medicinal al cuerpo humano, pues se han hecho familiares y esclavos del diablo, apartándose de Dios y ofendiendo al supremo médico Jesucristo". Y a este criterio responden las disposiciones contra los hechiceros incluidas en las leyes de Sicilia que Arnau inspiraría en 1310 y sus exigencia de mano dura para los Templarios expresada en su carta a Clemente V, de 1308.

Tan clara condena contrasta **violentamente** con la credulidad que manifiesta el breve escrito Remedia contra maleficia, que aparece mezclado con sus obras médicas en las ediciones (f. 215c-d). Diepgen ha advertido su similitud con el capítulo 29º del octavo libro de la Pantechne de Constantino el Africano. Su condición de texto apócrifo es indudable.

En cambio, están en la línea del pensamiento de Arnau -cuya coherencia con el expresado por Roger Bacon en su Epistula de secretis operibus artis et nature et de nullitate magie ha sido justamente señalada por W. Pagel- las ideas del Liber Coste ben Luce de physicis ligaturis, traducido por nuestro médico según las ediciones (f. 295c-296b). Esas "ligaduras", que impiden, sin causa física aparente, el ejercicio de alguna actividad psíquica o fisiológica, son muchas veces puramente imaginarias; y los conjuros o amuletos empleados para deshacerlos actúan por sugestión, haciéndose así legítimo su uso. Pero también pueden explicarse estas acciones por causa natural, dentro de la visión del universo -habitual en la Edad Media- como un inmenso organismo cuyas partes se influyen mutuamente según una estructura jerárquica a cuya cabeza están los astros. Arnau acep-

ta la doctrina de las influencias cósmicas sobre ese microcosmos que es el hombre, por los mismos títulos con que profesa la doctrina humoral: como algo que pertenece a la naturaleza misma de las cosas. Así, leemos en Speculum medicinae que el aire se ve alterado por causa de las estrellas, que de ese modo perturban el equilibrio psico-físico del hombre (f. 4u); que los seres naturales, además de las cualidades que se derivan de su complejidad -de la resultante de los elementos que los componen- poseen propiedades peculiares ab orbe impresas, introducidas por la fuerza de los agentes naturales más elevados que actúan en el instante de su formación (f. 22c); propietas que puede ser utilizada por el médico, como cuando suspende coral sobre el pecho contra el dolor precordial (f. 16a). Y esta doctrina reaparece en De graduationibus y en otras obras teóricas. Aunque es preciso reconocer que su utilización práctica es más frecuente en los escritos apócrifos o dudosos -De conservanda juventute, De epilepsia...- que en los auténticos; con la excepción entre éstos del De parte operativa.

Entre los libros paramédicos de la colección arnaldiana hay dos -De sigillis y Expositiones visionum...- cuyo contenido evoca sendos episodios, bien documentados, de la actuación de Arnau de Vilanova: la curación del papa Bonifacio, en 1301, y la interpretación de los sueños del rey Federico, en 1309. En efecto, el texto De sigillis (f. 301c-302b) describe la elaboración de doce sellos de oro, cada uno de los cuales asume la fuerza peculiar de uno de los doce signos del Zodíaco; para que, aplicado a la parte del cuerpo regida por la constelación correspondiente, realice la acción curativa y conformativa adecuada. La fabricación de cada sello está reglamentada minuciosamente: en todo caso, hay que fundir el oro en el momento en que el sol entra en el correspondiente espacio zodiacal y forjar un disco en cuyas caras se ha de grabar el símbolo de aquella constelación, el nombre de uno de los doce Apóstoles, algunos caracteres hebreos y determinados textos bíblicos; mientras tanto, el artífice ha de recitar los Salmos y oraciones que se prescriben para cada caso; así, en el primer sello -sigillum arietis- dirá: Exurge lux mundi, Jesu, vere Agnus qui tollis peccata mundi... Y el salmo Domine Deus... Naturalmente no falta el sigillum leonis -Exurge Christe, leo ex tribu Juda...- aquel sello con el que Arnau logró eliminar los cólicos nefríticos de Bonifacio VIII; sello que utilizaba también su sobrino Joan Blasi -en el inventario de sus bienes en Marsella, descubierto por Verrier, se anotan: 7 empresiós de leon en aur, que valon contra dolor de rohon, que Joan solía llevar a la fibla del braier-, del que se hallaron varios ejemplares entre los bienes dejados por Arnau en Valencia y al que específicamente se refiere en Speculum medicinae (f. 7b) y en De parte operativa (f. 127a). Parece pues como si Arnau no conociera más que uno de los sellos y está claro que lo aplicaba tan solo a una afección muy concreta. Tal vez aluda a otro sello, al de Piscis, en el último de los "Aforismos particulares" que suena como un refrán: Celeste sigillum uolores pedum fugat in eternum (f. 123a); así lo indica una nota marginal en el manuscrito 972 de la Biblioteca del Arsenal; y, en la Nacional de Ma-

drid, el códice 138, copia la breve serie aberrante de los Amphorismi de arthetica y sigue una prescripción -que se dice dictada por Arnau para cierto conde- en la que se enumeran las veintisiete propiedades de una hierba curativa y se indica el modo de confeccionar el sigillum piscis, y que termina con la misma imprecación que aquellos "Aforismos": "que por este celeste signo, aplicado a los pies, huya para siempre la podagra". Pero en esta confección no entra para nada el componente mágico-religioso descrito en el texto paralelo De sigillis. Ese empleo abusivo de la plegaria, esa conversión de textos sagrados en fórmulas mágicas, es completamente extraña a la obra auténtica y a la mentalidad cristiana de Arnau. Bien pudo haber conocido otros sellos zodiacales además del del León, pero elaborados según los criterios de la "magia natural" -recepción en una sustancia noble de la fuerza emanada de un agente de elevada jerarquía cósmica-, sin contaminación supersticiosa alguna. Arnau invoca a menudo la ayuda de Dios en el proceso curativo; nunca trata de forzarla a encerrarse en un amuleto. Creo que esto obliga a rechazar la autenticidad del texto De sigillis, que, por lo demás se encuentra muy debilmente atestiguado: sólo un par de manuscritos del siglo XV, de los cuatro que se conocen, lo llevan a nombre de Arnau.

El título del tratado Expositiones visionum que fiunt in somnis -que encabeza esta serie de escritos paramédicos en las ediciones generales (f. 290d-292c) y que fue impreso por separado ya en los años 1480 y 1485- indica que esta obra "es de gran utilidad para los médicos". Podría esperarse una exposición del valor diagnóstico de las impresiones percibidas en el sueño, en la línea del libro que Galeno dedicó a este tema y de lo que el propio Arnau apunta en Speculum medicinae: como expresión de cualidades dominantes, de plétora humoral, de discrasias diversas... Pero poco es lo que este tratado dice a tal respecto; de lo que se ocupa principalmente es de la interpretación de los contenidos oníricos en cuanto representaciones enigmáticas del futuro, como señales proféticas que percibe la mente cuando por el sueño se halla menos ligada a la carne. No es extraño el que se atribuya a Arnau de Vilanova una obra de este tipo. Bien se ganó la fama de profeta con sus vaticinios sobre el fin del mundo y sus relatos de revelaciones privadas y sueños anunciadores de acontecimientos históricos. Y, por lo que hace a la interpretación de tales sueños, bien conocida era la que hiciera en Sicilia sobre el relato de las visiones oníricas de Federico III: se aparecía al rey cada noche su madre que, con la faz velada, le exhortaba a que se pusiera al servicio de la verdad; cuando Arnau desembarcaba en la isla, la sombra de D^a Constanza mostró por fin su rostro y puso una diadema en la cabeza de su hijo menor... No fue difícil para nuestro médico el dar una interpretación de acuerdo con sus convicciones: Federico ha de llevar la espléndida diadema de las virtudes evangélicas y ha de promover una eficaz labor de reforma según las orientaciones del propio Maestro y en común acción con su hermano Jaime, a quien su padre, Pedro III, se había aparecido en sueños para hacerle llegar -previa explicación de Arnau- un mensaje semejante.

Con estos antecedentes, podría admitirse el que Arnau escribiera un tratado como el que nos ocupa. Pero también se puede pensar, que, sabiéndose su actuación como exégeta de sueños -él mismo lo relató en el Consistorio de Aviñón, y circulaban copias de la Interpretatio- algún copista pusiera su nombre ante este texto que varios manuscritos, contienen anónimo. Thorndike acepta la atribución a un tal Guillém d'Aragó, que apunta alguna de las escasas copias conocidas; esto explicaría el que uno de los sueños proféticos se refiera a la anexión de Sicilia. Aún sin argumentos decisivos, y contra la opinión de Diepgen, me inclino por la calificación de apócrifo para este tratado. El que Arnau interpretara proféticamente sucesos o sueños concretos, según su peculiar visión de las cosas, no significa que hubiera de elaborar unas normas hermenéuticas de carácter general. Creo que en este libro y en el de los "sellos" la fama de las referidas actuaciones fué causa de la atribución.

Muy distinto es el crédito que merece el tratado arnaldiano consagrado a la astrología médica, pues se ve apoyado en una masa de manuscritos comparable a la de sus obras más difundidas. He recogido referencias de veintisiete códices latinos -especialmente abundantes en las Bibliotecas del área germánica- que contienen una obra de Astrología escrita por Arnau de Vilanova. Un manuscrito de la Bodleiana de Oxford parece copiado ya en 1318; en la Amploniana de Erfurt se registran cinco buenas copias del siglo XIV; casi todas las demás están hechas en el XV. Tan apreciable tradición manuscrita, asegura que Arnau escribió un libro de este género; pero será preciso un examen detenido de estas fuentes para establecer el texto original. He comprobado la sustancial coincidencia de algunos manuscritos con el texto de las ediciones (f. 292d-295c) que comienza: Circa signa universalia et distributiva... Pero hay algún otro -como el 7.292 de la Biblioteca Nacional de París, que Haureau confunde con la Abbreviatio libri Pronosticorum- que contiene una Astrología diferente, que comienza: Sapientissimus Ypocras, omnium medicorum perfectissimus..., y que es más médica, menos teórica, que la editada, por lo que se diría en principio más arnaldiana que ésta, por su estilo. Los títulos de los manuscritos son muy diversos, pero podrían homologarse así: "Compendio de Astrología, para uso de los médicos". Era doctrina común -y la vemos en los libros doctrinales de Arnau- que el médico ha de tener en cuenta la situación de los astros, en el momento de su actuación, para evitar las acciones nocivas sobre el enfermo y aprovechar las eventuales fuerzas curativas. En el texto impreso de las colecciones arnaldianas, tras una descripción somera del mundo astral, se enumeran los **signos** del Zodíaco y se los agrupa en cuatro triplicitates según las cualidades primarias que se supone poseen; aunque no sea formalmente -como en los elementos- sino como potencias operativas. Así, Aries, Leo y Sagitario, tendrían las cualidades de caliente y seco; Tauro, Virgo y Capricornio, las de frío y seco...; y por ello influirían en los humores orgánicos de equivalentes cualidades. Enumera las clásicas relaciones entre las constelaciones zodiacales y las partes del cuerpo -Aries para la cabeza, Tauro para el cuello, etc. -que son regidas por su influencia. Señala las cuali-

dades elementales de cada planeta y los grados de refuerzo y de anulación que experimentan según las diversas conjunciones y oposiciones astrales. Y remite para más detalles a la obra de Alcabitius -Ad magisterium iudiciorum astrorum Isagoge- en la que, sin duda, se ha inspirado. Sin embargo, concluye, es tan difícil el cálculo astrológico, que el médico práctico puede conformarse con examinar la posición de la luna, que influye en los humores como lo hace en las mareas, por lo que ha de ser tenida muy en cuenta a la hora de disponer evacuaciones medicinales.

El tratado entero es complejo y teórico; y, según Diepgen, nada original aporta sobre la doctrina común de los astrólogos. Se ve que Arnau ha querido hacer un resumen de estos saberes, al alcance de los médicos; y, ante la posible confusión que se deriva de tan diversas circunstancias astronómicas, su sentido práctico le lleva a quedarse con los simples datos que da la luna. Es lo que se deduce también de su obra médica: en el comentario al aforismo Vita brevis, advertía la utilidad de los conocimientos astrológicos, con su necesaria base de aritmética y geometría; pero en las "parábolas" 109 a 120, sólo la luna aconseja sobre la práctica de la sangría. La "Astrología" fué pronto traducida al hebreo. Y un manuscrito de Viena, de hacia el 1.600, contiene una tardía versión alemana de este libro, del de los "sellos" y el de los "sueños".

Obras de Alquimia

No actualizadas

Tanta o más fama que como médico tiene Arnau de Vilanova como alquimista. Autores medievales y renacentistas testifican que fabricaba láminas de oro purísimo; autores modernos han querido atribuirle la preparación de sustancias tales como el alcohol o la esencia de trementina. Y generalmente se le considera como uno de los clásicos de la literatura alquímica. Cuatro obras de este género se encuentran en todas las colecciones de su obra médica: Rosarius philosophorum, Novum lumen, Flos florum y Epistula super alchimia ad regem neapolitanum. En las ediciones lionesas de 1520 y 1532, se añade el opúsculo de lapide philosophorum, y en la de 1586 los titulados Cathena aurea y Testamentum. Las cuatro obras básicas se encuentran también impresas en las más acreditadas series de escritos de Alquimia; en los volúmenes: Verae alchemiae..., de Gratarolus (1561 y 1572), Ars aurifera (1593) y Bibliotheca chemica curiosa, de Manget (1702); traducidas al italiano, están en el apéndice del libro de Nazari Della transmutatione metallica (1599) y, en versión alemana, pueden leerse en el de Morgenstern Turba philosophorum oder Guldene Kunst (1750). Pero algunos de estos repertorios y el Theatrum chemicum de Zetzner (1613-22 y 1659-61) traen además otras obras atribuidas a Arnau: un par de textos dirigidos a Bonifacio VIII -que habían conocido amplia difusión manuscrita- y los titulados Speculum alchimiae, Carmina y Semita semitae. Y aún son más los opúsculos de este género que quedaron inéditos; la bibliografía de Haureau recoge treinta o-

bras atribuidas a Arnau, entre manuscritas e impresas, y la de Thorndike eleva la cifra al medio centenar.

Desde luego, nadie ha pensado que toda esta producción pudiera ser auténtica. Ya Haureau demostró el carácter apócrifo de algunos de estos textos. Diepgen, en su estudio Arnald und die Alchemie (1910), reserva la marca de la autenticidad para unos cuantos tratados: Rosarius, Flos florum, Semita semitae y los dedicados al papa Bonifacio y al rey Roberto. Pero sólo el excelente trabajo de Thorndike: Alchemical Works ascribed to Arnald of Villanova, aborda en toda su extensión y profundidad el problema, que por cierto se presenta extremadamente complejo: los manuscritos son muy abundantes, pero de escasa antigüedad -pocos son los que remontan la fecha del 1500-; los textos son variantes e inseguros; su contenido obscuro y poco original... Títulos semejantes amparan contenidos discordantes y obras análogas llevan epígrafes diferentes; amplios fragmentos de unos tratados se repiten, dislocados, en el texto de otros. Obras a nombre de Arnau en algunas copias aparecen anónimas o atribuidas a diferentes autores en otras. Del riguroso análisis de este galimatías, deduce Thorndike la inautenticidad de casi todas las obras que Diepgen admitía; entre ellas de la llamada Flos florum que aparece dedicada -como el Regimen sanitatis- al "inclito rey de Aragón", en los títulos impresos y en el curioso prólogo manuscrito del código latino 7.117 de la Biblioteca Nacional de Paris, donde el autor relata la misteriosa manera como fue iniciado en el arte de la Alquimia.

Puede afirmarse que, allí donde ha sido aplicada con seriedad la piqueta de crítica, se ha producido el desmoronamiento de la atribución examinada. Suele respetarse al menos la obra fundamental de este género, el Rosarius philosophorum, de los que otros escritos serían fragmentos o imitaciones, y que justificaría por sí sola el papel magisterial de Arnau en este campo. Es cierto que la atribución es unánime en los múltiples manuscritos e impresos de tan difundido tratado. Pero ya Thorndike acusaba la variabilidad de los textos bajo este título; y J. Payen, que ha coleccionado nada menos que cincuenta y siete copias del Rosarius -entre las que se hallan versiones al alemán, italiano, francés, castellano y provenzal, así como reducciones y arreglos del original latino-, sin contar las quince ediciones del texto completo y las cuatro del abreviado, encuentra que sólo tres de estos testigos se remontan a los últimos años del siglo XIV y advierte que su contenido viene a ser una refundición de unos cuantos de los libros transmitidos por la Alquimia arábiga; con lo que resulta que el celebrado Rosarius no es más original, valioso, ni auténtico que los demás textos alquímicos arnaldianos.

Como puede apreciarse por lo dicho, la investigación realizada en torno a la obra alquímica de Arnau de Villanova apunta claramente en sentido negativo. No voy a afirmar que sea cosa resuelta; creo que aún hay bastante que hacer en el campo de la crítica textual, y que los historiadores de la Ciencia deben abordar esta tarea sin prejuicios ni rutinas. Desde mi punto de vista de estudioso de la Medicina arnaldiana, he procurado atisbar

cualquier indicio revelador del Arnau alquimista y nada he encontrado al respecto. Sin duda, el médico catalán, como cualquier otro sabio de su tiempo, conocía y aceptaba los postulados de la Alquimia: la posibilidad de obtener la transmutación de algunos metales se derivaba lógicamente del principio de la unidad radical de la Naturaleza. Algún reflejo de esta doctrina común se advierte en los escritos auténticos de Arnau. En Speculum medicinae (f. 19c), se lee la palabra "alquimia" -creo que es la única vez empleada en sentido figurado; cuando, al hablar de la transformación sufrida por la leche que, segregada por la sangre de quien la produce, acaba por convertirse en sangre de quien la ingiere, concluye: revertitur in seipsum totum alchimie magisterium. Una alusión al clásico binomio azufre-mercurio como constitutivo de los metales se halla también en Speculum (f. 13b), para explicar el carácter insípido de estos cuerpos: "pues nos consta que el azufre y el mercurio de que están formados tienen sabor; pero la firmeza de su unión y la dureza del compuesto impide que se separen y se mezclen con la saliva". Y en los textos farmacológicos se describen manipulaciones más o menos similares a las operaciones alquímicas: procedimientos para reforzar las virtudes de los medicamentos o atemperar las complejiones nocivas (Speculum, cap. De transmutatione complexionatorum), para obtener la adecuada combinación de cualidades elementales y conocer el grado en que se encuentran en un compuesto -aunque "no siempre logre la humana limitación penetrar en los secretos de la Naturaleza"- (De graduationibus medicinarum), para incorporar al vino la fuerza específica del oro (De vinis), etc. Pero no parece que estos procesos sobrepasen el ámbito de la técnica farmacéutica que Arnau conocía bien a través de los autores árabes.

En cambio, vemos que Arnau rechaza el uso de medicamentos minerales -salvo su aplicación externa como abrasivos y secantes, o como portadores de una virtus specifica- por estimar que su naturaleza es demasiado extraña al organismo e "inepta para recibir la forma de lo vivo" (Speculum, f. 6c). Y, en flagrante contradicción con la doctrina expuesta en Rosarius philosophorum y en la "Epístola alquímica al rey de Nápoles" -donde se ensalza el oro filosofal como remedio supremo, dotado de propiedades mejores que las del oro natural-, afirma Arnau en De vinis (f. 263d-264a) que "las propiedades terapéuticas específicas se encuentran únicamente en el verdadero oro puro mineral creado por Dios... y no en ese oro alquímico fabricado por los hombres; pues, por las materias extrañas que entran en su sofisticación, resulta dañoso para la salud... Se engañan en esto los alquimistas; pues, aunque logran la sustancia y el color del oro, no le infunden dichas virtudes". En esta última frase, el autor se refiere a "los alquimistas como a gente extraña; y esta distinción llega a hacerse oposición en un significativo párrafo del Speculum (f. 16b): dice allí que no son capaces de entender el concepto de medicatio subtiliativa, "por lo cual se pone de manifiesto la ignorancia de los necios alquimistas" -per quod ignorantia detegitur fatuorum alchimistarum-. El primer editor de la colección arnaldiana valoró bien la importancia de este epíteto cuando hizo constar en el índice analí-

tico del volumen, con referencia a este pasaje: Alchimiste vocantur fatui. Es el mismo término despectivo -tan severamente calificado en el texto evangélico: qui autem dixerit fatue...- con que Arnau había motejado a la magia diabólica: fatuitatis doctrinam... No parece probable que quien tan duro juicio expresaba fuera a su vez un alquimista.

Otros detalles advertidos en el curso de mi investigación, y que es-timo también contrarios a la existencia de un costado alquimista en la figura científica de Arnau, son los siguientes: la casi total ausencia de manuscritos alquímicos del XIV, cuando la proporción de copias de ese siglo entre los testigos de la obra médica viene a ser de un treinta y cinco por ciento; la inexistencia de códices que contengan a la vez textos médicos y alquímicos arnaldianos, lo cual -dada la gran variedad con que se combinan en los manuscritos las obras científicas de los demás géneros- hace pensar en una tradición independiente y tardía; la homogeneidad imperante en la transmisión textual de los escritos médicos, en contraste con la escasa firmeza de los textos alquímicos; la sobriedad de conceptos y claridad de estilo en los libros de Medicina que nada tiene que ver con el tono ampuloso y el contenido confuso de los dedicados a la Alquimia... En las obras médicas se hallan citados todos los nombres notables de la ciencia clásica y arábiga, pero no hay la menor referencia a autores o a textos alquímicos. En la biblioteca de Arnau, tan rica en libros médicos y de otras ciencias, no se halla ninguna referencia segura a escritos de Alquimia. Tampoco se registran testimonios de esta presunta actividad en la abundante documentación que dibuja la biografía de nuestro médico. Ni hay noticias fidedignas en autores coetáneos: solamente el canonista Juan Andrea -muerto en 1347- dice que "el Maestro Arnau, en la corte romana, fabricó barras de oro purísimo", pero tan fantástica información acaso derivara del recuerdo del oro mágico que curó a Bonifacio VIII. En cambio el inquisidor catalán Eymerich, enemigo declarado de la Alquimia, no carga con esta nota -que para él supone ya sospecha de herejía- la descripción que hace de la heterodoxia de Arnau en su Directorium inquisitorum, publicado en 1357; cosa que no desaprovechará en el siglo XVI -cuando el Arnau alquimista era ya noción común- el comentarista de la edición romana del Directorium

Por todo lo dicho, estoy convencido de que tanto la obra alquímica atribuida a Arnau, como su fama de maestro en la práctica de este arte, son supercherías forjadas años después de su muerte y ulteriormente amplificadas. Creo que, entre tantos datos erróneos consignados por Champier en la primera biografía de Arnau, tenía razón al menos cuando afirmaba: "cuanto se ha dicho de la alquimia de Arnau es falso y lleno de fábulas e indigno de tan claro varón".



V. OJEADA SOBRE EL CONJUNTO DE LA OBRA MEDICA DE ARNAU DE VILANOVA

Al concluir la reseña de los libros médicos y paramédicos atribuidos a Mestre Arnau, podemos apreciar la gran variedad de los temas que trató con singular competencia; pero también advertimos el elevado número de escritos que le fueron gratuitamente adjudicados. La verdad es que si apuramos un poco la crítica textual, tenemos que eliminar casi la mitad de los folios de los volúmenes de Opera Arnaldi editados en el Renacimiento. ¿A qué se debería tan masiva atribución de apócrifos?.

Creo que la explicación está en la peculiar personalidad histórica de Arnau de Vilanova. Los copistas del siglo XV y los impresores del XVI sabían que aquel autor había sido el más ilustre de los maestros de la más prestigiosa Escuela de Medicina y médico estimadísimo de papas y reyes, famoso por sus curaciones sensacionales; mientras que, por otra parte, les llegaban también los ecos de una intensa actuación política y religiosa, de una condena eclesiástica, de una ideología muy peculiar... La leyenda se había apoderado de la memoria del médico catalán, que tan alterada quedaba con la idealización que recogería Eiximenis: "... fou home illuminat de diverses ciencies, qui menyspreava lo mon fort, e ana vestit fort simplement, ne jamás vole pendre muller, e anava tostemps cavalcant en un ase; no havia casa ni alberg...", como con la deformación que apuntan Bzovius, Peña y otros: que tenía trato familiar con el demonio, el cual le había enseñado el arte de la obtención del oro alquímico e inducido a impíos experimentos, como el de fabricar un homúnculo en la retorta a partir del humor seminal... Aquel sabio famoso, cuya figura brillaba extrañamente entre celajes de misterio, era el soporte ideal para tantos escritos médicos y alquímicos innominados. Algo así había ocurrido con personajes de características similares, como Roger Bacon o Ramón Llull. Pero lo de Arnau colma toda medida: además de lo antes dicho, quedan aún por citar curiosas atribuciones que no encajaban en los epígrafes arriba enumerados.

En las ediciones generales se hallan dos libros de cosmética: De ornatu mulierum (f. 267c-271c) y De decoratione (f. 271c-272a). Cabría admitir la presencia de este último -breve exposición de medios para la limpieza y maquillaje de cara, dientes y cabello-, si la atribución de los manuscritos -en dos códices oxonienses del XV- lo tolerase. Pero repugna la in-

clusión del otro texto, del largo escrito que comienza quando vult domina corpus suum depurare...; amasijo de recetas de belleza, mezcladas con recomendaciones de higiene y de seducción, entre las que no faltan sugerencias que no podía aprobar el criterio moral de Arnau, que tan estricta austeridad preconizaba en estas materias. El libro De ornatu mulierum nada tiene que ver con el De secretis mulierum, que tan profusamente circulaba a nombre de Alberto Magno -otra caracterizada víctima de los apócrifos-. No conozco manuscritos de su texto; pero he advertido notables coincidencias con dos escritos anónimos que comienzan: Sicut ait ypo. in prologo pronosticorum..., que aparecen en sendos códices parisinos al lado de algunas obras de Arnau.

No menos absurda es la atribución que muchos manuscritos -quince he llegado a registrar, todos del siglo XV- le hacen de un opúsculo De quercu sobre las virtudes de la encina; va dedicado a Ricardo, obispo de Canterbury; pero ya señaló Haureau que ningún prelado de ese nombre ocupó aquella sede en vida de nuestro autor. O la de cierta Epístola de sanguine humano, ad Magistrum Iacobum Toletanum, tan difundida a través de copias de su original latino -de las que quedan no menos de catorce ejemplares- y de sus versiones francesa e inglesa, y editada luego en la colección alquímica de Gesner y con la obra de Joan de Rocatallada: De consideratione quinte essentie; carta que contiene una fantástica descripción del modo de obtener un maravilloso elixir de vida, a partir de la destilación de la sangre humana; algo así como la Recepta electuarii mirabilis que cerraba las primeras colecciones de Opera Arnaldi, donde también se destilaba el rocío que numedece las yerbas.

Sin tanta difusión, existen manuscritos a nombre de Arnau, con una "Receta que, por amor de Dios, dió al Maestre de San Juan del Hospital, en Ultramar, contra los sarracenos"; con un opúsculo De coriandro -yerba medicinal-, dirigido a Clemente V, y con otros escritos breves de los más diversos títulos. En las Bibliotecas de Aix y Carpentras hay copias de un "Tratado de agrimensura", en provenzal, que se dice traducido por Bertrand Boisset -su verdadero autor, según Haureau- a partir de un original latino de Arnau de Vilanova, en cuyo prólogo, éste se presenta adornado con títulos académicos que jamás poseyó, fuera del de Medicina: Yeut, Arnaut de Vilanova, Doctor en leys y en decrets, et en sciensia de strolomia, et en l'art de medicina, et en la santa teulogia, enguara mais en las VII arts... Y dos ediciones de la "Anatomía" de Mondino (Lion 1528 y 1531) aparecen cum annotationibus praestantissimi viri Arnaldi de Vilanova, siendo así que dicha obra no fue escrita hasta años después de la muerte de su presunto comentar... Si semejantes atribuciones se produjeron, no es de extrañar el que al autor de un popular Regimen sanitatis le colgaran otros varios, ya sean extensos y eruditos, ya breves y elementales; que al formulador de un sistema de cálculo medicamentoso, se adjudiquen diversas colecciones de fármacos; que al prestigioso médico práctico se le haga redactor de obras clínicas de conjunto -como el Breviarium- o monográficas; que se ponga el nombre de a-

quel misterioso personaje con ribetes de herejía en gran número de textos de alquimia y magia... Con tantos libros apócrifos su obra quedaba falseada y su reputación indebidamente exaltada. Sin embargo, no desmerece la calidad de su obra médica al disminuir su cantidad; antes bien queda realzada en su sobriedad, libre de añadidos vistosos pero endebles.

Del conjunto de las obras que quedan después del aludido expurgo crítico -más amplio y radical que el inquisitorial de finales del XVI- se desprende una doctrina científica armónica y coherente. Refleja el saber de quien fue escolar primero y Maestro después del preclaro Estudio General de Montpellier, de aquella sede de la escolástica médica, donde arraigaría más que en ningún otro lugar la ciencia clásica que, desde el siglo XII, atravesaba los Pirineos, después de haber cambiado en Toledo, por ropaje latino, la envoltura arábiga con que fuera traída a la España musulmana. Es la doctrina galénica; la compacta construcción científica elaborada por Galeno de Pérgamo, en la Roma del siglo II, fundiendo la técnica médica hipocrática en moldes aristotélicos e incorporando elementos conceptuales y prácticos de otras procedencias; doctrina sistematizada por los médicos bizantinos, trasvasada al mundo árabe por los nestorianos sirios y reelaborada por los clínicos del Islam -persas y españoles en su mayoría-. Esta es la doctrina médica que Arnau de Vilanova recibe, cultiva y comunica; nadie como él ha contribuido a la edificación del galenismo latino medieval. Se ha querido hacer de Arnau un Paracelso "avant la lettre", un rebelde innovador que rompe con el pasado. No hay tal; Arnau es un medieval típico, respetuoso con la tradición, amigo de un saber sólido y bien trabado. Pero si se quiere ver en él una actitud precursora del Renacimiento, ha de ser en la línea de los humanistas de aquel periodo auroral de los tiempos modernos; que no fueron innovadores por sistema sino restauradores de la Antigüedad perdida, que buscaron en los textos griegos reencontrados los paradigmas del pensamiento, de la belleza, de la ciencia y de la técnica. Así Arnau hace un galenismo más "galénico" que el habitual en su ambiente; no se conforma con la doctrina común, cuando cree que puede encontrarla más pura en las fuentes clásicas. Ciertamente que Arnau, ni disponía de los textos originales ni sabía griego; algunos vocablos clásicos que esmaltan sus obras con indicación de origen -greco vocabulo..., quo grece vocant...- son tecnicismos conservados a través del tiempo -crisis, plasma, gangrena, manía...- o leves muestras de erudición, como la cita de algún libro galénico en su forma original: in peritoneon noxomaton (f. 38b). Ciertamente que utilizaba las traducciones latinas usuales en las escuelas; como se advierte por los textos que comenta, por los títulos que cita y por la alabanza del latín como idioma científico que hace en una ocasión (f. 232b). Pero su excelente conocimiento de la lengua árabe le permite investigar las dificultades de los textos difíciles aproximándose al original a través de su primera versión: así, cuando expone los posibles sentidos de determinado vocablo, según la colocación de los signos diacríticos vocales (f. 125a); o cuando aclara la mala interpretación de un término galénico hecha por Avi-

cena, examinando diversas copias arábigas y analizando los posibles modos de expresarlo en esa lengua (f. 47b). Y en todo caso, prefiere lo dicho por Galeno en sus obras a la elaboración realizada por los autores árabes. Al propio Avicena, al autor de esa enciclopedia médica que es el Canon, se le opone Arnau siempre que le parece discrepar del recto galenismo; cuando "la sólida verdad de Galeno no fue comprendida por Avicena" (f. 97d), cuando "se ofusca ante la claridad de una expresión de Galeno" que le lleva a una vana polémica (f. 47b)... el médico medieval, salta a la fuente helénica por encima del intérprete arábigo.

Arnau de Vilanova es un ferviente admirador de Galeno. No es cierto que llegue a contradecirle, como afirma algunos autores. Sí que tiene que hacer equilibrios de interpretación cuando algún dicho del Maestro de Pèrgamo parece contradecir al conjunto de su sistema. Por ejemplo, cuando al exponer en Speculum medicinae la doctrina de la actualización de la potencia medicamentosa por el calor corporal, advierte: "pero, si alguno dice, como Galeno, que las cualidades complejionales están ya en acto en el medicamento, también dice verdad; pues entre ambas afirmaciones no hay repugnancia en sí mismas, sino en el modo de hablar"; y se extiende concordando la doctrina al respecto de los escritos galénicos De complexionibus y De simplicibus medicinis, hasta que "por sus propias palabras se aclara la verdad lo que expresó Galeno" (f. 7c-d). Lo mismo hace con otros textos "en los que parece que se contradice netamente": siempre acaba por lograr la perfecta concordancia. Pero esta admiración no llega a ser servilismo. Galeno es para Arnau fundamento sólido, pero perfectible; sobre su base se siente capaz de edificar una construcción científica mejor estructurada, de exponer con mayor claridad "lo que Galeno dijo de un modo tosco e inadecuado" (f. 36c).

Venera Arnau igualmente la autoridad del gran Hipócrates; pero es evidente que contempla su doctrina a través de los comentarios esclarecedores que el propio Galeno consagra a los principales escritos del corpus hippocraticum. Doctrinalmente se apoya en Aristóteles "como criterio seguro", y cita al Filósofo con frecuencia, no sólo en De humido radicale, sino también en Speculum, en De considerationibus, en los comentarios a De malitia complexionis y al aforismo Vita brevis. Y únicamente en la primera y en la última de las obras que acabo de nombrar se encuentran referencias aisladas a otros autores -naturalistas, filósofos, matemáticos- griegos y romanos, como muestra de una erudición, poco explotada por lo demás.

También son escasas en la obra de Arnau las alusiones a autores sirios: Hunain, Mesué, Serapión, Costa... Pero se vuelca en alabanzas de los opúsculos sobre las fiebres y sobre la uroscopia del judío arabizado Isaac (f. 49b, 55a, 58a). De los médicos islámicos, admira sobre todo al clínico Razés "hombre de aguda especulación, de diligente actuación, de cauto juicio y sólida experiencia" (f. 36b) y al farmacólogo Alkindi cuya doctrina es "altamente razonable y sutil" (f. 226d). Y por lo que hace al "Principio de la Medicina", al gran Avicena, la posición de Arnau aparece matizada:

frecuente y elogiosamente se refiere a aquel opúsculo De viribus cordis que él mismo había traducido -et perfecte etiam declarat doctrina Avicenna in de viribus cordis (f. 100b)-; alaba también el estilo claro y sucinto del Canon (f. 278c) y estima en mucho la doctrina que contiene -ut bene testatur Avic. II canone... (f. 224b)-; pero al mismo tiempo expresa su recelo frente a esta ingente compilación de toda la medicina que embrutece a los médicos de su tiempo -qui quantitate seu magni voluminis in medicina maiorem partem medicorum latinorum infatuat (f. 97d)- al hacerlos estudiosos de texto único, en el que creen encontrar todo lo que necesitan, desdeñando así el contacto directo con las obras de Hipócrates y Galeno de las que brota el genuino saber médico. Vimos como rechaza la autoridad de Avicena cuando entra en colisión con la de Galeno; aunque procura conciliar ambos criterios siempre que es posible (f. 43c, 46d, etc.). Y puede afirmarse el carácter apócrifo de cualquier texto atribuido a Arnau, en el que el recurso a Avicena sea frecuente o básico; nuestro médico se defiende del avicenismo que comenzaba a irrumpir en la Medicina universitaria, contempla a aquellos doctores vanidosos, que ni siquiera son capaces de esponer rectamente "lo que dijo su jefe, Avicena, cuyo gran volumen se complacen en estudiar..., bajo cuya autoridad se cobijan, sintiéndose dichosos cuando ostentan, de lo alto de sus cátedras, el fardo de tan grueso volumen..." (f. 95d). Pero estos esfuerzos iban a dar poco fruto: si se siguen los programas de los cursos en el mismo Montpellier, se advierte como Avicena va desplazando a Galeno poco a poco, hasta que, en el siglo XV, llegue a sustituirle casi por completo.

Al tratar de los libros farmacológicos de Arnau, vimos con qué violencia se enfrentaba con Averroes, autor al que Arnau ataca de modo implacable y sistemático. Y esta enemiga la extiende a sus seguidores: aquellos "filosofantes que leen los textos sin entender lo que dicen" (f. 40a), los "averroistas cuya consideración es impertinente y completamente inútil" (f. 225c). Creo que en semejante actitud ha de haber algo más simples discrepancias de carácter científico; que subyace ahí una oposición más honda y radical. Advierte Arnau en el averroísmo de su tiempo un exceso de confianza en la autonomía del conocimiento filosófico que, lo mismo que perturba la recta formulación de la fe cristiana hasta abocar en la herejía y la impiedad, desvía el criterio médico al arrastrarle a especulaciones que le hacen perder su orientación práctica. No cita Arnau a su gran coetáneo Pietro d'Abano (1350-1316), pero es de suponer que -supuesta la comunidad fundamental de la medicina galénica que ambos exponen- no viera con buenos ojos las especulaciones médico-filosóficas del Conciliator, el más notable de los médicos averroistas. Por lo demás la omisión de toda referencia a un émulo tan notorio no ha de extrañarnos, pues, en sus obras auténticas -a diferencia de lo que ocurre en Breviarium practicae y De venenis- jamás cita Arnau de Vilanova a un autor contemporáneo; y de todos los escritores latinos del Medioevo, solo hallamos sendas alusiones aisladas a los ya remotos Constantino el Africano y Magister Salernus, y una despectiva referencia a los au-

tores de esas "colecciones y sumas que lo mejor que tienen es su gran volumen, como los cuentos de Gilberto (Anglico) y las fábulas de Poncio y de Gualterio (Agilón); estos médicos habían redactado, a mediados del siglo XII, unos repertorios de enfermedades que Arnau considera nocivos, pues hacen que algunos "dejen de estudiar los escritos de Galeno e Hipócrates, a los que por divina concesión les fue revelada la verdadera y perfecta medicina" (f. 90b). Avicenistas, averroistas y empíricos -vulgares autem medici et barbitonsores (f. 96)- reciben por igual las diatribas del Maestro Arnau quien no encuentra en su entorno ningún colega digno de ser laudatoriamente citado, ya que en este sentido sólo se leen en sus textos genéricas alusiones a "los sabios".

El galenismo que Arnau de Vilanova profesa campea en todas sus obras. Hemos visto como Galeno es, con mucho, el autor más nombrado en las obras teóricas; con los títulos que en ellas se citan, se podría reconstruir el elenco de los escritos galénicos conocidos en aquel tiempo. Pero esta doctrina se hace patente también en los libros de carácter estrictamente práctico, de los que se ha excluido toda erudición. Lo que vemos expuesto de modo sistemático en Speculum medicinae lo hallamos formando la trama de Parabolae medicationis, Regimen sanitatis, Tabula super Vita brevis, De Simplicibus... y de las mejores monografías clínicas. La base doctrinal es, en los escritos prácticos, tan notoria como la orientación práctica en los tratados teóricos.

Al describir someramente, en los capítulos anteriores, el contenido de cada una de las producciones científicas del Maestro catalán, hemos expresado ya los rasgos generales de su obra médica. Toda la Medicina escolástica está tratada allí, ya de modo amplio y con desarrollos personalmente elaborados por nuestro autor, ya de modo resumido o al menos implícitamente aludido. No voy a trazar aquí una síntesis del pensamiento médico arnaldiano; es éste un trabajo que requiere algún intervalo de tiempo, para lograr una buena perspectiva de los resultados de la labor de análisis que en este ensayo se comunica. Sí que cabe resaltar la particular atención que Arnau dedica a la más añeja de las doctrinas que constituyen la patología tradicional: la de las cualidades elementales, que está en la base de la medicina hipocrática, pero que hunde sus raíces aún más allá: en textos de presocráticos como Empédocles y Alcmeón. Lo frío y lo caliente, lo seco y lo húmedo... son cualidades contrapuestas, cuyo perfecto equilibrio de ese estado de "eucrasia" en que consiste la salud; el predominio de una cualidad -o de la pareja de cualidades que caracteriza a cada uno de los cuatro humores orgánicos- produce la "discrasia", lleva a la enfermedad. Este desequilibrio viene causado por la nociva incidencia de los agentes externos; trata de ser neutralizado por la fuerza curativa de la naturaleza, y esta acción puede ser ayudada mediante la aplicación de agentes **-físicos o medicamentosos-** de cualidades opuestas a las patológicamente dominantes, según aquel aforismo: contraria contrariis curantur. Por eso toda la higiene se basa en el adecuado uso de lo que puede influir en el organismo: del aire

a los alimentos, del ejercicio físico a las alteraciones anímicas -quæta est commesuratio omnium rerum non naturalium in quantitate et qualitate (f. 100c)-; la patología es predominante complexional, quedando un tanto relegada la consideración de las afecciones de la composición -forma, tamaño, etc. de los órganos; y la terapéutica busca la más exacta adecuación de la complexión del fármaco a la requerida para neutralizar la alterada en el cuerpo enfermo. De ahí que -dejando aparte ejercicios escolásticos, como De humido radicale- las más profundas disquisiciones de la obra de Arnau de Vilanova estén dedicadas al problema de la alteración y restitución de la complexión orgánica -Super de malitia complexionis diverse- y al análisis de las graduaciones medicamentosas -Speculum (parte central), De gradibus...- De ahí que subordine a esta orientación su fisiología: así, por ejemplo, describe con detalle en Speculum medicinae las cualidades de los cuatro humores y sus alteraciones patológicas, pero se desentiende de exponer el modo de su generación en el hígado, a partir del quilo alimenticio, "porque su conocimiento en nada ayuda a la práctica" (f. 2c). De ahí también, que no sienta la necesidad de ocuparse en sus obras de la anatomía de los órganos; actitud esta -hay que advertirlo- que no implica desprecio por el saber morfológico, pues a esta ciencia se remite siempre que se presenta la ocasión -sicut patet per anathomia-, y en uno de sus libros perdidos -De integritate medicinae- hacía notar la utilidad de estos conocimientos (ref. en De intentione medicorum, f. 36c).

De Cirugía, nada importante se encuentra en la obra de Arnau; diversas alusiones se leen en la doctrina 5ª de Parabolas medicationis; en Speculum se refiere a "algunos sabios que puncionan las colecciones de pus con una aguja candente" (f. 18a); en De considerationibus se remite a los textos de la especialidad: sicut perfecte docetur in particularibus negociis cyrygie, ut in libro cathagenis Galieni (f. 101a). Sólo en la técnica de la sangría aparece Arnau como práctico consumado; y aquí es también donde la anatomía le resulta de mayor utilidad, pues por ella rechaza "lo que dijeron algunos ignorantes de, que las venas de elección para exonerar determinados órganos procedan de ellos...", pues la anatomía demuestra que todas tienen su origen en el hígado" (f. 92c). No es extraño que nuestro grave doctor escolástico, no se ocupara de esa "obra de manos" que es la intervención quirúrgica relegada en su tiempo a profesionales de segunda categoría. Aunque precisamente por entonces iniciara la Cirugía nuevos vuelos a partir de la Escuela de Bolonia; y, en el mismo Montpellier, trabajara desde 1304 el gran Henri de Mondeville. Es curioso el que Guy de Chauliac, el máximo cirujano de la Edad Media, -que se graduaría en 1325 en la Facultad de Medicina montipesulana, considere a Arnau como experto en las dos ramas del quehacer terapéutico: Arnaud de Villeneuve fut florissant en deux facultés et fit belles cures; por lo que sabemos de su vida y lo que deducimos de su obra, no parece que nuestro médico haya dedicado especial atención al aspecto quirúrgico; tendríamos aquí otra muestra más de la ampliación póstuma del contenido de su actividad a impulsos de su fama.

Otro aspecto sumamente interesante de la doctrina de Arnau de Vilanova es su metodología del conocimiento científico. Uno de sus aforismos dice así: "Se llega a conocer una propiedad desconocida, por razonamiento o silogismo, por revelación, o por experimentación de lo que aprovecha y lo que daña" (Parabola medicationis, af. nº16). Pero, a despecho del orden en que estos factores se enumeran aquí, toda su obra testimonia el papel primordial que Arnau otorga a la vía experimental. Son sabrosos al respecto los capítulos XX y XXI -De modo cognoscendi virtutes complexionatum (f. 8b-11a)- de Speculum medicinae; pero son muchas las páginas relacionadas con el tema, en otros lugares de este mismo tratado, en Aphorismi de gradibus, en Expositio super Vita brevis, en De considerationibus operis medicinae... Se ve que el profesor universitario tenía interés en enseñar, no sólo saberes concretos, sino el modo de alcanzar la verdad en el campo de la Medicina. Ante todo está el experimento que es "aquel modo de conocer por el que se adquiere noticia de lo sensible por sus afectos inmediatos" (f. 8b); los sentidos nos informan del estado del enfermo -sobre todo la vista y el tacto- y de las cualidades actuales de los medicamentos -especialmente el gusto-, y la experimentación que resulta de la administración de medicinas nos da cuenta de las cualidades potenciales de éstas y de la capacidad de reacción del organismo. Después, la razón elaborará estos datos, según las reglas de la inducción aristotélica, señalando las propiedades ocultas que las patentes revelan y formulando conclusiones de carácter general. Así, la virtus calefactiva de un fármaco se conoce por su calor actual, pero se advierte experimentalmente por la reacción térmica que determina al ser administrado, y se induce por el sabor y olor de aquella substancia. Así, el médico ha de recoger las particularidades que se observan en los diversos cuerpos; pero no puede retener tal multitud de modos y aspectos y ha de tomar tan sólo lo más general y constante (f. 99a). Útil es pues el razonamiento para forjar la ciencia natural, pero ha de atenderse a la experiencia y aplicarse a lo concreto, "pues la doctrina especulativa es tenebrosa e inútil si no se ciñe a lo individual" (f. 280a). "La experiencia conoce directamente las propiedades sensibles, la razón induce otras cuando silogiza sobre los datos experimentales...; por el experimento se conocen las propiedades comunes y las propias, por la razón, sólo las comunes"...; la experiencia es un método más general "pues en muchos el sentido tiene más vigencia que la razón" (f. 8b). La única vez que Arnau está de acuerdo con Averroes es cuando éste dice que la eficacia de la triaca no se conoce por razonamiento, sino por experiencia (f. 222b).

Expresa nuestro médico una saludable cautela frente a los resultados de la investigación científica: son muchos los factores que pueden turbar el proceso experimental. La recta percepción de los datos puede alterarse tanto por la mala complejión del que trata de recogerlos, como por las peculiaridades individuales del sujeto observado. El médico ha de encontrarse perfectamente "templado": en exacto equilibrio de cualidades, humores y afectos; y "como tal perfección rara vez se encuentra, pocas veces puede

formarse un criterio secundum exquisitam veritatem" (f. 99c). Y en cuando a los sujetos observados -ya sean cuerpos enfermos, ya medicamentos de cualquier tipo-, las variaciones individuales, específicas, regionales y ocasionales, obligan a repetir las experiencias, variando las circunstancias en que se realizan y a aceptar con reservas los resultados recogidos en seres de distinta especie o en climas y ambientes diferentes (f. 8, 22 etc.). Ante tal complejidad de factores, el médico tendrá que proceder por tanteos, sin pretender lograr la certeza, ya que iudicia medicorum probabilia sunt et non necessaria (f. 99b); y "aquel que pueda alcanzar una clara noticia, será admirable entre los demás" (f. 228d).

Prudente es la actitud de Arnau de Vilanova ante la autoridad científica: "todo investigador ha de conocer lo que antes de él escribieron y resumirlo de modo claro y conciso al comienzo de su obra"; y ha de desconfiar, en principio, de los resultados que contradicen la unánime sentencia de los sabios; pero el respeto a los antiguos no ha de coartar la propia labor completiva o rectificadora de lo que ellos aportaron (cf. f. 275d). También es útil el simple empirismo: un descubrimiento inopinado puede darnos a conocer esa "virtud oculta", que acaso no hizo patente el más sistemático estudio de un fármaco, o la propietas ignota que los cielos pudieron imprimir en cualquier ser de la Naturaleza. Este conocimiento llega a alcanzarse por casualidad o por revelación y tanto puede lograrlo un sabio como un ignorante. Pero el sabio no va a aceptarlo sin más: ha de someterlo a crítica lógica y experimental (f. 276a). Aquel Arnau crédulo y receptivo que descartamos al rechazar el Breviarium no lo volvemos a hallar en las páginas auténticas del corpus; como bien dijo Lafn en su obra La historia clínica: "Arnaldo de Vilanova es todo antes que un empírico. Para él la medicina es arte. Y el arte ordenación de la razón". Incluso esa posibilidad de revelación, más de una vez apuntada y que tan bien iba con su mentalidad, aparece como algo excepcional y ajeno a la técnica médica: "lo que se sabe por revelación hecha por sustancias separadas (espíritus) excede a la facultad humana y no cae bajo el arte" (f. 22b).

Este prudente criterio respecto a las fuentes del conocimiento médico es el que Arnau mantiene frente a los excesos de la especulación filosófica, como repetidas veces hemos advertido, y frente a las síntesis médicas demasiado elaboradas. Se libra así del peligro que acecha a la mentalidad escolástica: de esa pasiva aceptación de un cuerpo de doctrina, basado en principios incommovibles, en el que todo halla su lugar propio, dentro de la rigidez de un sistema cerrado. Sabe que "la filosofía se ordena a otros fines" (f. 98a), y el propio Aristóteles le dice que "de un modo se ha de investigar en metafísica y de otro en otras cuestiones" (f. 41b). Bien comprendieron la limitación propia del conocimiento médico "los príncipes de la medicina Hipócrates y Galeno, quienes, como hombres de entendimiento, no desorbitaron los términos de la consideración medicinal" (f. 1c).

La misma moderación hallamos en la práctica terapéutica de Arnau:

normas dietéticas sensatas; medicamentos de propiedades bien conocidas, huyendo de esa "polifarmacia" que invade algunas de las obras apócrifas y previniendo contra los fármacos fuertes y peligrosos; freno a los abusos de la sangría "que no es parte de una dieta, sino operación medicinal" (f. 93b), por lo que requiere precisas indicaciones... Decía Diepgen que "si el Breviario no es de Arnau de Vilanova habrá que rectificar casi por completo nuestro juicio sobre su figura". Creo que hay que hacerlo en efecto, en este sentido de mesura, que quita lo pintoresco y extremoso y deja lo sólido y equilibrado en sus criterios y en sus actuaciones como maestro y como clínico.

Esta imagen del Maestro Arnau, la que se desprende de su obra auténtica, la que nos dibuja su actuación profesional, es incompatible con la del médico andariego que aprende del vulgo más que de los libros y con la del alquimista que escruta fórmulas enigmáticas y realiza tenebrosas elaboraciones. Pero, ¿no chocará con la del inquieto profeta escatológico y reformista religioso?. Sinceramente creo que no; que ambas actuaciones caben en la misma persona. La Medicina era la profesión de Arnau: sólidamente aprendida sobre los textos clásicos en las aulas de una escuela; concienzudamente practicada, y enseñada desde una cátedra, tomando por base esos mismos textos. El saber médico llenaba la mente del Maestro Arnau, como un conjunto sólido, compacto; tan bien tratado como la filosofía, el derecho o la teología que se enseñaba en las demás facultades universitarias. En cambio, aquella acción religiosa que llenó los últimos años de su vida, venía más bien del corazón, carecía de una sólida base de estudios teológicos; era más apasionada y por ende más audaz y renovadora que su actitud científica. Así, al grave Magister medicinae pudo añadirse sin mengua de esta condición, un apasionado propagandista de determinada actitud religiosa. En última instancia, verificáramos aquí una vez más esa constante histórica sobre la que repetidamente llama la atención Lafn: que la novedad médica es tardía, epigonal, respecto a las novedades de pensamiento y actitud que caracterizan los cambios culturales: en la persona de Arnau de Vilanova parece que se refleja la tensión que en sus días se produce, días de tránsito del siglo XIII al XIV, del pontificado de Bonifacio VIII al de Clemente V; mientras se resquebrajan las estructuras medievales y vacila el pensamiento tradicional, persisten inalterados los viejos conceptos científico-naturales y los clásicos modos de hacer medicina.

Por lo demás, salvadas las diferencias que imponen las divergencias de orientación doctrinal y de género literario, no se advierte demasiada disimilitud entre los escritos médicos y los espirituales: esa misma sencillez expositiva, que suele proceder por dicotomías sistemáticas y que se diluye en digresiones y se concreta en ejemplos; esa religiosidad que emerge en piadosas invocaciones y que da el substrato moral a toda la obra médica; esa vivacidad polémica que se encrespa en denuestos contra sus contradictores -emulis vero nostris... o contra los maestros falaces...

Ambas series de escritos bien pueden ser del mismo autor. Y el an-

tiescolasticismo que Ehrle, Carreras y Batllori, ha comprobado en las obras religiosas es compatible con el escolasticismo que creo advertir en las obras médicas: porque bien pudo Arnau aceptar como base de una construcción científico-natural un sistema de conceptos que consideraba inadecuados para expresar el contenido de la fe; y porque ese "escolasticismo" médico es en Arnau muy peculiar y matizado, ya que no cae ni en la sistematización de los compiladores medievales, ni en la metódica deductiva que acaba de introducir en la medicina un Tadeo Alderotti, ni en el formalismo expositivo de tantos textos médicos de su época, como aquellas Questiones que se infiltran en las ediciones generales.

Despojado Arnau del aire popular y pintoresco que le daban los escritos de magia y alquimia, lo mismo que el "Breviario", el "Régimen salernitano", etc., puede su figura resultar decepcionante para quien sólo tenga estima por lo insólito y llamativo; pero no para quien se esfuerce en valorar la solidez de una obra y su asentamiento en el terreno histórico. La evolución científica siempre ha sido más tradicional y lenta que lo que dan a entender los relatos de grandes descubrimientos. Los sabios se apoyan firmemente en el legado que recibieron, el cual, aun cuando contribuyan a superarlo, sigue afectando notablemente su propia producción. El genio aislado que **navega a contracorriente** es raro y, con frecuencia, infecundo. El curso del caudal científico a veces parece estancado y otras fluye con rapidez; son situaciones históricas, de compleja motivación que determinan diversas actitudes en los **hombres** de ciencia y que a veces abren posibilidades de creación original inexistentes en otros momentos. A Arnau de Vilanova le tocó vivir en situación de remanso. Y supo cumplir perfectamente su cometido: hacer buena medicina, con amplia base doctrinal, con erudición bien depurada, con sentido crítico, con eficacia práctica..., evitando los escollos en que otros tropezaban y enseñando a los alumnos el mejor camino por el que entonces cabía transitar. El Maestro Arnau se encuentra en primerísima línea dentro de la Medicina medieval. Es, con mucho, el primero de los médicos de los reinos de la Reconquista, el único con proyección universal. No es fácil establecer comparaciones con las **máximas** figuras de otros ambientes, pero sólo aquellas dos columnas de la Medicina islámica, las peras Razés y Avicena, le superan netamente. Mientras que él está a la misma altura -si no mayor- de los mejores clínicos de la España árabe: Abulcasis, **Avenzoar**, Maimónides, etc. y a la cabeza de los grandes maestros -Bernard Gordon, Pietro d'Abano...- de la Cristiandad europea. Si a esta categoría científica, se une su alto prestigio profesional -ese prestigio que le dio la base de su acción político-religiosa- se comprende que no haya la menor exageración al calificar a Arnau de Vilanova como el más notable de los médicos del Occidente medieval.

BIBLIOGRAFIA

A.- Obras de Arnau de Vilanova

1. Ediciones generales renacentistas.

Hec sunt opera Arnaldi de villa nova que in hoc volumine continentur. Lion 1504, por F. Fradin, XIV + 397 + III folios. (Ejemplares en : Real Academia de Barcelona, San Lorenzo del Escorial, Academia de Medicina y Biblioteca Nacional de Paris).

Hec sunt opera Arnaldi de Villanova nuperrime recognita ac emendata... Venecia 1505, por B. Locatellum, X + 354 + IV folios. (Ejs.: Biblioteca Arnús de Barcelona y Mazarine de Paris).

Hec sunt opera Arnaldi de Villanova nuperrime recognita ac emendata... Lion 1509, por F. Fradin, X + 317 + I folios. (Ejs.: Biblioteca Nacional y Real Academia de Medicina de Madrid, Monasterio de Monserrat, Biblioteca Nacional y Sainte G nevi ve de Paris, etc.).

Arnaldi de villanova, medici acutissimi, opera nuperrime revisa... Lion 1520, por G. Huyon, X + 318 folios. (Ejs.: Biblioteca de Cataluña y Real Academia de Medicina de Barcelona, Facultad de Medicina de Madrid, etc.).

Opera Arnaldi de Villa nova, medici acutissimi nuper recognita et emendata... Venecia 1527, por los herederos de O. Scoti, XVI + 358 folios. (Ejs. Biblioteca Nacional de Madrid y Universidad de Santiago).

Arnaldi de villanova medici acutissimi, opera nuperrime revisa..., Lion 1532, por J. Myt, XIV + 318 (ejs.: Bibliotecas Nacionales de Madrid y Paris, Academias de Medicina de Barcelona y Paris, Facultad de Medicina de Madrid, etc.).

Arnaldi Villanovani, Philosophi et Medici summi, Opera omnia..., Basilea 1585, por C. Waldkirch, VI folios + 2.072 columnas + XXII folios. (Ejs.: Universidad de Barcelona, Bibliotecas Nacional y Ste. G nevi ve de Paris, etc.).

Arnaldi Villanovani, summi philosophi et medici excellentissimi, Praxis medicinalis..., Lion 1586, II folios + 244 + 314 páginas + IX folios

(en una serie de ejemplares, seguido de: Tractatus varii Exoterici ac Cny-
mici..., II f. + 24 págs.) (Ejs.: Bibliotecas Nacionales de Madrid y Pa-
ris, Real Academia y Facultad de Medicina de Madrid, El Escorial, etc.).

2. Ediciones modernas

Arnaldus de Vilanova: De improbatione maleficiorum. Edición Dieppen:
Archiv für Kulturgeschichte, IX (Leipzig 1912) 385-403. Ed. Grmek: (Actas
de la Academia Yugoslava de Ciencias y Artes), XLVIII (Zagreb 1958) 217-
229.

Arnaldi de Villanova, Libellus regiminis de confortatione visus, edi-
tus circa annum 1308. Editado por P. Pansier, en Collectio ophtalmologica
veterum auctorum, I (Paris 1905) 1-25.

Arnau de Vilanova. Obres catalanes. A cura del P.M. Batllori, S.J.
Proleg de J. Carreras i Artau. Barcelona, "Els nostres classics", Ed. Bar-
cino, 1947. Volum I: Escrips religiosos; v. II: Escrips medicis.

(No se señalan aquí las ediciones de textos religiosos no catalanes.
Pronto comenzará a publicarse la gran edición crítica de todos los escri-
tos de este género, que prepara, en Barcelona, el Institut d'Estudis Cata-
lane, bajo los auspicios de la Unión Académica Internacional).

B.- Principales fuentes de documentación arnaldiana

ALOS-MONER, Ramón d': Colecció de documents relatius a Arnau de Vila-
nova, en Estudis Universitaris Catalans, Barcelona, III (1910), IV (1911)
i VI (1912).

FINKE, heinrich: Acta Aragonensia, Berlin-Leipzig, 1908-1922.

MARTI DE BARCELONA, O.F.M. Cap.: "Nous documents per a la biografia
d'Arnau de Vilanova", en Analecta Sacra Tarraconensia (AST)- XI (Barcelona
1935) 85-127.

: "Regesta de documents arnaldians coneguts", en Estudis Fran-
ciscans, XLVII (Barcelona 1935) 261-300.

RUBIO I LLUCH, Antonio: Documents per la historia de la cultura cata-
lana mig-aval. Barcelona 1908-1921.

C.- Monografías más relacionadas con el contenido de este trabajo.

BATLLORI, P. Miguel, S.J.: "Un carteig erudit sobre l'autenticitat
del Breviarium d'Arnau de Vilanova", en AST, X (1934) 25-43.

: "La patria y familia de Arnau de Vilanova. A propósito de un
libro reciente", en AST, XX (1947) 5-75.

: "La documentación de Marsella sobre Arnau de Vilanova y Juan
Blasi". AST, XXI (1948) 75-119.

: "Arnau de Vilanova en Italia". AST, XXIII (1950) 83-101.

: "Orientaciones bibliográficas para el estudio de Arnau de Vilanova", en Pensamiento, X (Madrid 1954) 311-323.

CARRERAS I ARTAU, Joaquín: "La llibreria d'Arnau de Vilanova", en AST, IX (1955) 63-84.

: "Les obres teològiques d'Arnau de Vilanova", en AST, X (1956) 217-231.

: "L'epistolari d'Arnau de Vilanova". Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1949.

: "Relaciones de Arnau de Vilanova con los Reyes de la Casa de Aragón". Barcelona, Real Academia de Buenas Letras, 1955.

CHABAS, Roque: "Inventario de los libros, ropas y demás efectos de Arnaldo de Villanueva", en Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, IX (Madrid 1903) 189-203.

DIEPGEN, Paul: Studien zu Arnald von Villanova, recogidos en el volumen-homenaje Medizin und Kultur. Stuttgart 1938, págs. 120-185.

FINKE, Heinrich: Aus den Tagen Bonifaz VIII. Münster 1902, págs. 209-226 y -en apéndice documental- CXXVII-CCXI.

HAUREAU, Barthelemy: Arnaud de Villeneuve, médecin et chimiste, en Histoire littéraire de la France, vol. XXVIII (Paris 1881) 26-126.

MENENDEZ PELAYO, Marcelino: Arnaldo de Vilanova, médico catalán del siglo XIII (Madrid 1879), incluido en Historia de los Heterodoxos españoles. Madrid-Santander 1947, vol. II. págs. 247-292 (documentos en VII (1948) 232-322).

MONTOLIU, Manuel de: Ramon Llull i Arnau de Vilanova, Barcelona, Alpha, 1958.

PANIAGUA, Juan A.: "La Patología General en las obras de Arnaldo de Vilanova", en Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina, I (Madrid 1949) 49-119.

: "Vida de Arnaldo de Vilanova", ibid., III (1951) 3-83.

: "L'arabisme a Montpellier dans l'oeuvre d'Arnau de Vilanova", en Comptes-rendus du XVI^e Congrès International d'Histoire de la Médecine (Montpellier 1958) 163-169.

: "La obra médica de Arnau de Vilanova. Introducción y fuentes", Archivo..., XI (1959) 351-401.

: "Notas en torno a los escritos de Alquimia atribuidos a Arnau de Vilanova", ibid., 406-419.

: "La Psicoterapia en las obras médicas de Arnau de Vilanova", ibid., XV (1963) 3-15.

PAYEN, Jacques: "Flos florum et Semita semitae. Deux traités d'alchimie attribués a Arnaud de Villeneuve", en Revue d'Histoire des Sciences et

des leurs applications, XII (Paris 1959) 289-300.

RIQUER, Martín de : "Un nuevo manuscrito con versiones catalanas de Arnau de Vilanova", en AST, XXII (1949) 1-20.

SALVADOR DE LES BORGES, O.F.M. Cap.: Arnau de Vilanova moralista. Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1957

SARTON, George: Arnald of Villanova, en Introduction to the History of Science, London 1931. (Reimpresión: Baltimore 1953). Vol. II, 2ª parte, 893-900.

THORNDIKE, Lynn: A History of Magic and Experimental Science, 2ª edición, New York, Columbia Univ. Press, 1943-1947. Vol. II: cap. LXVIII, págs. 841-861 y vol. III: Alchemical Works ascribed to Arnald of Villanova, págs. 52-84.

VERRIER, René: Etudes sur Arnaud de Villeneuve (1240?-1311). Leiden, Brill; vol. I: 1947; vol. II: Le Breviarium Practicae ou A. de V. et l'Italie..., 1949.

WICKERSHEIMER, Ernest: "Autour du Régime de Salerne", en Scalpel (Bruselas 1952) n°50, 1-12.

SUMARIO

I. Un médico medieval en su tiempo.....	1
"Arnaldus Cathalanus".-El traductor de árabe.-El Maestro de Montpellier.-El polemista religioso.-Médico de papas y reyes.-Propaganda espiritual.-El ocaso de una vida.-La liquidación de una herencia.	
II. Proyección de la obra científica del Maestro Arnau de Vilanova.....	12
La obra médica de Arnau en los testimonios coetáneos.-La transmisión manuscrita.-La difusión editorial.	
III. La obra de Montpellier.....	24
"Speculum medicinae".-Otras obras de Medicina teórica.-Comentarios a autores clásicos.-Farmacología teórica.-Aforística.	
IV. La obra científica restante.....	46
"Regimen sanitatis".-Tratados de Medicina práctica.-Monografías médicas.-Farmacología práctica.-Magia y astrología.-Obras de Alquimia.	
V. Ojeada sobre el conjunto de la obra médica de Arnau de Vilanova.....	78
Bibliografía.....	89
Ilustraciones	

Incipit regimen curative
as comproum seu ordinari
a magistro Arnaldo de villa
noua Catalano omnium
medicorum nunc uicari



Lima psuim gema.
uel constentio sa
nitas conseruan
de pinct election
aens. Nam inter ea
que necessario appetunt
cepen immo nichil est qd
immet fetus ipm quoma
per os et nates ad roter ar
terias peruenit inspirando e
qualitab: suis et poms ar
terias spiritib: corpus inul
ctur p quos omis actiones
uite corporalis pficiuntur.
Itaq: regal' pntencia q ad
pprie sanitatis conseruatio
nem studeat teter ip salute
regni nuq: negligat quati
facultas concedit elige aerē
militandum tam in pabus
regni q in mansionib: loco:
ad quos militando declinat
Nam cum ea pte regni eligit
diuicijs hntat uē differēti
as psum anni qua salubri
o seu purior uiget aer dupli
puitet utilitas omnium. pa
mo quidem in conseruatoe
pprie saluas a qua dnuat
saluas a qua dnuat sal
uor' militandus au pccit

Secundo qm puitet mula
tudinū que ad eius presen
ciam confluit destruantib:
sanitatem non solum corp
n a comodo aer purus. s:
et menti nam oia mentis
opa siue in apprehendendo
siue in iudicando clarus et
pfectus cecentur in aerē pu
rou et a qua constentione
non modicum regis pnten
aa subumatur cum plū pu
blicū utilitati ualce utilitati
puitet in pcurando clarita
tem cognitionis et mouitē
natural' non solum m mēte
ppria si conalys conaly. vñ
manat gutturationis iflu
entia toti regno ad quos lo
num pcurandum ssum ei
possibile fuit ip ter obligat
et pprie manentis officio nō
non tñ naturalib: documēns
f conuolans. Conster expime
ns quos aeris impuritas ar
q grossiaces ingenium elicit
apprehensionem obairit in
dian obairat cogitationes
infantat tabligat affectio
nes. En igitur ps ad hntati
eliga' ubi fuit in sū purus
aer. et in qualitatib: tempa
tis uē tempore distentiam.
Nam in estate quietendus est
pur' et ardentissimjs hntate
mā declinans ad moderatam

In nomine regis agri
 medicinalium considera
 tionum speculium fuerit.
 Et reductiones appel
 lantur modice quia
 et coram principibus
 utis vocabuli non ex
 punit et multo magis no
 rogantur et doctrina
 que videtur defectiva
 et obscura. Et quia etiam
 sapientia que recte cre
 ditur ad omne pariter
 veritatem illuminat.
 Hinc semper hinc intro
 ductiones in medicina
 dignis proponere quibus
 intro ducendi clare distat.
 bene legi et semper rite
 accedere quibus passim ad
 terminum hinc phisicis
 ductis autem amantibus
 ostenduntur in quibus hinc
 per spicuas intellectus possit
 magna et profunda videri.
 Tenet et capiendis pi
 nalis famelicos reficit.
 voluptuosus autem patiat
 pelagus ad belias. Neque
 da. Et recantur amantibus
 verissime doctor. et quia
 singularis magis ut
 ad ea considerabilia que
 medicinalium suam interpretat
 nos introducat per dispo

sitionem que fit ex notioe
 hinc cum sit doctrina or
 dinaria cuius processum
 necessarium esse scimus et a
 pluribus attemptatum videtur
 sed a nemine consummatum.
 Et quia scimus quod ista doctrina
 produca nequit ad plenam
 quanta notitiam absque
 prore sua et opditiva
 illorum que per dissoloz
 iudicantur simul etiam
 dicit rite prouere et co
 nectere que dissolutio qu
 rentibus iudicabit. Et
 igitur qui ex consumatio
 veritatis usque ad consi
 mulationem persequere
 Nec igitur simpliciter
 petunt ut quorumcumque
 considerabilium tractoz
 predicta via diffinitiones
 interseris non solum
 quas medicus fabricare
 debet sed quas etiam ex
 preambulis accipit fabri
 catus. Et introducat co
 gnitio clarior et perfectior
 fuit hinc ducit autem
 memorabile sit efficax.
 Et recantur iterum ut
 que minus breuit et obm
 re fuerunt a veteribus edita
 et fluxiori sermone clarificas.

Primera página del texto de Speculum medicinae en el ms. lat. 6969, folio 1, de la Biblioteca Nacional de Paris. Es muy vistoso el adorno inicial, en oro y vivos colores (s. XV).

Opera Arnaldi
De Villa noua medici
acutissimi nuper recognita et emē-
data. Additus etiā quatuor Tractatib⁹
qui in antebac impressis decrant: et
additionibus marginalibus.
Ac Tabula tā capitulorū
quā materiarū singulārissima.



Index operum oīum in sequenti
pagina appositus est.

Portada de la edición de Venecia de 1527 (ejemplar de la Biblioteca Nacional de Madrid: 5-35834). Esta edición, por su rareza, ha sido frecuentemente olvidada por los bibliógrafos.

ARNALDI

VILLANOVANI

SVMMI PHILOSOPHI ET

MEDICI EXCELLEN-

TISSIMI.

PRAXIS MEDICINALIS.

*Vniuersorum morborum humani corporis, tam interiorum quam exteriorum, curandi viam ac
methodum, summa cum doctrina & certa experientia prescribens;*

Hac vltima editione Doctorum medicorum iudicio à sua Theoria disuncta, & summo cum
studio ac diligentia ab infinitis erroribus ac mendis superiorum editionum repurgata.

*Cui accesserunt sub finem Tractatus eiusdem aliquot, partim Exoterici, partim Chymici, seorsim
adiecti, & nunc recens in eorum ornamentum,*

CATHENA AVREA ET TESTAMENTVM PHILOSOPHICVM BIVSDEM

Cunctis Philosophis & medicis summopere utilis ac necessaria.

Cum indice tam Tractatum quarta ab hinc pagina enumeratorum, quàm rerum
ac materialium locupletissimo.



LVGDVNI,

APVD ANTONIVM TARDIF, VICO MERCATORIO.

M. D. LXXXVI.

ARNALDI VILLANOVANI SUMMI PHILOSOPHI ET

MEDICI EXCELLEN-

TISSIMI.

PRAXIS MEDICINALIS.

*Vniuersorum morborum humani corporis, tam interiorum quam exteriorum, curandi viam ac
methodum, summa cum doctrina & certa experientia prescribens;*

*Hac vltima editione Doctorum medicorum iudicio à sua Theoria disiuncta, & summo cum
studio ac diligentia non modo ab infinitis erroribus ac mendis superiorum editionum castiga-
ta: Verum etiam à censuris quibusdam Ecclesiasticis, sacrosanctæ Catholicæ Ecclesiæ, quibus
Basilienfis noua editio plena repurgata.*

Cunctis Philosophis & medicis summopere utilis ac necessaria.

*Cum indice tam Tractatum quarta ab hinc pagina enumeratorum, quàm rerum
ac materiarum locupletissimo.*



LVGDVNI,
APVD IOANNEM STRATIUM, SVB BIBLIIS AVREIS.
M. D. LXXXVI.

Portada de la edición de Stratius titulada Praxis medicinalis. Lion, 1586. El librero Stratius advierte de la eliminación, por razones religiosas, de los tratados "esotéricos y químicos" que se anuncian en la de Tardif.

Este libro se terminó de imprimir
en la Editorial
ANUBAR
Darío de Valcárcel, 7
de Valencia,
el día 10 de abril de 1969

Deo gratias